

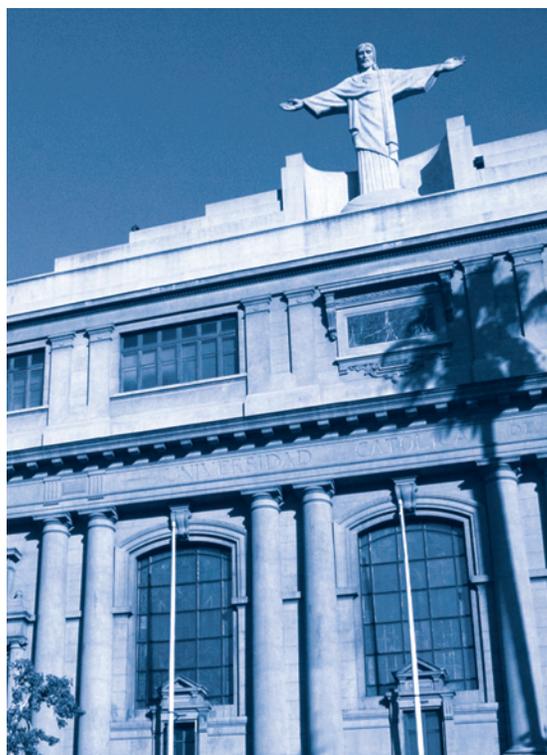


PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CHILE
VICERRECTORÍA DE COMUNICACIONES Y
ASUNTOS PÚBLICOS

TEMAS DE LA AGENDA PÚBLICA

Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 08 «Una mirada al alma de Chile»

Seminario 7 de enero, 2009



Encuesta Nacional Bicentenario
Universidad Católica - Adimark 08
«Una mirada al alma de Chile»
Seminario 7 de enero, 2009

Índice

Prólogo

FRANCISCA ALESSANDRI, vicerrectora de Comunicaciones y Asuntos Públicos UC 5

Introducción

De cara al Bicentenario. Preocupaciones y desafíos de la sociedad chilena
MONSEÑOR ANDRÉS ARTEAGA, Vice Gran Canciller UC 7

Exposiciones

1. Chile y el vecindario. Pecado original de la herencia republicana
JOAQUÍN FERNANDOIS, académico Instituto de Historia UC 11

Comentarios

HERNÁN FELIPE ERRÁZURIZ, abogado, ex canciller y ex embajador en Estados Unidos 17
IGNACIO WALKER, ex canciller, investigador de Cieplan 21

2. Marianismo y religiosidad
EDUARDO VALENZUELA, director Instituto de Sociología UC 25

Comentario

PADRE CARLOS COX, rector Templo Votivo de Maipú 34

3. Matrimonio y convivencia a la luz de la Encuesta Bicentenario
VIVIANA SALINAS, académica Instituto de Sociología UC 36

Comentarios

BEATRIZ ZEGERS, directora de Investigación de la Escuela de Psicología de la Universidad de los Andes 45
VERÓNICA GUBBINS, académica Facultad de Psicología, Universidad Alberto Hurtado 48

4. El cuerpo y la apariencia
DRA. PAULA MARGOZZINI, académica del Departamento de Salud Pública, Facultad de Medicina UC 52

Comentarios

PATRICIA MAY, antropóloga 59
DR. JAIME ARRIAGADA, cirujano plástico, Clínica Las Condes 61

Prólogo

La Encuesta Nacional Bicentenario 2008 es el tercer sondeo de una serie de cinco desarrollados por la Pontificia Universidad Católica de Chile junto a Adimark /GfK. Este estudio surge de la necesidad de un análisis y una reflexión pública sobre nuestro país y la identidad chilena al enfrentarnos al Bicentenario, pretendiendo convertirse en una fotografía que capte la esencia de lo que somos. A través de esta iniciativa se quiere recoger especialmente el llamado de la Conferencia Episcopal a abrir un “debate constructivo sobre el futuro de Chile”.

Los resultados de la Encuesta Nacional Bicentenario se presentan como una valiosa información que contribuye a la reflexión pública sobre las principales tendencias de la sociedad chilena. De este modo, desde la academia se desea entregar una herramienta útil para el análisis, esperando que sea un aporte a investigaciones y proyectos que contribuyan al desarrollo material y espiritual del país.

Este estudio se basa en una muestra probabilística de 2.025 encuestas presenciales con representatividad nacional, cuya responsabilidad técnica ha sido liderada por el Instituto de Sociología de la UC y Adimark/GfK, en lo que corresponde a diseño, aplicación y análisis de resultados. Agradecemos su compromiso y dedicación en estas tareas.

Esta publicación es el reflejo de lo debatido en el seminario «Encuesta Nacional Bicentenario UC – Adimark. Una mirada al alma de Chile 2008» que se realizó el miércoles 7 de enero de 2009. En esa ocasión, se plantearon diversas visiones sobre los principales temas propuestos por el sondeo, que entregaron interesante información, riqueza en la reflexión y altura de miras hacia el futuro de nuestro país.

Los aspectos que se abordaron se refieren, en primer lugar, a la familia y la conyugalidad, donde se ratifica su alta centralidad, observando paralelamente una mayor aceptación social de la convivencia. En segundo término, el cuerpo y la apariencia adquieren creciente importancia entre los chilenos en un ámbito donde no sólo la medicina tiene algo que sugerir, sino que también lo hacen las expectativas de aceptación y convivencia social. Como tercer tema, la encuesta arroja resultados que permiten observar la religiosidad de los chilenos y sus principales manifestaciones, demostrando que la devoción

mariana y la creencia en santos forman parte importante de la fe popular. Como cuarto y último contenido, se entrega nuestra relación con América Latina, donde la insularidad chilena aparece con todo su vigor, lo que produce una mayor diferenciación de los vecinos, con los riesgos que ello conlleva de aislamiento.

Este año se hizo un esfuerzo especial de presentación y análisis de la información de la encuesta con los profesionales de El Mercurio y Canal 13. Esta alianza nos permitió difundir de manera adecuada y estructurada los resultados de la encuesta, lo que cumple, además, con nuestro objetivo de acrecentar el aporte de la universidad y poner de manifiesto nuestro interés en las preocupaciones de la ciudadanía y las tendencias actuales de la sociedad chilena.

Mientras continuamos trabajando en lo que será la cuarta versión de la Encuesta Nacional Bicentenario UC – Adimark, convocamos a sacar sus propias conclusiones respecto del alma de Chile durante el 2008.

FRANCISCA ALESSANDRI COHN

VICERRECTORA DE COMUNICACIONES
Y ASUNTOS PÚBLICOS UC

De cara al Bicentenario

Preocupaciones y desafíos de la sociedad chilena

MONSEÑOR ANDRÉS ARTEAGA

Obispo Auxiliar de Santiago. Vice Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Aunque estoy en casa, muchas gracias por la invitación a este seminario de estudios organizado por la Dirección de Asuntos Públicos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. La Encuesta Nacional Bicentenario efectivamente ya nos ha permitido mirar con perspectiva y de cerca el 'alma de Chile'. Para construir entre todos una nación, un solo Chile en cuerpo y alma. Sin dualismos y sin reduccionismos. Ya lo decía el Rector de la universidad, doctor Pedro Pablo Rosso, hace un par de años, que esta iniciativa de la encuesta es un proyecto íntimamente ligado a la 'misión' de una universidad católica. Pues le interesa examinar a fondo la realidad mediante la integración de las diversas formas de saber, en diálogo con la fe, para el desarrollo de la persona humana y la cultura. Quiere ser esta iniciativa como una radiografía (hoy podemos decir mejor una resonancia nuclear magnética), de nuestra sociedad chilena. Este estudio permite incentivar un *debate constructivo* sobre el futuro de la nación en la perspectiva de nuestro itinerario hacia el Bicentenario, como lo señaláramos los Obispos de la Conferencia Episcopal chilena, ya en el 2004.

Me planteo sólo dos preguntas en esta introducción al seminario sobre esta tercera versión de la encuesta, del año recién pasado 2008. La primera, es muy sencilla y puede formularse como sigue: ¿Qué es el Bicentenario? La segunda, es el tema que se me ha solicitado enunciar. Es la cuestión acerca de los desafíos y preocupaciones de la sociedad chilena a la luz de vida de la Iglesia. Señalo así, en unos pocos minutos, unas breves pistas de respuesta espigando primariamente en recientes textos del magisterio episcopal de nuestras orientaciones pastorales.

1. ¿Qué significa el Bicentenario?

Es una iniciativa *lógica y teológica* a la vez, no me canso de repetir. Es una fecha 'cronológica' y puede ser apro-

piada desde la razón y la fe como un 'acontecimiento de gracia' para nuestra nación. La *memoria agradecida* del pasado permite tener una *lúcida* mirada al presente y una *esperanza* frente al futuro. Es de personas y pueblos maduros y responsables, situarse frente al tiempo y la historia, desde la propia identidad y la tradición. Se espera valorar el aporte de la fe cristiana y de la Iglesia Católica en la construcción de la identidad nacional y de nuestro futuro. Un aporte realizado con gratitud, lucidez y esperanza.

Las orientaciones de la Vª Conferencia de Aparecida apuntan a un *salto de calidad* en el aporte de los creyentes al mundo. Que 'recomenzando desde Cristo, mediante los *itinerarios formativos* de la tradición eclesial, y aprovechando *lugares de comunión*, podamos hacer nuestro aporte a la construcción del futuro, para "*que nuestros pueblos tengan vida en Cristo*". ¡Somos discípulos misioneros! para entregar vida plena para todos. En la perspectiva de la Iglesia Católica, el aporte al Bicentenario es una iniciativa principalmente *de laicos*, aunque integra a toda la Iglesia. Apoyada y acompañada por los *pastores* se inicia con el Documento de Trabajo de la Conferencia Episcopal de Chile de septiembre de 2004, *En Camino al Bicentenario*. De *largo aliento* (2004-2010), estos últimos años 2008-2010 deberían estar marcados en nuestros programas de acción. Nos ayuda a todos y a cada uno a *tomar conciencia de las propias responsabilidades en la construcción de la sociedad del futuro*. No es fácil el tema de la 'identidad católica' en tiempos de un pluralismo liviano y totalizante. Este es un proyecto muy *abierto*, no cerrado ni dirigido totalmente (en sus objetivos y metodología), abierto a ambientes y constructores diversos de la sociedad. No es ni reactivo ni alternativo a las iniciativas oficiales. Es un *aporte propio* y original e insustituible al que no podemos renunciar, y que es ne-

cesario. Queremos volver a la plaza. No queremos que la fe y sus consecuencias queden arrinconadas en la vida privada y personal-individual. La fe tiene repercusión social, y política. Es un aporte que los creyentes deben y pueden hacer en una sociedad que quiere ser pluralista. La encuesta da varias pistas al respecto.

Las circunstancias socio-culturales aparentemente no son favorables, pero estamos en una coyuntura única para hacer propositivamente nuestro aporte, para hacer de nuestra fe, cultura y aportar, desde nuestra identidad, hacer de Chile una 'tierra de hermanos'. El *futuro esperado* de este proyecto es un salto de calidad en nuestra pastoral, una fe más adulta que se hace cultura entre nosotros. Que nuestros sueños de Chile puedan concordar con los sueños que Dios tiene para nosotros. Todo lo hemos encomendado a nuestros santos y a la Santísima Virgen María, nuestra Madre, pues Ella nos educa para que el Evangelio se encarne y produzca frutos en nuestra tierra, en nuestros pueblos. La iniciativa 'María una a América Latina' impulsada por la Comisión Bicentenario del Arzobispado de Santiago y en el seno de la vicerrectoría de Comunicaciones y Asuntos Públicos de esta casa de estudios que nos convoca hoy, nos llena de consuelo y esperanza, porque nos ha permitido traspasar las fronteras y esperar que Chile y América puedan llegar a ser una *Tierra de Hermanos*.

2. ¿Cuáles son las preocupaciones y desafíos de la sociedad chilena?

Al final de la Visita '*ad Limina Apostolorum*' de los Obispos chilenos en diciembre pasado, el Santo Padre Benedicto XVI afirmó: "Como fruto de un vasto esfuerzo de discernimiento eclesial, y en consonancia con el documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, en Aparecida, habéis elaborado unas apropiadas Orientaciones Pastorales para los próximos cuatro años. Con ellas pretendéis suscitar en todos los fieles el gozo de seguir a Cristo, así como una mayor conciencia misionera que permita a toda la comunidad eclesial chilena afrontar con verdadero impulso apostólico los desafíos del momento presente". Un buen elogio del Santo Padre al declarar que estas orientaciones eclesiales son 'apropiadas' para afrontar desde la fe los desafíos del momento presente porque están preparadas con un 'vasto esfuerzo de discernimiento eclesial'.

¿Cuáles son los desafíos que son allí formulados y abordados? Aparecen entre los números 31 al 48 de *Orientaciones Pastorales 2008-2012, Discípulos misioneros de*

Jesucristo para que el Él nuestro pueblo tenga vida. "En camino hacia el bicentenario de nuestra Independencia Nacional, resuena en nosotros la pregunta de Jesús: '¿Qué buscan?' Y con esa pregunta en el corazón, miramos con afecto y preocupación la sociedad y el país que junto estamos construyendo. Nos importa sobremanera descubrir la presencia y morada del Señor en las circunstancias, a veces complejas, de nuestro tiempo" (31). No es menor la actitud de 'afecto' y 'preocupación' que se tiene sobre Chile. Es la sana actitud de 'simpatía crítica' propia de la fe católica sobre una mirada creyente sobre la realidad. Metodología una vez más afirmada y subrayada en Aparecida. Pues el Bicentenario es una oportunidad de *asumir las responsabilidades que cada uno tiene en la construcción del futuro*. Sin ingenuidad ni fatalismo.

¿Qué busca Chile a comienzos del tercer milenio? En el documento comentado, después de reconocer los muchos dones que Dios ha regalado a nuestra patria (32), se plantea que en esta sociedad plural aún no tenemos un 'proyecto país' con el mejor aporte de todos (33). No hemos logrado derrotar la pobreza, a pesar de los avances en el desarrollo; reconociendo que el crecimiento económico es sólo un aspecto y que éste "necesita ir de la mano de un desarrollo espiritual y cultural" (34). También preocupa la violencia (35) y las múltiples y complejas causas de estos fenómenos.

Ahondando en este punto leemos que "**Las causas de estos fenómenos preocupantes** son múltiples y variadas, desde la frustración que resulta de la búsqueda de la felicidad en el consumo exacerbado, hasta la insatisfacción permanente en el campo de la educación, la salud, el descanso, la vivienda. Por otra parte, brotan actitudes violentas donde hay sed de exigir más y más derechos, y ésta se desliga de las responsabilidades. Constatamos una tendencia extraviada a descuidar dimensiones humanas que van más allá de los derechos, como son, la gratuidad, la generosidad, un trato social conforme a la dignidad de cada cual. De ahí la urgencia de una cultura humanista y de medidas que mejoren la calidad de vida de los pobres y que puedan incorporar en la mesa de todos a los excluidos" (36).

Una reflexión al respecto, se aprecia en el número siguiente, que leo textualmente completo. Me parece muy importante. "En las conversaciones, en los medios de comunicación y en las discusiones sobre valores y proyectos educacionales y sociales se puede constatar a diario **las ofertas y los cambios culturales propios**

de un mundo global, con tendencias que restan importancia al substrato católico de nuestra cultura o buscan reemplazarlo por otros paradigmas culturales secularizados. **A esto se suma un esquema de mercado** que acentúa el tener sobre el ser, la satisfacción de las necesidades individuales sobre el bien común, la explotación de la naturaleza sobre el cuidado del medioambiente, el placer sobre el gozo, la inmediatez sobre los tiempos necesarios para la madurez de las personas y de los procesos sociales. De ahí surgen acuciantes preguntas: ¿Cómo se relaciona nuestra identidad como pueblo con profundas raíces cristianas y católicas con el cambio cultural? ¿Cómo estamos resolviendo la búsqueda de Dios y de trascendencia en medio de una sociedad más secularizada? ¿De dónde surgen nuestros principios cohesionantes en el campo de la ética y de la convivencia social?” (37).

Vivimos, según este diagnóstico pastoral, en sociedades ‘fragmentadas’, en las que “cuesta mucho más formular las preguntas y las respuestas que dan sentido a la vida.” (38). Preocupa la manera de entender la autoridad y de ejercerla, y también de la libertad (39), asimismo la manera de comunicarnos y el uso o abuso de los medios (40). Según la lectura desde la fe de nuestra realidad se pueden sacar ya algunas conclusiones. Sigo la lectura de las Orientaciones Pastorales de la Iglesia en Chile para estos años. “En este contexto histórico encuentra un eco profundo la pregunta de Jesucristo: ¿Qué buscan? Porque la conciencia de las carencias que comprobamos, manifiesta la decepción por búsquedas no satisfechas. Por otra parte, los logros que consignamos nos hablan de búsquedas que encuentran lo que ofrece el Señor. Y aun las realidades que nos parecen extraviadas y causas de nuevos males, muchas veces expresan búsquedas de valores humanos, que se exponen de manera confusa

y se buscan donde no se encuentran. Por eso mismo, la pregunta acerca de las búsquedas más sentidas, más profundas, más dinamizadoras, cobra una importancia decisiva” (41).

“La pregunta “¿qué buscan ustedes?” nos lleva por eso a pensar en **los proyectos personales y familiares, las visiones de ser humano, de familia y de sociedad, de felicidad, de libertad y de plenitud de vida, que hay tras muchas de nuestras expectativas y decisiones personales, mediáticas o colectivas**. No pretendemos imponer nuestras respuestas, pero sí invitamos a un diálogo profundo y sostenido, que nos lleve a poner lo mejor de nosotros mismos en todas aquellas mesas de esperanza en que se discuta el presente y el futuro de Chile...” (42).

Ante esa realidad, la Iglesia sostiene que Cristo es quien da Vida nueva a este mundo. Por esto que vemos nos comprometemos en una ‘Misión Continental’ para anunciarlo como Vida nuestra, buscando una promoción humana integral, teniendo como destinatarios prioritarios la familia, los adolescentes y jóvenes, los agentes educativos, los pobres y excluidos, y los constructores de la sociedad. También los agentes pastorales, los ministros ordenados, los católicos alejados y los no católicos y no creyentes.

Creo que esta encuesta, y sobre todo su debate posterior, como el que hoy se inicia, son una ayuda para enfrentar no sólo las respuestas sino también las verdaderas preguntas sobre el futuro de Chile. Junto con formular y conocer los desafíos y problemas de nuestra sociedad, estamos conscientes del regalo que significa la fe, ser chileno y vivir en este tiempo. Estoy convencido que una fe coherente que se hace cultura es un aporte único en la construcción común de una sociedad mejor para todos.

Chile y el vecindario

Pecado original de la herencia republicana

JOAQUÍN FERNANDOIS

Académico Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile

¿Sorpresa ante las respuestas?

Los primeros análisis de la última Encuesta Bicentenario expresaron reacciones asombradas ante el desdén que el público chileno mostraba por los vecinos. Como siempre, las respuestas tienen una gran dependencia de la manera según se formule la pregunta. Por ello hay que poner una cuota de escepticismo, de que se pueda concluir de manera inequívoca que los chilenos están dominados por una sensación de desconfianza y hasta de menosprecio hacia sus vecinos. Con todo, no se puede negar que aquí existe un tema fundamental para la existencia de nuestro país en el último siglo y medio. Quizás esto posee raíces que provienen de los tiempos coloniales.

Para cualquier sociedad humana, la relación con sus vecinos representa un aspecto fundamental de su existencia. Es frecuente olvidar que la interacción entre las sociedades humanas constituye parte insustituible de la identidad de cada una de ellas, aunque esta vinculación no se refleja jamás de una manera homogénea entre ellas. No obstante, mirando en el plano sudamericano, Chile parece estar más sometido que otros países a una situación compleja con sus vecinos, que muchas veces se aproxima al aislamiento y hasta el asedio. Es una situación no pocas veces angustiada, y que en su reavivamiento constante nos vemos tentados a calificar de “maldición histórica”, quizás un pecado original de nuestra historia republicana del XIX. Sin embargo, se la comenta a raíz de la encuesta porque no es sólo pasado, sino que una parte del presente que parece perdurar de manera infinita.

El pecado original: la guerra

Efectivamente, no hay otro país de América del Sur que haya tenido por este lapso de tiempo una situación tan intensa de problemas con sus vecinos, los que en un momento originaron una guerra interestatal, casi guerra total, y que la existencia de este conflicto ha sido decisiva en la prolongación de la desconfianza. Esto fue la Guerra del Pacífico (1879 - 1883) que ha arrojado una profunda sombra sobre las relaciones vecinales a lo largo de todo el siglo XX, y parece que tendremos que convivir con ella en todo el siglo XXI. Por otro lado, es decir, en el otro lado terrestre de nuestro país, ha existido una situación de conflicto potencial con Argentina que casi lleva a una guerra en 1879, en los últimos años del siglo XIX, en 1978 y 1982.

Si miramos la historia europea desde las guerras de religión hasta la Primera Guerra Mundial, anteayer para un historiador, esta situación no parecería anormal. Sin embargo, si tomamos un parámetro más próximo en el tiempo y en el espacio el panorama nos cambia un tanto. En primer lugar, porque en el curso del siglo XX el tipo de conflicto más común dejó de estar representado por aquel de la guerra entre estados, o “conflicto interestatal”. Este tipo estaba caracterizado por la noción algo “westfaliana” del “interés nacional”, sin dejar de tener en cuenta que hay excepciones importantes a este panorama general. En segundo lugar, porque si bien América Latina ha sido un continente de gran inestabilidad política, objeto de comentarios sarcásticos de europeos en los siglos XIX y XX, ha sido un continente de escasas guerras internacionales.

Desgraciadamente, entre las excepciones a esta última situación está el caso de Chile. No fue solamente nuestro país, sino que se trató de un ciclo de conflictos: la guerra contra España en 1865 y 1866, la guerra de la Triple Alianza entre 1865 y 1870, y la ya mencionada Guerra del Pacífico. Este trío, más la “paz armada” entre Chile y Argentina que culminó con los Pactos de Mayo en 1902, fue parte de la constitución del estado territorial, proceso que en no pocas partes del globo llevó y ha llevado a guerras furiosas y devastadoras. La Guerra del Chaco (1932-1935) y la guerra entre Perú y Ecuador en 1941 pueden ser consideradas como réplicas de esta situación en el siglo XX.

La función del recuerdo

¿Qué tiene que ver esto con la Encuesta Bicentenario? Pienso que mucho, ya que las reacciones reflejadas en la encuesta, constituyen un último producto de percepciones originadas en ese conflicto y en esa situación de conflictividad que ha afectado a Chile en un grado mayor que a otros países. Por ejemplo, ni Argentina ni Brasil han tenido que vérselas con un resentimiento y una cólera de parte de Paraguay que les complique la vida internacional de una manera siquiera remotamente comparable a la de Chile. Ello, a pesar de que se trató de una guerra de consecuencias directas más devastadoras que nuestra Guerra del Pacífico. En el caso chileno, la mirada retrospectiva ha creado una realidad que nos acompaña. Entre Brasil y Argentina no ha existido en general una situación comparable con la nuestra.

¿Dónde radica la diferencia? Me atrevo a indicar algunas, aunque no agoto todo el repertorio de argumentos que se podrían dar. La Guerra del Pacífico constituye una última piedra fundacional de la conciencia de nación en la cultura política de Chile. Ha constituido un punto de referencia que provoca reacciones casi unánimes de orgullo y afirmación, a veces también de soberbia insensata. A los chilenos se nos olvida que constituyó asimismo un hito fundacional de la conciencia de Estado y de nación en el Perú de posguerra. Por razones tan distintas, ha jugado un mismo papel en la Bolivia del siglo XX, hasta el día de hoy. Las derrotas que son experimentadas como una desgracia profunda y conmovedora, pueden constituir una renovación de la sociedad tan profunda como una victoria. Sus consecuencias pueden ser ilustradas o nefastas, y no pocas veces junto a ímpetus creativos, desatan pasiones que después no se pueden controlar.

La historia paralela en el mundo da muchos ejemplos de este tipo de derrotas y de las consecuencias positivas y/o negativas: Francia después de 1871, la Alemania de Weimar sumida en una crisis política y cultural de la cual emergió el nazismo, la República Federal de Alemania y Japón después de 1945 al encontrar una nueva definición de sus respectivas sociedades y de su puesto político en el mundo. La conciencia de la China actual está siendo acicateada desde arriba para mirar la guerra con Japón como un punto crucial de su historia, como antes lo había hecho Mao en relación a la experiencia china con las potencias europeas en el XIX. Así también la Rusia de Putin que combina dos experiencias, la victoria de 1945 y la pérdida de potencia por la caída del sistema comunista en 1991.

Las reacciones que aparecen en la Encuesta Bicentenario tienen que ver un poco con la imagen de sí mismo de Chile como país “excepcional”; con una sensación auto-gratificante por Arturo Prat, por el roto chileno, por la capacidad bélica, después en el siglo XX por la idea de que hemos sido un país más serio que nuestros vecinos. A partir de 1990, con una ola democrática en América Latina y en Chile, con la reforma económica en la que el país había sido más o menos pionero se habló mucho acerca del “modelo chileno”, y eso era gratificante para nuestros conciudadanos. A partir del 2000 con la llamada “crisis latinoamericana”, si bien se ponían en tela de juicio el desarrollo político y económico de los últimos años, la inestabilidad política que planeó sobre tantos países de la región, pareció confirmar a los chilenos que su posición era única y, en general, positiva. Da la impresión de que esta imagen aún perdura en nuestro país al iniciarse el 2009. Sin embargo, esta explicación no es suficiente para comprender la mirada de los chilenos a sus vecinos.

Los tres vecinos

Un tema descollante es, por una parte, la pervivencia en el Perú, en parte de su Estado, en parte de su población, en una parte del alma de los peruanos, de una interpretación de su propia historia, en la cual la guerra con Chile ocupa un lugar central que anima muchos aspectos de la vida del país como Estado Nación. Esto hace que cualquier gesto que Chile pueda realizar para apaciguar esos sentimientos, sólo puede tener un efecto de corto plazo, y la situación de desconfianza reaparece con tenacidad, a pesar de que muchas veces casi se confunde con las relaciones de cooperación, de amistad y de reconocimiento.

En este sentido, las visiones que se han dado sucesivamente a lo largo del siglo XX hasta ahora, de que se requeriría una visión “moderna” para superar los problemas del siglo XIX, han sido dramáticamente desmentidas en sucesivas vueltas de esquina del tiempo. No se nos debe olvidar que, en parte, lo que aquí defino como una reacción del Perú es también como en ese país se ha enseñado a mirar a Chile. Esta eterna cuestión podría ser sólo una ficción que anima la vecindad, y como tal un hecho más o menos irrelevante para muchos chilenos y peruanos. Muchos afirmarían que los dos pueblos no tienen nada el uno contra el otro y que el encono es sólo asunto de minorías, o que una labor de ilustración haría ver lo absurdo de mantener estas querellas. Seguramente hay muchos momentos en esta historia de los últimos 150 años, que podrían ser definidos según esta visión, más benevolente de las respectivas miradas de ambos países.

A pesar de ello y bajo los gobiernos más diferentes los problemas renacen e incluso en 1974 y 1978 pudo haber estallado una guerra entre ambos países. Esto nos lleva a descartar una tesis tan común de que sólo serían los militares en ambos países los principales agentes que activan las hipótesis de conflicto. Ciertamente, lo que se llama cultura militar muchas veces conduce a exagerar el factor conflictivo en las relaciones entre las sociedades. Sin embargo, la persistencia de este fenómeno nos hace descartar que el origen pueda hallarse en una suerte de interés militar. La misma Encuesta Bicentenario refleja una mentalidad acendrada de desconfianza vecinal.

En Bolivia se ha dado el caso, interesante para un estudioso, de que la guerra con Chile no constituyó solamente un hito creador de idea de nación, sino que lo que se podría llamar la “deuda pendiente”, esencialmente la salida al mar, llegó a ser un tema más definitorio de la vida nacional en la segunda mitad del siglo XX que en su primera mitad. Es un verdadero mito nacional, que se aproxima a la idea original de la palabra mito: narración de culto que se tiene por absolutamente verdadera. Se ha dado el caso asombroso de que un líder político como Evo Morales haya derrumbado varios gobiernos teniendo como una de sus demandas esenciales el tema de la salida al mar con Chile. Cuando llega a la presidencia su liderazgo es tal, que ha podido incluso dejar de lado el tema que se le podría volver en contra.

En la actualidad, Bolivia se encuentra precipitada en un proceso que hace difícil cualquier vaticinio, aunque la demanda por salida al mar jamás desaparecerá del ho-

rizonte. Como en el caso de Perú se ha propuesto que se acuda a una visión moderna para solucionar su problema de la mediterraneidad. Se olvida que el tema en sí tiene una raíz nada de moderna y que lo moderno se compone también de lo no moderno. Se olvida que el problema no lo es tal, si por él se entiende un asunto práctico de transporte de personas y bienes.

Ciertamente, Chile tiene una responsabilidad de haber tenido una victoria demasiado absoluta en una guerra que destaca, por sobre otras, en la historia de las relaciones de los países latinoamericanos entre sí. ¿Qué hay que volver a ese origen para “reparar” esta deuda pendiente? Si el mundo actual se pone a reparar los estropicios del siglo XIX, ninguna nación del presente quedaría como está. Y una de sus consecuencias sería el regreso del hombre a las cavernas, despojadas del aura de la sociedad primigenia. Otra cosa es que estas dos naciones hayan podido mantener por tanto tiempo una parte de su alma volcada a ese pasado, con consecuencias directas para la vida práctica del presente. Esto nos debiera parecer irracional, si no fuera porque la insensatez es también parte del horizonte de lo humano.

Con Argentina se ha dado una situación singular. Se trata de la segunda frontera más larga del mundo, y en la era de los estados nacionales y de las guerras internacionales, no ha habido guerra aunque estuvimos cerca de ella al menos tres veces. En los círculos de internacionistas latinoamericanos siempre se comenta que, aunque ambos países han sostenido fuertes disputas que los podrían haber llevado a una guerra, al final siempre se entienden. Esto sirve para comprender la mirada que sobre estos problemas tienen muchos sudamericanos, pero es engañoso dejarse llevar por este juicio. Se olvida que en la existencia histórica las cosas siempre pueden ser diferentes. Con todo, la realidad ha sido que ha triunfado la “razón arbitral” en las relaciones entre los dos países. También que, en ambos países, gran parte de la población reacciona con incredulidad cuando se le menciona la posibilidad de una guerra entre los dos países. Esto es más cierto en Argentina que en Chile con la paradoja de que en 1978, en Chile quizás la gran mayoría de la población no atinaba a pensar que la situación era grave, ya que el gobierno militar hizo un esfuerzo por no soliviantar los ánimos. En el caso de Argentina, en cambio, el gobierno militar hizo una campaña para atizar el sentimiento nacionalista, casi belicista.

Esto no quita de que en la población chilena del siglo XX ha existido una cultura que ha exaltado el tema de

la Guerra del Pacífico como el gran momento de Chile. Aunque paralelamente hayan existido muchas voces que señalaban la idea de una identidad latinoamericana, en el trasfondo de la conciencia de los chilenos quizás predomine la percepción de rivalidad con los vecinos. Asimismo, fue y es muy popular la idea de que perdimos sin lucha una enorme cantidad de territorio a manos de Argentina. Un historiador argentino, Pablo Lacoste, que ha analizado una percepción análoga en ambos lados de la cordillera de los Andes, lo ha llamado “tesis fundacionales”, la idea de que a estos países, el vecino lo ha despojado de una parte que, de acuerdo a los orígenes, legítimamente les correspondía.

Evidentemente, tiene que haber una contradicción si lo mismo se da en los dos países. Quien quiera que haya estudiado la historia del nacionalismo europeo hallará el mismo tipo de reacción en varias partes. En lo que a mí respecta no participo, desde luego, de tal opinión. Sólo lamento que en la post-Guerra del Pacífico no se haya llegado a una delimitación más exacta en las fronteras del sur. Quienes sostienen esta visión olvidan que mientras supuestamente “perdíamos la Patagonia”, Chile realizó una decisiva expansión territorial hacia el norte.

No obstante, no se puede desconocer el arraigo que ha poseído la visión de que Argentina se ha expandido a costa de Chile (lo mismo afirma una parte de los argentinos de que han sido víctimas de Chile). En los hechos hasta el día de hoy las principales hipótesis de conflicto de Chile, Perú, Argentina y Bolivia es la guerra vecinal, los tres contra Chile y viceversa. Por ello, se ha dicho que se trata de un tema propio de la mentalidad militar o de ciertas “elites”. Nada más falso, se trata de una mentalidad establecida en una suerte de inconsciente colectivo. Ella puede convivir con otra muy antagónica, de que queremos la integración latinoamericana, que somos pueblos hermanos, que cada chileno tiene un amigo en alguno de estos países, o muchos amigos en los tres de ellos. En gran parte del siglo XX, centenares de miles de chilenos encontraron una segunda patria en Argentina, en donde fueron muy bien recibidos y se integraron a su sociedad que, en términos latinoamericanos, es la más inclusiva en lo que a inmigración se refiere. Argentina mira más hacia Brasil y hacia el Atlántico, Chile en general ha sido un tema periférico en sus relaciones internacionales, y esto no tiene nada de extraño ni inquietante.

En las últimas dos décadas Chile ha recibido una inédita inmigración peruana, de sectores relativamente de la base de la pirámide social, ocasionando menos problemas de

todo lo que se hubiera podido imaginar un observador sólo atento a la historia de conflicto y hostilidad. Es bien conocido como la clase política boliviana, que no puede prescindir de una referencia muy crítica a Chile por aquello de la salida al mar, sin embargo, a lo largo del siglo veinte ha tenido en Chile un refugio ante las vicisitudes de su historia. Para comprender la mentalidad colectiva de nuestra sociedad ante los vecinos y ante América Latina en general, es imprescindible entender estas incongruencias aparentes. Son propias a las miradas de las sociedades humanas entre sí.

La evolución en la segunda mitad del siglo XX

Para el caso de la mirada con Argentina, hay que añadir un elemento que creo me parece crucial. Entre 1902 y 1955 no hubo mayor tensión entre Chile y Argentina en relación a las fronteras, nada muy diferente de lo que es humanamente esperable de dos países que tienen una frontera de más de cuatro mil kilómetros de extensión. Estaba lo del Beagle, pero ocasionaba una disputa de mucho menor envergadura que, por ejemplo, la que hoy hace enfrentarse a Corea del Sur, Japón, China, Vietnam y Tailandia por islas, islotes y roqueríos, que para ellos parecen asuntos más o menos vitales. A partir de 1956 en cambio, comienza una serie de incidentes que, con sus altos y sus bajos, culminaría en el conflicto de 1978, aunque también con el Tratado de Paz y Amistad de 1984, y con un colofón, la decisión arbitral sobre Laguna del Desierto en 1994.

La gran mayoría de los incidentes fueron desencadenados por las fuerzas armadas argentinas, hecho que no recibió mayor crítica al interior de nuestro vecino. Esto no quiere decir que haya existido una especie de proyecto de los sucesivos gobiernos argentinos, especialmente aquellos de tipo democrático de los Presidentes Frondizi e Illia. El origen no está tampoco sólo en los uniformados argentinos, sino que también en un lobby nacionalista (existente también en Chile), que reflejaba una de las reacciones colectivas de Argentina ante Chile y su historia. Esta serie de incidentes cuyos puntos más altos fueron la ocupación del islote Snipe en agosto de 1958, y el incidente de Laguna del Desierto en 1965, se relacionan mucho a mi juicio con una crisis del Estado argentino. Tema tan característico de ese país en la segunda mitad del siglo XX, crisis que haría surgir el tema chileno, para algunos y en ciertos momentos, como una suerte de sucedáneo político, en el cual, sin embargo, se creía firmemente.

En aquel Chile que se sentía alterado por esta situación, que toca profunda aunque no universalmente a muchos sectores populares, hubo una sensación de ser agredido. Esto se vincula al hecho de que era evidente la desproporción de tamaño de los dos países. En este sentido, a la percepción de estar en lo justo se añade la de ser víctima (algo no muy diferente a cómo los bolivianos miran a Chile). Esta percepción de la segunda mitad del siglo en cierta manera, sigue viva hoy día. Me parece que gran parte de la Encuesta Bicentenario refleja su pervivencia en la sociedad chilena.

Hay que añadir otro elemento. En sectores intelectuales, en la clase política y en algunas voces de los grupos dirigentes ha estado presente la idea de que todo esto constituye una suerte de invención. Que apenas los países se entiendan en torno a sus reales intereses, v. gr., comercio, inversiones; o que se comprenda el verdadero carácter de las relaciones internacionales, v. gr., estos son asuntos a los que hay que aplicar criterio “moderno”, o que es necesario que los pueblos se conozcan entre sí porque los antagonismos son hijos de intereses ilegítimos de sectores dirigentes. Si ello sucediera, se afirma, estos conflictos se van a resolver por sí mismos, cual reliquias de un pasado remoto. Derecha, centro e izquierda se han estrellado contra la realidad.

La sociedad humana constituye una combinación en último término indescifrable de racionalidad e irracionalidad, y parte constitutiva de “lo moderno” es también “lo no moderno”, algo que se soslaya en muchos análisis. Esto no significa que yo piense que este conflicto sea el alfa y omega de nuestra realidad internacional ni que se deba abandonar el intento por superarlos definitivamente. En este último caso, sencillamente se irían complicando más y más. Lo que quiero decir es que estamos ante un fenómeno de larga duración, con el cual tendremos que coexistir por varias generaciones.

Convivir con América Latina en el largo plazo

A raíz de esta encuesta se ha observado la ignorancia y/o menosprecio de los chilenos ante sus vecinos y ante los latinoamericanos. Me parece que sería una interpretación parcial. Habría que ver cómo se responde a una diferente modalidad de pregunta y cuál intensidad de presencia tiene esta imagen en la gran masa de los chilenos. Hay que recordar la época de la admiración por el tango, y la conciencia de muchos chilenos —incluyéndome—, de que la sociedad argentina posee un grado de civilización superior al nuestro. No se me esconde

la complejidad del término “civilización”, pero no es el momento de entrar en esa discusión.

La identificación con la cultura popular mexicana a mediados de siglo era una faceta importante en el pueblo chileno, y creo, en casi todos nosotros. Siempre me asombra la analogía entre muchas formas de ser del mexicano y del chileno, a pesar de que provenimos de una síntesis en algunos aspectos radicalmente distinta. Tampoco hay que olvidar que esta imagen que reconozco algo engreída tiene que ver también con que nuestra mirada esencial está dirigida hacia los grandes centros de civilización y de poder en el mundo. Se trata de una situación que me parece bastante lógica, sana y, en todo caso, ha marcado nuestra historia y la de la inmensa mayoría de América Latina. La orientación eurocéntrica no es contradictoria con el desarrollo de una intensa y creciente concertación con América Latina, más allá de las retóricas exaltadas. Éstas, sin embargo, tantas veces han dado la razón a quienes ven a nuestra América como una civilización incompleta, quizás frustrada.

Por último, en el Chile de los últimos veinte años, a pesar del desencanto y apatía ante lo público, existe una difusa pero real conciencia de que “las cosas han ido bien”. La oleada del “neo-populismo” que ha penetrado profundamente a nuestra América, hasta ahora no ha logrado cautivar a un sector significativo de los chilenos. Quizás es al revés, que se ve en la “crisis latinoamericana”, el fenómeno de la inestabilidad política que renace alrededor del 2000 desde lo que se creía eran sus cenizas. Frente a dicha realidad, mal que mal el caso chileno difería en un grado notorio, lo que se supone sería una marca de distinción. Es posible que la encuesta refleje de manera algo torcida lo que me parece, en lo fundamental, corresponde a los hechos.

Nos apena la ignorancia acerca del continente, cuando se muestra el desconocimiento acerca de la situación y de los nombres de la actualidad. Sin embargo, me gustaría relativizarla un poco por aquello de “mal de muchos consuelo de tontos”. Hace pocos años el 2% de los jóvenes ingleses declaró que Hitler había sido Primer Ministro de Inglaterra (y el príncipe Harry se disfrazó de oficial nazi). El desvarío es tanto mayor si pensamos que lo más grande que hizo Inglaterra en el siglo XX como sociedad política es haber enfrentado en soledad a la Alemania nazi en 1940. En estos días hemos presenciado cómo unos jóvenes israelíes enfrentan a la justicia por actividades neonazis, con un culto explícito a Hitler. Son casos

extremos no comparables al panorama presentado por la Encuesta Bicentenario. Apuntan, sin embargo, a un fenómeno común a todos estos ejemplos, la sociedad de masas está habitada por seres alfabetos y a la vez de ignorancia agresiva. Esto fue advertido ya hace mucho, en cierta manera por Goethe antes que Nietzsche, y ha sido un gran tema de la crítica a la cultura en el siglo XX. La llamada farándula tan en boga en nuestra televisión, es una de sus tantas expresiones. Me parece que la encuesta capta este problema que tiene analogías en muchas partes del mun-

do, seguramente también en nuestros vecinos.

La situación apela a una continua labor de ilustración de la sociedad de modo de incitar a “minorías creativas”, en el sentido de Arnold Toynbee, reclutadas en todos los sectores de la sociedad, para desarrollar voluntades y políticas de coexistencia y cooperación. Su prosecución no nos debe llevar a olvidar los peligros que acechan en las relaciones de todas las sociedades entre sí, que constituyen una suerte de espejo de las miradas mutuas de los diversos grupos al interior de cada sociedad humana.

Comentarios

HERNÁN FELIPE ERRÁZURIZ

Abogado, ex canciller y ex embajador en Estados Unidos

Escepticismo

La Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark sobre las percepciones de los chilenos respecto del vecindario registra, muy claramente, desconfianza o más educadamente, escepticismo y frustración respecto de la integración vecinal y regional. Esa apreciación, a mi juicio, es justificada.

Existe un pasado de persistentes y graves desencuentros con guerras incluidas y situaciones para bélicas, más o menos recientes. A eso se suman: bajo comercio vecinal e interregional, organismos multilaterales interamericanos ineficaces y limitada conectividad e integración. Esas son realidades que percibe la opinión pública y que no pueden ocultarse.

¿Arrogancia o frustración?

Es posible interpretar el escepticismo como manifestación de arrogancia de los chilenos en cuanto sentimiento de excepcionalidad, aislamiento y a una desproporcionada valoración de la identidad nacional, en relación al resto de América Latina. Esos sentimientos provocarían resistencia a participar en la integración latinoamericana y conducirían a preferir densificar los lazos con el hemisferio norte, Europa y el Asia Pacífico. Implicarían menospreciar valores compartidos y no confiar en las posibilidades y ventajas de la cooperación e integración vecinal.

Puede haber otra lectura, y no sea simplemente arrogancia sino que sea incredulidad, frustración y mala experiencia en las relaciones vecinales.

En todo caso, esas aprensiones son preocupantes y deben ser asumidas por las autoridades, referentes públicos y privados, porque además son anacrónicas.

Son cada vez más los países que, habiendo tenido diferencias centenarias con sus vecinos, intentan superarlas. No sólo es el caso de la Unión Europea, sino que también está ocurriendo en el Asia. Recientemente hemos visto surgir una alianza entre Japón, Corea y China para cooperar ante la actual crisis económica. Nada parecido se divisa en América Latina.

Me parece muy interesante el trabajo de Joaquín Ferrandois, demostrativo de excelencia académica y de sus vastos conocimientos históricos. Básicamente coincido con él y discrepo sólo en matices.

Es efectivo que Latinoamérica no ha tenido un alto número de conflictos interestatales, como sí los tuvo Europa. Pero, habría que sumar las intervenciones armadas de las potencias europeas y de Estados Unidos en América Latina, desde las acciones de las marinas francesa y británica para imponer la libre navegación en el Río de la Plata resistida por Rosas, hasta varios intentos de norteamericanos por ocupar zonas de México y de América Central.

De cualquier manera, los conflictos entre los países latinoamericanos no fueron pocos. Perú y sus vecinos y Colombia y Ecuador tienen varias guerras no declaradas y limitadas en el curso de los siglos XIX y XX. En otros casos, las mini guerras estuvieron mezcladas con conflictos internos, como la intervención de Brasil en la larga querrela entre unitarios y federales en Argentina, en la cual Uruguay fue campo de batalla para ambos bandos. Hay además numerosas guerras civiles y rebeliones armadas. Colombia y Venezuela destacan en ello.

La desconfianza respecto del Perú y los sentimientos peruanos

Efectivamente, la Guerra del Pacífico es la principal causa de un negativo sentimiento peruano hacia Chile. Sin embargo, hay que consignar que nuestra Independencia puede ser vista también como un intento de emancipación de la tutela del Virreinato de Lima más que de un rey lejano.

Luego, la independencia del Perú es más bien impuesta por fuerzas extranjeras. Asimismo, la expedición de Bulnes para liquidar la Confederación Perú boliviana no fue popular en Perú. Ella fue percibida como una invasión destinada a destruir la unidad de un vecino fuerte y al servicio de intereses comerciales de Valparaíso sobre los de El Callao.

Después, tras la Guerra del Pacífico, Chile hace gestos para la reconciliación. El Presidente Balmaceda, creo, envía a la escuadra para devolver solemnemente los restos de Grau y de héroes y combatientes peruanos. Sumando además libros guardados en la Biblioteca Nacional. El Presidente va a Valparaíso a despedir la misión que es bien recibida en Perú.

Más tarde, la controversia sobre el plebiscito en Tacna y Arica y la política de chilenización de esas provincias agravaron el encono.

Tuvimos un largo período de ruptura de relaciones diplomáticas entre 1910 y 1928, pero el mismo Presidente peruano que las rompió, Leguía, firmó en 1929 el tratado que solucionaría casi totalmente esa diferencia.

Mi impresión es que no hay demasiados problemas en el curso de los años inmediatamente siguientes, y que se va creando un clima más favorable en los sentimientos nacionales de los dos países. No hay tampoco una gran diferencia en el desarrollo económico de ambas naciones.

Considero que el rencor peruano se reaviva y aumenta deliberadamente con la llegada de los militares, en especial el Ejército, al poder en Perú, primero en el año 1962 para impedir el triunfo del APRA y con planes más definitivos de permanencia en 1968. Antes de ello, no pocos militares habían tomado el poder, o se habían hecho elegir. Pero los mismos militares posteriores los definen como caudillos no institucionales y gobernantes “de la oligarquía”. El más notable es el general Odría (1948-1956), nada preocupado de conflictos externos y sí mucho del desarrollo de la economía. Conocía más el mundo moderno de entonces y había estudiado matemáticas en Francia.

Pienso que los militares “institucionales” y más o menos “revolucionarios” de los ‘60 en adelante redescubren a Chile como un enemigo. Procuran legitimar sus políticas estatistas, eliminar el peso del APRA, superar a Chile y recuperar las “provincias cautivas”.

No lograron tales fines, pero la propaganda tuvo su éxito y perdura hasta hoy. La prueba es la última campaña electoral peruana en que Ollanta Umala, un serio con-

trincante a la presidencia, esgrimió amenazadores argumentos reivindicacionistas respecto de Chile.

Lo concreto es que, en los últimos años, los desencuentros han sido permanentes desde episodios menores como el de los grafiteros, videos en los aviones de Lan, la planta de la empresa Lucchetti y otros casos particulares que terminaron en controversias entre gobiernos y tratados como asuntos de Estado.

Más presente en la encuesta está seguramente el tema de la delimitación marítima con Perú que, para el grueso de la población, es un verdadero invento peruano. Por suerte, la encuesta ya estaba hecha cuando se conocieron las lamentables declaraciones del general Donaire, jefe del Ejército peruano que recientemente se acogió a retiro.

Así, las relaciones con Perú y también respecto de Bolivia, han seguido por el camino de las emociones más que por el de la racionalidad. De hecho, la reciente devolución de libros y archivos peruanos hecha por el gobierno chileno en Perú no tuvo mayor publicidad ni trascendencia, simplemente se estimó que era parte de la deuda impaga. Algo parecido ha sucedido con la normalización de cerca de 60 mil inmigrantes ilegales que tampoco ha tenido el debido reconocimiento peruano.

Estos desencuentros, uso de las relaciones con Chile para la política interna, resentimientos y faltas de reconocimiento, seguramente pesan en las encuestas de opinión de los chilenos sobre sus vecinos, que por lo demás, exhiben inestabilidades y fallas institucionales.

La mediterraneidad y los rencores bolivianos

Respecto de Bolivia, no hay allí el mismo resentimiento, ni es tan profundo como el peruano. Más bien, como dice Joaquín Fernandois, hay un mito bajo el argumento y justificación de su retraso económico por la falta de salida soberana al mar y, también, al igual que en Perú, el aprovechamiento de las diferencias con Chile por la política interna. Eso ocurre en el altiplano y no en el oriente, donde en Santa Cruz menos les importa el mar y se nos ve con más simpatía.

Una carta de Paz Estenssoro a sus partidarios del MNR, hacia el año 1950, define más o menos bien el rencor hacia Chile, que es menos natural y más fabricado por la educación pública que el peruano. Paz dice allí que su “oligarquía” atribuye a la pérdida del acceso al mar la causa de los males del país, en circunstancias que ése

no es el problema, sino sólo el pretexto para explicar el atraso, que la revolución del MNR superaría.

Por eso, en los primeros años del régimen de modernización violenta y estatista del MNR, hay buenas relaciones y hasta sucede la primera visita de un Presidente chileno a Bolivia, creo que fue en 1954 Ibañez del Campo. Algo parecido ha sucedido durante la gestión de Evo Morales que, luego de haber desestabilizado a su predecesor invocando el tema marítimo, lo omite del debate público.

Sin embargo, hacia los '60, el sistema cuasi dictatorial del MNR ya no resiste y la oposición y el desencanto crecen. Se recurre así a la antigua causa y se vuelve a acusar a Chile de ser culpable de los males bolivianos. Viene así la ruptura de relaciones diplomáticas en 1963, y todos los inestables gobiernos que se suceden siguen utilizándonos como culpables. Ante ello, damos señales dudosas, al parecer siempre dispuestos a ofrecer alguna solución de salida al mar que finalmente resulta inviable. En algunos casos, se hizo en serio una oferta, como en Charaña, sobre el corredor frustrado por Perú y por los propios bolivianos que finalmente se desistieron de su aceptación de compensaciones territoriales. En otros casos, políticos y diplomáticos chilenos ofrecen alternativas de cesiones vagas y sin visos de factibilidad. Pero todas esas aventuras han dejado la impresión de que somos falsos, ligeros y poco dispuestos a cumplir promesas.

Creo que, en el caso boliviano, el problema es más el peligro de la disolución de su Estado y su división anárquica, latente para cuando se agote el ciclo indigenista y no viable de Morales.

Estamos acostumbrados a su reclamo de salida soberana al mar, que no desaparecerá aun cuando se ofrezcan fórmulas modernas que no impliquen cesiones de soberanía. Ya sabemos que las cesiones territoriales son inaceptables para la ciudadanía chilena según la encuesta —sólo un 14% de los encuestados las apoyan—.

De allí la necesidad de ser más generosos en el comercio y más imaginativos en la integración física, en la cooperación y en las facilidades para que bolivianos estudien en Chile. Ya muchos lo han hecho, pero habría que extenderlo a los que no pueden pagar.

Con Bolivia no debemos esperar reciprocidad, a veces tendremos que dar concesiones sin contraprestaciones ni reconocimientos, como ha ocurrido en los tratados de complementación económica, y otras veces deberíamos asumir posiciones extremas de los bolivianos como

aquella de condicionar los acuerdos con sus vecinos a “ni una molécula de gas a Chile”.

El nacionalismo argentino

Bien dice Joaquín Fernandois que es notable que nunca hayamos llegado a la guerra con Argentina, a pesar de tantas diferencias sobre límites. No hay países con tan dilatada frontera que hayan escapado a eso.

Hasta comienzos del siglo XX, Chile y Argentina no fueron muy diferentes. Los dos avanzaron sobre territorios que en mapas europeos de la época aparecen como territorios francos. Sus economías eran similares y la población también. Luego comenzaron a distanciarse, cuando gracias a la emigración europea a Argentina, supera por primera vez en población a Chile, y el crecimiento de su agricultura le da un enorme desarrollo económico. Entonces nos van dejando atrás y poco les importamos, pues desde Buenos Aires sólo se mira a Europa y hacia arriba a Brasil.

Concuerdo con Joaquín Fernandois que la hostilidad hacia Chile comienza hacia 1955. Es con gobiernos argentinos militares o de civiles débiles controlados por Fuerzas Armadas, que necesitan un elemento legitimador. Pues, si hacen elecciones libres, vuelve Perón y puede recordarse que, en las elecciones presidenciales de 1962, en que se elige al radical Illia, la primera mayoría fue el voto en blanco ordenado desde Madrid.

Pasado el tiempo, llegamos al '78 y al desconocimiento del laudo del Beagle. La victoria jurídica chilena dio el pretexto necesario a una facción interna del gobierno militar argentino, la marina más algo del ejército, para apelar al nacionalismo y declarar nulo el laudo. Todo por motivos internos, en la carrera por ganar posiciones ante un Presidente débil y moderado como era Videla.

Malvinas es otro caso parecido. El régimen sabía que no daba más. Algunos allí, como el general y Presidente Viola, buscaban una salida en alianza con radicales, que no significara la vuelta inmediata del peronismo al poder. La marina y el comandante del ejército Galtieri creían posible encontrar otras vías de escape. Se decidió atacar las Malvinas después de atento estudio, porque la guerra con Chile no sería popular: la Iglesia y el peronismo habrían sido hostiles.

Creo que nuestros problemas con los vecinos parten mucho de no entenderlos ni conocer sus realidades e historia. Que, en suma, con Argentina significa entender que la política exterior, en general, es parte de su interna.

Lo hemos visto recientemente con los cortes del suministro de gas natural transgrediendo tratados internacionales y perjudicando a centenares de miles de hogares chilenos y a la competitividad de nuestro país.

Con Perú, muchas veces eludimos considerar la historia y su resentimiento por la Guerra del Pacífico, y con Bolivia la necesidad de un trato generoso.

Igualmente importante es reconocer que nuestro espacio e influencia para mejorar las relaciones vecinales es muy limitado porque los obstáculos provienen de populismos, nacionalismo y realidades internas de esos países que son persistentes. De hecho, no hay grandes cambios en las respuestas entre esta encuesta y la precedente y, probablemente, habrán pocos cambios en la percepción chilena en un futuro mediano.

Frente a situaciones y relaciones tan distintas respecto de cada uno de los países vecinos, llama la atención que en la encuesta aparezca una desconfianza muy parecida y una general resistencia a la integración incluso a actuar en bloque con la región. Tal vez la falta de distinguir entre los vecinos se debe a que en situaciones críticas, los tres se han unido en contra de Chile: así ocurrió en 1978, tanto Perú como Argentina rompieron sus relaciones con Chile.

Al mismo tiempo, la resistencia chilena a actuar en bloque con América Latina también puede interpretarse

por la frustración respecto de líderes, cumbres y organismos latinoamericanos que han sido incapaces de llevar adelante la integración regional.

La ciudadanía es testigo de las recurrentes y publicitadas cumbres interamericanas, iberoamericanas, sudamericanas, andinas, del Grupo de Río, y de tantas otras reuniones y organismos que exhiben magros resultados y elevados costos. A la vez, conocemos de las debilidades institucionales, características de la región. Asimismo, son frecuentes las promesas populistas que culminan en desencuentros, retrocesos, divisiones y frustraciones que trascienden las fronteras regionales.

Por sobre los motivos de frustraciones, está la conveniencia de estrechar los lazos vecinales y regionales. Nuestra ubicación geográfica es inamovible y abre amplias posibilidades para incrementar el intercambio, realizar actuaciones conjuntas y para densificar los lazos culturales. Por lo demás, nuestra población, extensión y economía son más reducidas que varias otras de Latinoamérica: Chile, individualmente, no puede pretender registrar una gravitación en la comunidad de naciones, y requiere, por razones políticas, económicas y de seguridad nacional, mantener las mejores relaciones vecinales y regionales posibles. Por último, si pretendemos ofrecer nuestro territorio como una plataforma para los negocios de otros continentes y hemisferios con la región, debemos estar adecuadamente integrados a nuestro entorno.

IGNACIO WALKER

Ex canciller, investigador de Cieplan

Lo que está claro después de haber escuchado a Roberto Méndez es que estamos incómodos con nuestro vecindario y con nuestro cuerpo. Aquí vamos a hablar de nuestro vecindario, más que de nuestro cuerpo.

Al tener poco tiempo para comentar a Joaquín Fermanois preferí concentrarme en un sólo tema, así es que hablaré sobre todo de Bolivia. Pero antes quiero decir, para comenzar, que no hay respuestas simples a problemas complejos. Y el tema de la realidad vecinal chilena es un tema extraordinariamente complejo, que hay que asumirlo como tal, más allá de los buenos deseos que se puedan tener —y creo que todos los tenemos—, en los cuatro países de este vecindario.

Un solo ejemplo, en los últimos treinta años, dos de nuestros tres vecinos han tenido una guerra externa: Argentina con Gran Bretaña y Perú con Ecuador. Entonces esto no es sólo un tema del siglo XIX con referencia a la Guerra del Pacífico. Es una realidad geopolítica, vecinal, bastante compleja.

En el caso de Argentina, yo creo que hemos tenido en los últimos veinte años las mejores relaciones diplomáticas del último siglo. Creo que realmente han sido muy positivos para ambos países, desde el punto de vista de la integración. Podríamos hablar de excepciones como el tema del gas y algunos otros como Laguna del Desierto, que es el más grave de todos. Pero recordemos que el año '90 habían 24 conflictos limítrofes pendientes con Argentina y que bajo el gobierno del Presidente Aylwin se resolvieron, de común acuerdo, en forma pacífica, 22 de los 24 conflictos limítrofes que se arrastraban a través de la historia. Quedó uno pendiente, Laguna del Desierto, que se perdió, como sabemos, en un fallo arbitral y otro, Campos de Hielos, que finalmente se resolvió en su mayor parte en el año '98 con el Presidente Frei y el Presidente Menem. Quedó pendiente con Argentina un tema de "demarcación", no de delimitación -lo cual es bastante más acotado-, en relación a un sector de Campos de Hielos.

Entonces, si se toma solamente ese parámetro, obviamente respecto a Argentina hemos tenido los últimos veinte años, una situación bastante expectante. Es cierto

lo que dice Joaquín, en tanto que teniendo las fronteras más largas del mundo -cerca de cinco mil kilómetros- nunca hemos tenido una guerra. Ha existido esta realidad de "razón arbitral", un tema que a mí me acomoda y lo encuentro muy apropiado.

Si hay un país en el mundo y en el vecindario de la región que tiene una importancia estratégica para Chile, ese es Argentina. Y yo creo que estamos entonces en buen pie para tratar de profundizar esa relación. Doy solamente dos datos: Hay cerca de 400 mil chilenos en Argentina. Se hizo un censo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, el año 2005 —cuando yo era ministro— y había 842 mil chilenos en el exterior. De ellos, unos 400 mil están en Argentina. Se puede hablar de una integración, especialmente en el sur de Argentina.

Un segundo ejemplo es que hay aproximadamente 16 mil millones de dólares de inversión chilena privada en Argentina. Podríamos decir que la mitad de toda la inversión privada chilena en el exterior está en ese país. Hay una realidad comercial bastante desfavorable para Chile, por el tema de importación del gas, pero con Argentina estamos en buen pie, hay buenas posibilidades de integración, teniendo importancia estratégica para Chile.

Como ha dicho Joaquín, es mucho más conflictivo el asunto de Perú y Bolivia, básicamente por el tema de los legados de la guerra de 1879 —y, obviamente, en la conformación de la sociedad chilena la guerra es muy importante. En efecto, Mario Góngora —un gran historiador chileno— decía que la sociedad chilena había sido conformada desde el Estado y desde la guerra. Las guerras del siglo XIX, guerras de la Independencia, guerra contra la Confederación Perú Boliviana, Guerra del Pacífico, las guerras civiles —de la década de 1850 y 1890—; lo cierto es que Chile ha ganado y ha perdido territorios. Ganó territorios en la Guerra del Pacífico, pero el tratado de 1881 con Argentina obviamente fue un costo que pagó Chile en términos de la entrega de la Patagonia, un costo que tuvimos que pagar en medio de la Guerra del Pacífico. Chile siempre aceptó esa realidad, porque hay una cultura jurídica en nuestro país muy fuerte. Esa cesión, en 1881 en medio de la Guerra del Pacífico, aquí se aceptó ¿Por qué? Porque estaba nuestra firma. "Pacta sunt servanda": lo pactado obliga, ese, que es un principio del derecho internacional, es también un componente clave de nuestra política exterior a través de dos siglos. Y es una gran cosa desde el punto de vista de nuestro patrimonio cultural y jurídico como nación.

Hay una cierta incomodidad aparente, en el vecindario, desde el punto de vista de las percepciones, referido a un cierto aire de superioridad, de autosuficiencia, de parte de Chile o, al menos, una cierta conciencia acerca de algunos rasgos de identidad o de especificidad de Chile, que serían distintos del vecindario. Obviamente uno de los temas centrales aquí es Bolivia. Se nota en la encuesta una especie de endurecimiento en relación a esa nación vecina, amiga y hermana (a lo menos es lo que yo pienso sobre Bolivia). La gente que está dispuesta a no darle nada, sube de un 33 a un 43% en dos años. Uno se pregunta, ¿qué pasó en estos dos años? Sin embargo, uno de cada seis chilenos, un 14%, está dispuesto a darle una salida soberana al mar a Bolivia. Eso es destacable, no lo miremos en menos. Uno de cada seis chilenos está dispuesto a una cesión territorial. En ningún país la gente está dispuesta a hacer cesiones territoriales. No creo que eso sea un dato menor.

Obviamente hay una realidad jurídica con Bolivia que está resuelta en el Tratado de 1904. Tomó un tiempo, la Guerra del Pacífico terminó el 83-84. Recién en 1904, veinte años después del término de la guerra, suscribimos un tratado que después fue impugnado por muchos sectores bolivianos, pero ese tratado tuvo una gran legitimidad. Entiendo que era Ismael Montes el Presidente de Bolivia en ese momento, tenía él una legitimidad interna en Bolivia bastante importante, hasta el punto que fue re-electo en 1909-1910. Chile ha estado dispuesto al menos en seis oportunidades históricamente a considerar —o a estudiar o a tratar, de alguna manera— una salida al mar para Bolivia. Este dato no siempre se resalta suficientemente.

En 1895, durante el gobierno de Jorge Montt, la propuesta chilena, que fue rechazada por Bolivia, claramente apuntaba a una salida al mar.

Después, en 1920, con Arturo Alessandri hubo cierto intento, no una negociación propiamente tal, pero el acta Bello-Gutiérrez, dio cuenta de esta intención, de la disposición de Chile de considerar una solución como esa.

En 1926, la famosa Iniciativa Kellogg, del Secretario de Estado de Estados Unidos, quien, de alguna manera, propuso una iniciativa en la misma dirección, la cual tampoco prosperó, Todo esto fue por supuesto, anterior al tratado de 1929 con el Perú.

En 1951, bajo el gobierno de don Gabriel González Videla, con su Ministro de Relaciones Exteriores, don Horacio Walker —mi abuelo— se negoció una posible salida

al mar. Las tratativas fueron reveladas por la revista *Ercilla* y se frustró. Después se desconoció, pero hubo un intento por parte de Chile de negociar al más alto nivel y considerar la posibilidad seria de una salida de Bolivia al mar.

Obviamente, en 1975 fue la propuesta más importante de todas, el acuerdo bilateral entre el general Pinochet y el general Banzer. Fue una oferta concreta de salida al mar, soberana, pública, formal. Era una franja territorial de diez kilómetros al sur de la Línea de la Concordia, que finalmente se frustró porque Perú —quien en virtud del tratado del 29 requiere dar su acuerdo en esta materia— propuso una solución imposible para Chile, en términos de una soberanía compartida, tripartita, en esa zona del mar y el puerto de Arica, lo cual frustró finalmente esa posibilidad. Sin embargo, había una oferta clara, concreta, formal, diplomática, explícita, de cara a la opinión pública, del general Pinochet al general Banzer en ese sentido.

Finalmente en 1987, con el canciller Jaime del Valle, también hubo un intento que finalmente fue frustrado por el Almirante Merino, quien fue principalmente el que se opuso a una solución de ese tipo, ya en las postrimerías del Régimen Militar. Pero no es cierto que desde el punto de vista de Chile, de la diplomacia chilena, haya habido una cerrazón completa a considerar la opción de Bolivia de una salida al mar. No es un derecho, por cierto, porque los derechos están en el Tratado de 1904, sino una aspiración por parte de Bolivia.

Es cierto que los chilenos aparentemente no estamos dispuestos a darles una salida al mar, pero a nivel político, gobiernos de centro, de derecha, de izquierda, hemos estado dispuestos al menos en seis oportunidades, declaradamente, a explorar tal posibilidad. Han existido otras tratativas que no están registradas en la historia. Lo importante es que casi todos los gobiernos en Chile se han planteado el tema boliviano, en distintos períodos de la historia.

En segundo lugar, Bolivia, que era la “Audiencia de Charcas” en la época colonial, un país creado por Bolívar —de ahí viene su nombre— ha perdido un millón 200 mil kilómetros cuadrados. Con Brasil, con Paraguay, con Argentina, con Perú y con Chile. Sólo el 10% de ese millón 200 mil kilómetros cuadrados, o sea, 120 mil kilómetros cuadrados, los perdió con Chile. Por cierto que ese es un tema muy complejo desde el punto de vista de Bolivia, en su legítima aspiración de constituir un estado-nación propiamente tal, como fue el objetivo de la Revolución

de 1952, con Paz Estenssoro, entre otros. El proyecto de constituir un estado-nación todavía existe, como dirían nuestros historiadores, en esta revolución “democrática y cultural” de Evo Morales, aunque con otras coordenadas (indigenistas, además de nacionalistas).

En tercer lugar, está obviamente la inestabilidad interna de Bolivia, que ha impedido que muchas de estas iniciativas prosperen. Algunas propuestas eran notables como la de Jorge Montt en 1895, por ejemplo, si uno la revisa, era una salida soberana, muy explícita, clara, declarada y fue negada por Bolivia por diversas razones.

Les doy un solo ejemplo, en el gobierno del Presidente Ricardo Lagos —bajo el cual me tocó desempeñarme como Ministro de Relaciones Exteriores— hubo seis presidentes bolivianos en seis años. Esto para resaltar el tema de la inestabilidad política interna, entonces concretamente ¿con quién se negocia? ¿cómo se negocia? ¿se parte de cero con cada Presidente? Es muy complicado el tema desde ese punto de vista y, claro, la utilización del asunto de la salida al mar no sólo como una aspiración, sino como un tema de política interna. El único que se ha escapado de eso es Paz Estenssoro, quien el año '53 hace una famosa declaración diciendo más o menos “Mire, no le echamos la culpa a la mediterraneidad de Bolivia de nuestros problemas de desarrollo. Encaremos nuestros problemas de desarrollo en su propio mérito”. Esto en el marco, por supuesto, de la revolución de 1952.

Hoy estamos en mejor pie con Bolivia, a pesar de esta inestabilidad política interna y, obviamente, Bolivia tiene una realidad democrática que nunca tuvo en su historia. Desde mediados de la década del '80 hasta el día de hoy, no ha habido un solo golpe de Estado. Ha existido mucha inestabilidad, pero con soluciones constitucionales. Éste es un período interesante y hay dos hitos. El año 2000, con el canciller Juan Gabriel Valdés, en el gobierno del Presidente Frei, hubo una declaración conjunta de Chile y Bolivia, en Algarve, Portugal, donde se acuerda “un diálogo y agenda sin exclusiones”. Esto es muy importante. Antes, cuando habían relaciones con Bolivia en alguna instancia formal y Bolivia planteaba el tema de la salida al mar, uno se levantaba y se iba de la mesa. Chile ahora no se va de la mesa, porque no hay exclusión en el diálogo. Las partes pueden plantear sus temas, sus aspiraciones. Recordemos que no tenemos relaciones diplomáticas con Bolivia desde 1961, con el interregno de '75-'78. Es impensable que países vecinos no tengan relaciones diplomáticas en casi cincuenta años. Actualmente, el marco de nuestra relación es el de

un diálogo sobre la base de una agenda sin exclusiones, en ella hay trece puntos que hemos ido progresivamente perfeccionando, y donde también se considera el “tema marítimo”. Esto último no es sinónimo de una salida soberana al mar o una salida al mar, porque hay un tema marítimo en el Tratado de 1904 que garantiza el acceso hacia y desde el Océano Pacífico a Bolivia.

Sobre este tema, dos aspectos. Uno, hay solo tres cosas que Chile nunca va a hacer en relación a Bolivia. Primero, llevar el tema de Bolivia al ámbito multilateral, a la OEA o a lo que fuere. Porque éste es un tema bilateral. Y ahí no hay gobiernos de centro, de derecha o de izquierda, eso es doctrina diplomática histórica. Nunca va a ser llevado —por lo menos desde el punto de vista de Chile— a una instancia multilateral.

Segundo, Chile no va a aceptar —creo yo— la idea del mar como una “moneda de cambio”: mar por gas o mar por agua. El mar no es moneda de cambio. Esto está dentro de los intangibles, como es el tema de las fronteras, los límites y los territorios.

En tercer lugar, pienso que Chile nunca va a aceptar lo que propuso Perú entre el '75 y el '77, que es la idea de algún tipo de soberanía compartida, tripartita, en el Puerto de Arica o al norte de Arica, o hacia el sur de la Línea de la Concordia. Eso es inaceptable, porque es una forma de profundizar el conflicto y no de resolverlo.

Finalizo con una tarjeta amarilla, una advertencia, un signo de interrogación, una preocupación. Hay una cierta percepción en el barrio, en el vecindario, en la región, en América Latina, en América del Sur, en relación a Chile, de la cual tenemos que hacernos cargo porque es preocupante desde el punto de vista de nuestra seguridad. Alguien hablaba por ahí, en un artículo hace algunos años, de Chile como la “Israel de América del Sur”, aislada, arrogante y armada hasta los dientes. Otros nos señalan como el “Singapur” de América Latina, referido a una inserción unilateral en el mundo.

Aquí hemos visto una encuesta sobre percepciones de Chile y los chilenos en relación al vecindario y la región. También hay que preguntarse por las percepciones de la región sobre Chile. Es el asunto del “mejor alumno”, pero no necesariamente el “mejor compañero”. Aquí hay un tema complicado para nuestra política exterior y para un bien público fundamental del Estado de Chile como es la seguridad. Esto puede conducir a un cierto aislamiento y eso es grave desde el punto de vista de la política exterior chilena.

Lo más aberrante que yo he escuchado en algunos pasillos —y que no comparto para nada— es que la mejor relación con Bolivia es “no tener relación alguna”. Eso es una insensatez. Porque en plena guerra fría, países vecinos como Europa del Este y Europa Occidental, Estados Unidos y Rusia, tenían relaciones diplomáticas y se vendían petróleo, por ejemplo. Eso cae en el absurdo y atenta contra la seguridad de Chile. Entonces, hay que alejarse claramente de fetiches, de arrogancias y de absurdos como ése.

Termino con la siguiente afirmación: Chile es parte de América Latina. Escuchen la afirmación, una gran novedad: Chile es parte de América Latina.

Y les cuento una anécdota para terminar. Cuando el Presidente Lagos me nombró Ministro de Relaciones Exteriores, en la primera reunión que tuvimos estábamos en su oficina y había un mapa. Entonces me mostró América Latina y me dijo: “Ésa es nuestra política exterior”, en el sentido de que aquí estamos, no estamos en África, ni en Europa, ni en Asia. Estamos en América Latina. “Y en América Latina”, me dijo, “tenemos tres diálogos.

Uno, las Américas. Los 34 estados de las Américas, desde Canadá hasta la Patagonia. El segundo diálogo es con la OEA, América Latina y el Caribe, que tiene su propia especificidad. Y el tercer diálogo —el más intenso, el más importante— es América del Sur, y dentro de América del Sur, el vecindario. Ésa es la política exterior chilena”. Y yo creo que hay mucha sabiduría en esas palabras, de una persona de Estado que entiende que nosotros estamos aquí, en este barrio y, por lo tanto, tenemos que hacer un tremendo esfuerzo como país, como universidades, como sociedad civil. No solo es un tema de Estado, de política exterior, es hacer algo de pedagogía y en algún curso de geografía recordarle a nuestros alumnos y a nosotros mismos que somos parte de este barrio y que no estamos “condenados” a ser parte de este barrio, que eso conlleva tremendas posibilidades y grandes oportunidades para nuestro país.

Considero que las percepciones negativas que hemos visto en esta encuesta hay que transformarlas en desafíos, para ver cómo pasar de una forma más proactiva, menos defensiva, a una plena integración en América Latina y, por supuesto, con nuestros vecinos.

Marianismo y religiosidad

EDUARDO VALENZUELA

Director Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile

La Encuesta Nacional Bicentenario 2008 tiene un conjunto de preguntas sobre religiosidad que van más allá de los datos sobre identificación religiosa y hábito de ir a la iglesia que suelen ser las medidas convencionales sobre religión. En particular investiga acerca de las creencias y hábitos marianos de la población, la devoción a los santos y algunas prácticas de muertos que son características de la religiosidad popular. La llamada “religión popular” es algo difícil de definir e identificar. En este comentario se examinarán tres criterios principales para identificar la existencia de algo que pueda llamarse “religiosidad popular”. En primer lugar, se observarán las diferencias de clase como línea de demarcación: existen creencias y expresiones religiosas que son más frecuentes entre los pobres y los menos educados, y conservan ello una tonalidad e impronta específicamente popular, que se distinguen de las expresiones propias de los más ricos o mejor educados. En segundo lugar, se considerarán propiamente populares aquellas expresiones religiosas que aparecen poco insertadas o dirigidas institucionalmente, y son populares en la medida en que permanecen poco mediadas eclesialmente, manifestaciones relativamente espontáneas y desorganizadas. Por último, se considerará como popular también lo tradicional o local, aquellas manifestaciones religiosas que permanecen vinculadas e insertas en el molde de una sociedad agraria o aldeana, y que resisten mal los desafíos de la modernización, especialmente de la vida urbana y global. Hemos circunscrito este análisis al mundo que se identifica como católico, de manera que esta investigación versa específicamente sobre el catolicismo popular.

Las diferencias de clase

En el ámbito de las creencias religiosas (“creo y no tengo dudas acerca de ello”) la Virgen alcanza una importancia muy destacada: 86% de los católicos cree firmemente en ella, una creencia muy sólida entre observantes (aquellos que van a misa por lo menos una vez por semana), pero también entre no observantes, sobre todo del nivel socioeconómico bajo. Ninguna diferencia de clase, en todo caso, es demasiado relevante cuando se trata de creencias marianas: la variación máxima fluctúa entre 79% en el nivel socioeconómico alto y 88% en el bajo.

Siempre ha llamado la atención el 18% de evangélicos que declara creer en la Virgen, aunque en muchos casos es una creencia pasiva sin implicancias prácticas: con todo, alrededor del 10% de los evangélicos cree que la Virgen puede hacer milagros y cerca del 5% lleva alguna imagen de la Virgen o tiene la costumbre de hacer una manda. Este mismo 5% declara posteriormente que suele encomendarse a algún santo, lo que muestra algún desajuste en el proceso de transición hacia el protestantismo en un segmento relativamente pequeño, sin embargo, de la población evangélica que, en su conjunto, suele eliminar las creencias y hábitos marianos más profundos del catolicismo popular.

En el mundo católico la devoción mariana se mantiene alta y robusta, aunque algunas cosas más que otras. El 73% declara que sabe recitar de memoria el “Dios te salve, María”, la oración primordial de la invocación mariana. Asimismo la creencia en la capacidad de María de hacer milagros y de favorecer desmesuradamente a los suyos, que forma el núcleo activo de la creencia mariana (“llena eres de gracia”), alcanza a 66% de los católicos: dos de cada tres católicos tiene sólidas creencias marianas, probablemente invoca a María con frecuencia en la oración y adhiere a los dogmas marianos sin inconvenientes¹. El vínculo de María con la gracia es mucho

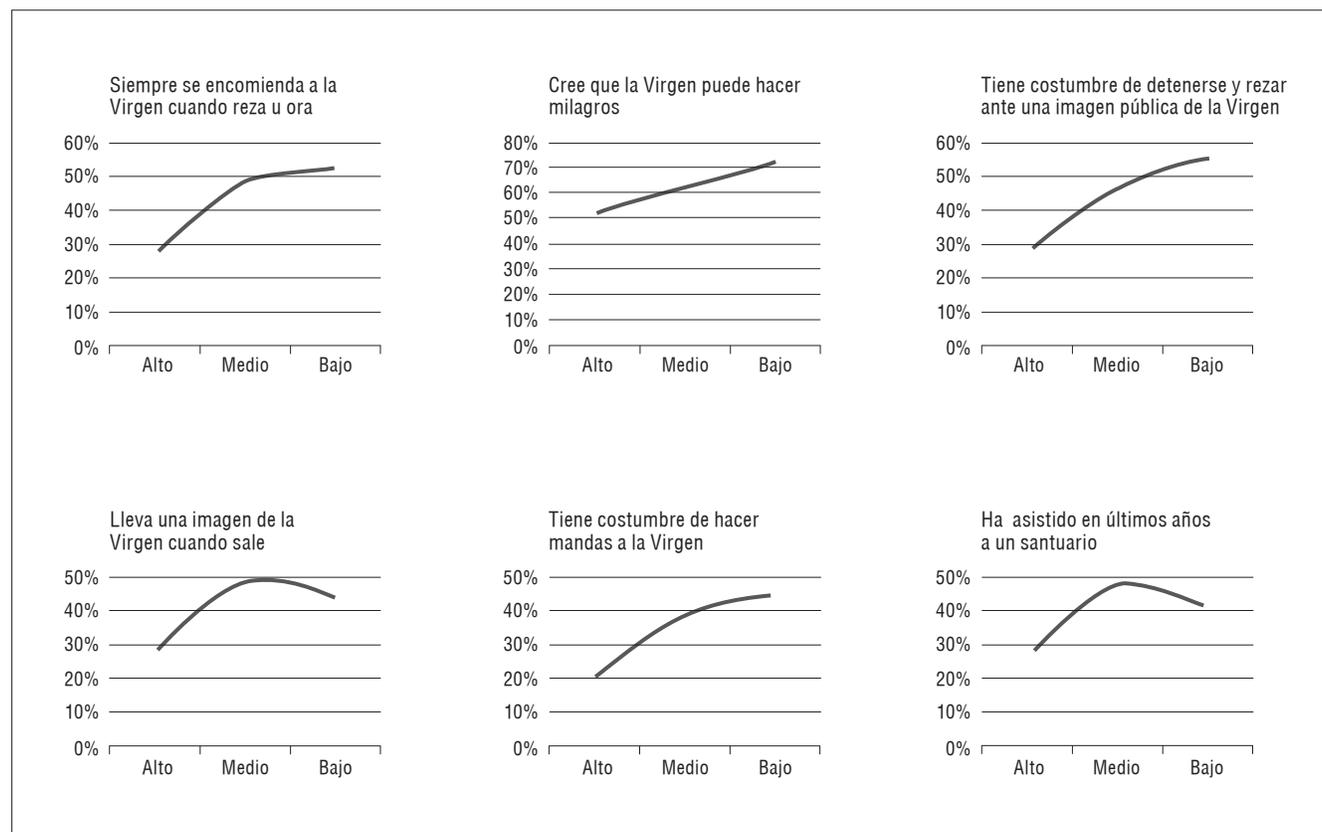
¹ Recordemos los cuatro dogmas marianos: a) María es la Madre de Dios; b) María siempre Virgen, antes y después de la concepción del Hijo de Dios; c) María es elevada a los cielos en cuerpo y alma o el misterio de la Asunción, y d) María, sin pecado concebida, o la Inmaculada Concepción de María.

más pronunciado en católicos del nivel socioeconómico bajo, 72% contra un 53% en católicos de nivel socioeconómico alto, con una diferencia de clase muy ancha que permite apreciar la solidez del marianismo popular.

La creencia en milagros, en general, tiene una diferencia de clase de 10 puntos, pero cuando se trata de la eficacia salvífica de María, es decir, de la capacidad específica de María de hacer milagros, aumenta a 20 puntos. La misma diferencia de clase se produce en los hábitos marianos más conocidos del catolicismo: la costumbre de detenerse y rezar a la Virgen en un oratorio, gruta o cualquier imagen públicamente expuesta fluctúa entre 55% entre católicos de nivel socioeconómico bajo y todavía 49% en el nivel socioeconómico medio, pero solamente alcanza al 29% en católicos de nivel socioeconómico alto. Exactamente lo mismo ocurre con el

hábito de llevar una imagen de la Virgen consigo mismo (en la billetera, en la cartera, en el auto). La asistencia a santuarios marianos y la costumbre de hacer una manda a la Virgen tienen un comportamiento similar: es mucho más frecuente en los sectores medios y bajos que se amalgaman entre sí en este aspecto y se debilitan ampliamente en el alto². Es casi seguro que estas diferencias tienen una larga data y no son en modo alguno recientes: en todas partes, el catolicismo ilustrado tiende a distanciarse de la devoción pública, a la vez intensamente festiva y visual que será propia, en cambio, del catolicismo popular. La fractura se produce en el plano de las creencias marianas —¿donde María aparece más asociada a la virtud que a la gracia?— y en el plano de la devoción misma que se va trasladando desde los santuarios y la fiesta popular hacia la conmemoración litúrgica y la oración personal.

Tabla 1. Creencias y hábitos marianos, según nivel socioeconómico



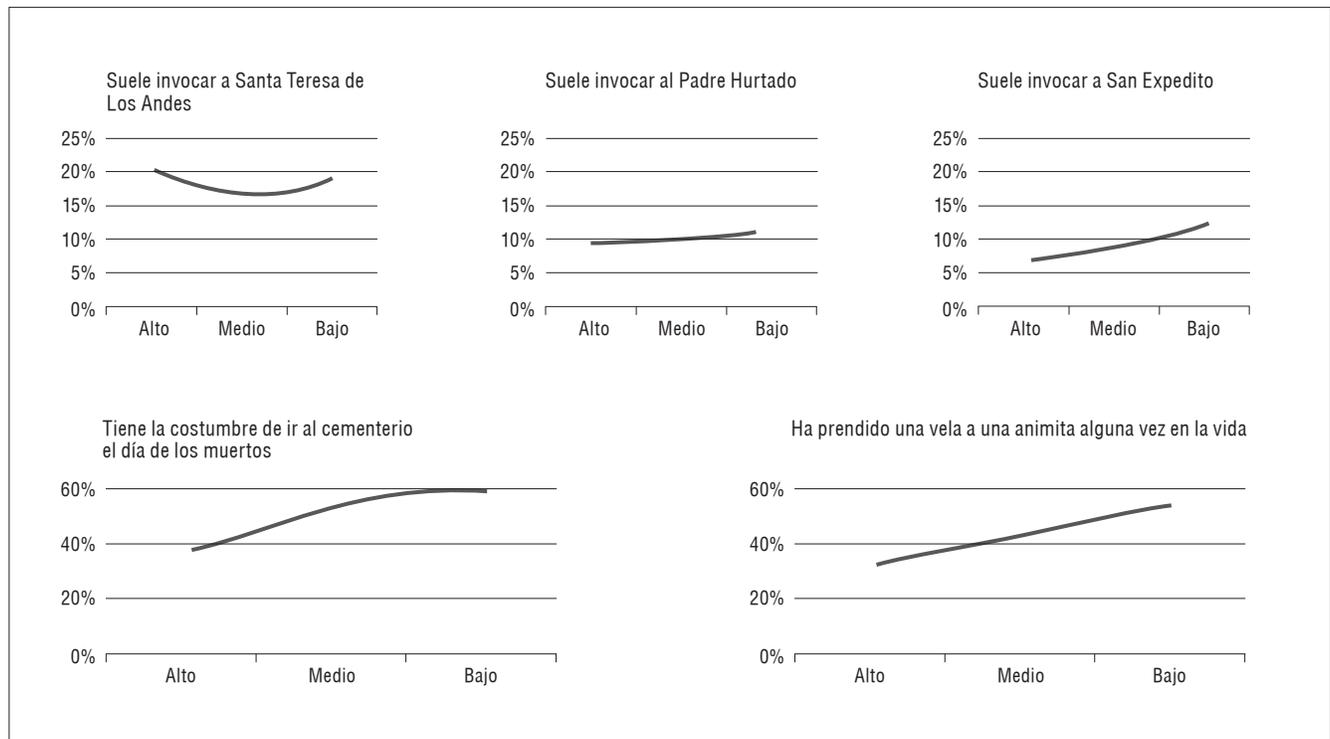
² Los principales santuarios marianos chilenos son: Nuestra Señora del Rosario de las Peñas (Arica), Nuestra Señora de La Tirana (Iquique), Nuestra Señora de Ayquina (Antofagasta), Virgen de la Candelaria (Copiapó), Nuestra Señora del Rosario de Andacollo (La Serena), Santuario Nacional de Maipú (Santiago), Virgen de Lo Vásquez (Valparaíso), Santa Rosa de Pelequén (Talca), San Sebastián de Yumbel (Concepción).

Las diferencias de clase son menos pronunciadas cuando se trata de la devoción a santos. Uno de cada dos católicos suele encomendarse a algún santo cuando hace oración. Este dato fluctúa entre 42% en el nivel socioeconómico alto y 54% en el bajo. La invocación a santos en la oración es casi tan alta como la invocación a María: 47% de los católicos siempre se encomienda a María cuando reza y todavía un 24% lo hace a veces. La invocación a María, sin embargo, tiene más sesgo de clase que la invocación a santos: en el nivel medio y bajo puede alcanzar a 50% contra apenas 27% en el nivel alto. La brecha socioeconómica de los santos la acortan claramente Santa Teresa de los Andes y San Alberto Hurtado que tienen una amplia aceptación en el nivel socioeconómico alto hasta el punto de que carecen de diferencias de clase. San Expedito³ y otros santos más tradicionales, en cambio, tiene una amplísima brecha socio-económica: se los invoca casi el doble en los niveles medio y bajo respecto del alto.

Los santuarios de Teresa en Auco y del Padre Hurtado en Santiago son definitivamente más frecuentados por católicos del nivel socioeconómico alto, lo que indica también la aceptación que tienen en este nivel. La línea demarcación entre catolicismo ilustrado y popular parece estar puesta sobre todo en la devoción de San Expedito, una devoción de origen eclesial muy reciente, despojado de toda connotación ética y bien ajustado, según parece, a las condiciones de urgencia y aceleración de la vida urbana puesto que favorece rápidamente a sus fieles. También los santos más tradicionales (“otros santos”) arrojan diferencias socio-económicas importantes, probablemente devociones vinculadas con tradiciones locales, y con santos más vinculados con la gracia que con la virtud.

Las diferencias de clase reaparecen claramente en el caso de las devociones de muertos. La costumbre de visitar el cementerio el día de muertos alcanza al 55% de

Tabla 2. Devociones de santos y muertos, según nivel socioeconómico



³ San Expedito es un santo universalmente popular: se le considera un intercesor poderoso en los asuntos urgentes, así como un santo patrón de los estudiantes y jóvenes que desean tener éxito en sus exámenes. Se le invoca en los más variados asuntos, protección a los recién nacidos, protección contra accidentes y pérdidas de dinero, contra los celos y las ideas suicidas, también ayuda a vencer a los enemigos.

los católicos de nivel socioeconómico bajo y solamente al 31% del nivel alto. La experiencia de haber prendido una vela a una animita alguna vez en la vida es también mucho más frecuente en católicos de nivel bajo (56%) respecto de católicos de nivel socioeconómico alto (33%)⁴. Es curioso observar asimismo que el 36% de los evangélicos conserva la costumbre de visitar a sus familiares el día de muertos, algo que puede alcanzar hasta el 41% entre evangélicos de nivel socioeconómico bajo. El día de muertos parece ser una expresión religiosa que trasciende los límites tanto confesionales como de observancia religiosa, algo que ocurre típicamente, por ejemplo, con la celebración navideña, tal vez una manifestación de religiosidad esencialmente doméstica con poca mediación eclesial y contenidos religiosos inestables. Los evangélicos, sin embargo, se alejan más decididamente del culto de ánimas.

La mediación eclesiástica

Todas las expresiones religiosas son más intensas y frecuentes entre observantes respecto de no observantes, definidos en términos de asistencia regular a la iglesia, en el caso de los católicos por el hábito de ir al menos una vez por semana a misa. Algunas expresiones religiosas, sin embargo, son bastantes comunes entre ambos grupos y las diferencias se estrechan considerablemente hasta el punto que la mediación eclesiástica de esa expresión resulta irrelevante. No conocemos casos en que una determinada expresión religiosa sea más frecuente entre no observantes respecto de observantes, algo que implicaría una suerte de desafío o desborde eclesiástico, una expresión que algunos llamarían propiamente popular.

En el plano de los hábitos marianos, las diferencias convencionales entre observantes y no observantes se mantienen en todos los casos: por ejemplo, la costumbre de detenerse y rezar ante una imagen públicamente expuesta de la Virgen fluctúa entre 48% entre católicos

no observantes y 72% entre observantes, una brecha muy amplia.

Entre todos los hábitos marianos, el que tiene menos brecha institucional, sin embargo, es la manda: en este caso, la diferencia se estrecha entre 53% y 42% entre ambos grupos de católicos. La manda desaparece incluso entre católicos observantes de nivel socio-económico alto, donde la asistencia a santuarios, la oración pública y la costumbre de portar imágenes sigue siendo alta. Por contrapartida, la manda permanece como un hábito significativo entre católicos no observantes de nivel socioeconómico medio y bajo. En este sentido, la manda es el hábito mariano más popular.

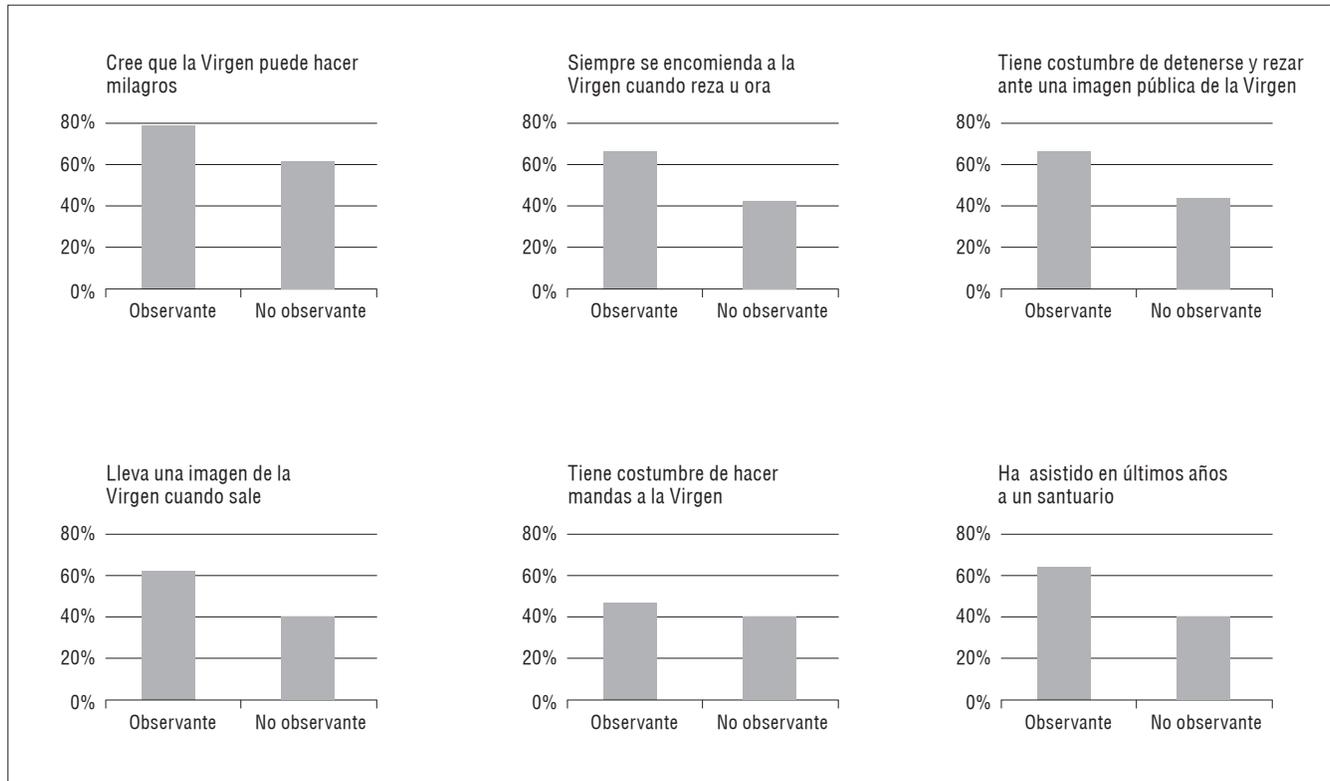
También se puede destacar otro hecho: la proporción de católicos no observantes que conservan hábitos marianos activos es el doble en los niveles medios y bajo respecto del alto. El marianismo sostiene la práctica religiosa de muchos católicos que no van regularmente a la iglesia ni tienen mayor compromiso con sus actividades regulares: pero esto ocurre básicamente en los medios populares donde sobrevive un marianismo sin mediación eclesiástica, cuyo modelo es justamente la manda que se paga con peregrinaciones. En el nivel socioeconómico alto, en cambio, la devoción mariana está mucho más mediada eclesialmente, generalmente situada en un contexto sacramental que exige ir a la iglesia: por ello es más frecuente que los no observantes de este nivel caigan derechamente en la pasividad religiosa.

La invocación de santos también tiene una diferencia institucional bien pronunciada, aunque la asistencia a santuarios es algo más pareja. Una proporción muy significativa de católicos no observantes declara que ha ido a santuarios, especialmente al santuario de Santa Teresa de los Andes en Auco. El santuario de San Alberto Hurtado, en cambio, atrae sobremanera a católicos observantes y aparece como un santo más institucionalizado, menos popular en la definición que se ha tomado en este apartado.

En términos relativos, los católicos no observantes invocan más a Santa Teresa que a ningún otro santo: Santa Teresa, por ejemplo, concentra cerca de la mitad de las invocaciones de los no observantes, mientras que apenas un cuarto de las invocaciones de los católicos observantes, quienes suelen tener un abanico más amplio de referencia. La interpelación religiosa de Santa Teresa en el ámbito de los católicos no observantes es algo que aparece muy nítidamente en estos resultados. La brecha institucional de San Expedito es algo mayor

⁴ Las animitas son expresiones de veneración popular a quienes han muerto trágicamente, generalmente en accidentes de tránsito en la ciudad o en las grandes carreteras, pero también en asesinatos y circunstancias parecidas. Se considera que las almas de estos muertos permanecen cerca de la tierra y tienen mayor eficacia intercesora, se las invoca para solicitar diversos favores. También en la invocación a los familiares muertos suele haber más que un recuerdo: la costumbre popular consiste en rezar a los muertos, no por los muertos como aconseja la Iglesia. El esfuerzo constante de la Iglesia por limitar el culto a los muertos y circunscribirlo específicamente a una conmemoración y, por contrapartida promover y autorizar la veneración a los santos, cuyo papel mediador está expresamente reconocido, se muestra entre otras cosas en la proximidad de los días de santos y muertos.

Tabla 3. Creencias y hábitos marianos, según observancia religiosa



que la de Santa Teresa incluso, aunque menor que la del Padre Hurtado: debe recordarse que la devoción de San Expedito tiene un origen específicamente eclesial y permanece vinculada con el carisma sacerdotal del padre Opazo.

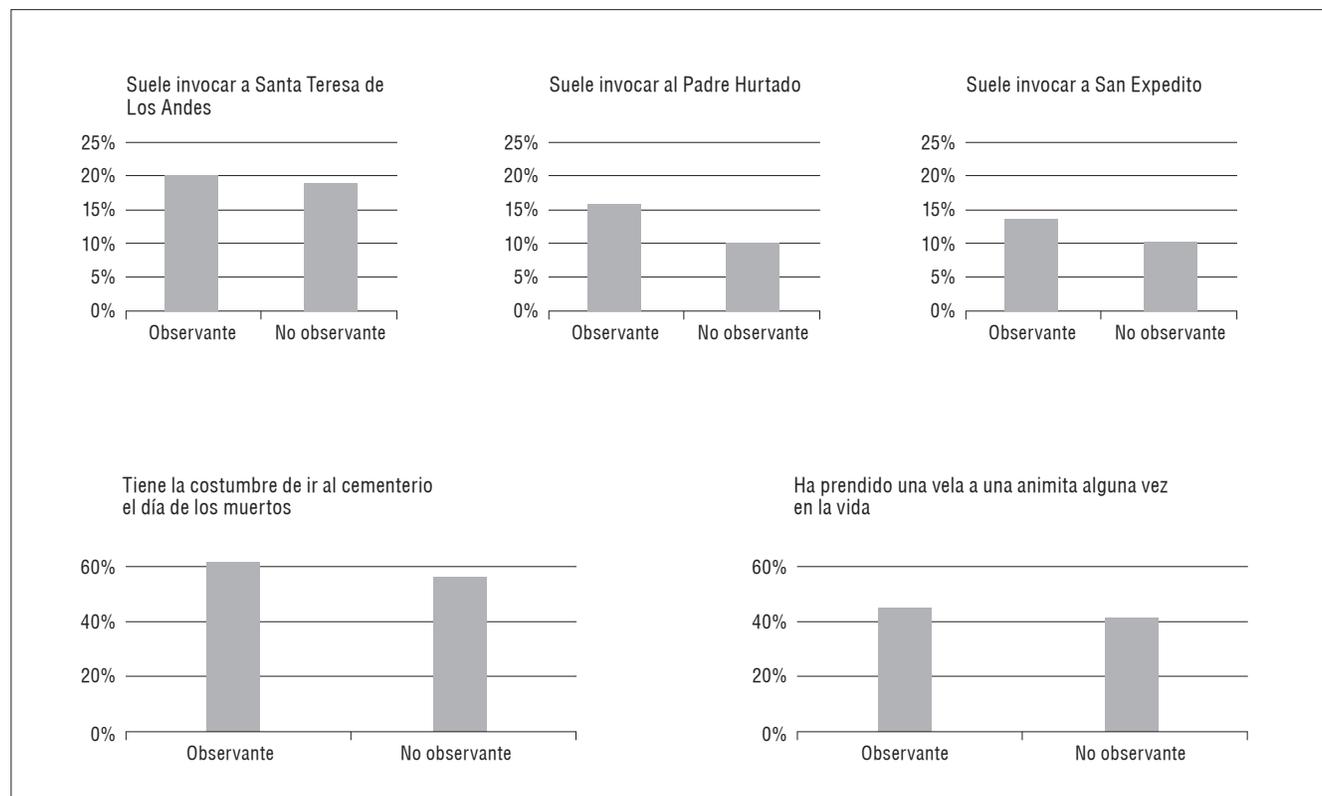
La diferencia entre observantes y no observantes se estrecha mucho más en las devociones de muertos: la costumbre de ir al cementerio el día de muertos tiene una diferencia que oscila entre 64% y 52% siempre a favor de católicos observantes, pero en el nivel socioeconómico bajo es una diferencia que prácticamente desaparece, los más pobres visitan masivamente el cementerio cualquiera sea su observancia y compromiso religiosos.

El caso de las animitas es todavía más estrecho, la diferencia es apenas de 52% y 47%: al revés de la visita a muertos, la diferencia se desvanece esta vez en los niveles socioeconómicos medio y alto, mientras que en el bajo subsiste alguna diferencia a favor los observantes que se comprometen más en el culto de ánimas. Las

animitas aparecen según este criterio como la expresión religiosa donde menos se hace la diferencia entre observantes y no observantes, lo que confirma la debilidad de la mediación eclesiástica y el carácter eminentemente popular de esta manifestación.

Geografía de la religiosidad popular

La relación entre urbanización y religiosidad popular es un problema que puede ser observado en alguna medida a través de estos datos. Las diferencias religiosas según tamaño de las comunas no aparecen particularmente relevantes. La costumbre de hacer mandas a la Virgen, por ejemplo, fluctúa entre 35% en las comunas de 200.000 habitantes y más (generalmente concentradas en las grandes ciudades) y 42% en las comunas pequeñas de menos de 20.000 habitantes. La asistencia a santuarios marianos tiene diferencias todavía menores. La vitalidad del culto a los santos se mantiene firme en las grandes ciudades a través de Santa Teresa y el Pa-

Tabla 4. Devociones de santos y muertos, según observancia religiosa

dre Hurtado, ambos santos muy vinculados con la gran ciudad⁵.

La diferencia más crucial se produce en la costumbre de ir al cementerio en el día de muertos que aparece fuertemente relacionada con el tamaño de las comunas: en las comunas pequeñas esta costumbre es mencionada por el 71% de los católicos, mientras que en las comunas grandes solamente por el 39%. Una diferencia similar, pero menos pronunciada, se produce también en la costumbre de prender velas a una animita que fluctúa entre 42% y 56% en los extremos de la escala de urbanización. Sólo las devociones de muertos aparecen más sensibles al fenómeno de la urbanización —y probablemente tiendan a decaer severamente con el doble progreso de la educación y de la urbanización— pero las expresiones más importantes del catolicismo popular vinculadas al marianismo y la santidad no

muestran visos de decaimiento en la gran ciudad.

La delimitación geográfica del marianismo ofrece un hallazgo de importancia: la asistencia a santuarios marianos es significativamente más alta en el norte del país, 63% de los nortinos declara haber asistido a algún santuario mariano durante los últimos dos años, mientras que en las demás zonas del país esta cifra fluctúa en alrededor del 40%. Entre los nortinos 21% ha ido a Nuestra Señora del Rosario de Andacollo y 26% a Nuestra Señora de la Tirana. En la zona central el santuario de la Inmaculada Concepción de Lo Vásquez atrae al 13% de los católicos y 10% de los de la Región Metropolitana. Los católicos de la zona sur se reparten en una miríada de santuarios de alcance más local. También en el norte del país la costumbre de detenerse ante una imagen públicamente expuesta de la Virgen es más común, aunque las creencias propiamente marianas ofrecen resultados geográficamente parejos. La fortaleza de los santuarios marianos en el norte es un dato que se debe retener ¿Tendrá alguna relación con la debilidad relativa del pentecostalismo en esta zona del país?

⁵ El santuario del padre Hurtado se encuentra en plena ciudad de Santiago, en los barrios donde se asentó el Hogar de Cristo, la gran obra del santo chileno. El santuario de Auco, por su parte, se encuentra en las afueras de las ciudades de Los Andes y San Felipe, a menos de una hora en bus o automóvil de la capital.

La geografía de la santidad es todavía más clara: Santa Teresa es una santa de la zona central del país y el Padre Hurtado es característicamente más metropolitano. Alrededor del 20% de los católicos de Santiago y sus alrededores suele invocar a Teresa, mientras que la mitad, solamente, un 10% lo hace en el norte o en el sur. En el caso del Padre Hurtado, el 15% de los católicos metropolitanos se encomienda a él, y esto baja a 8% en el resto del país, incluyendo la zona central no metropolitana. También San Expedito tiene fieles mucho más

localizados en la Quinta Región donde obtuvo sus primeros fieles. La antigua tradición de patronazgos locales asociados a la devoción de santos, que se reproduce también en la devoción mariana a través de las distintas denominaciones locales de la Virgen, sigue viva. El esfuerzo de construir “santos para Chile” y asociarlos a una identidad nacional no prospera completamente: la devoción se disemina, pero también permanece focalizada en los espacios geográficamente delimitados vinculados justamente con sus santuarios.

Tabla 5. Creencias y hábitos marianos, según tamaño de la comuna de residencia

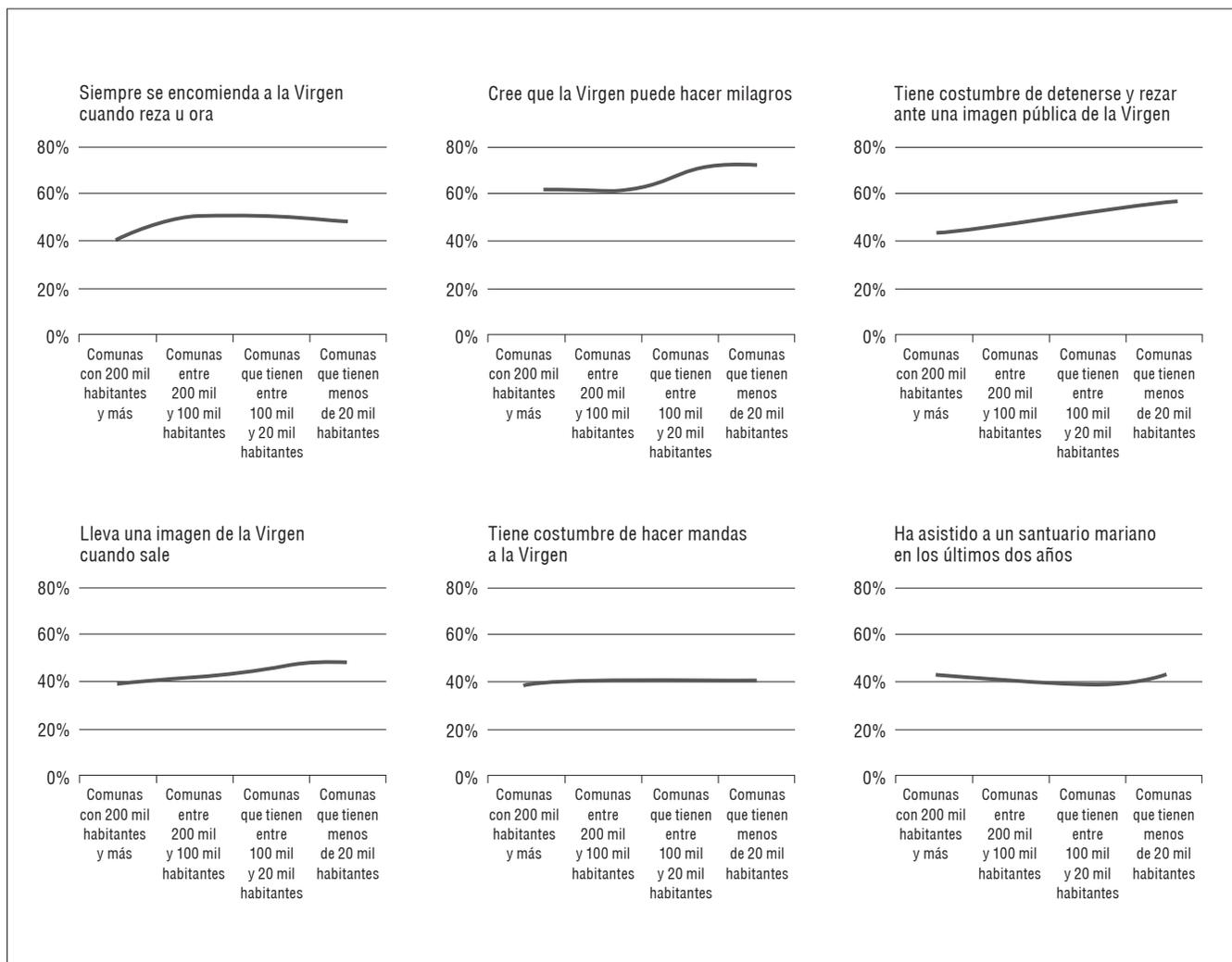
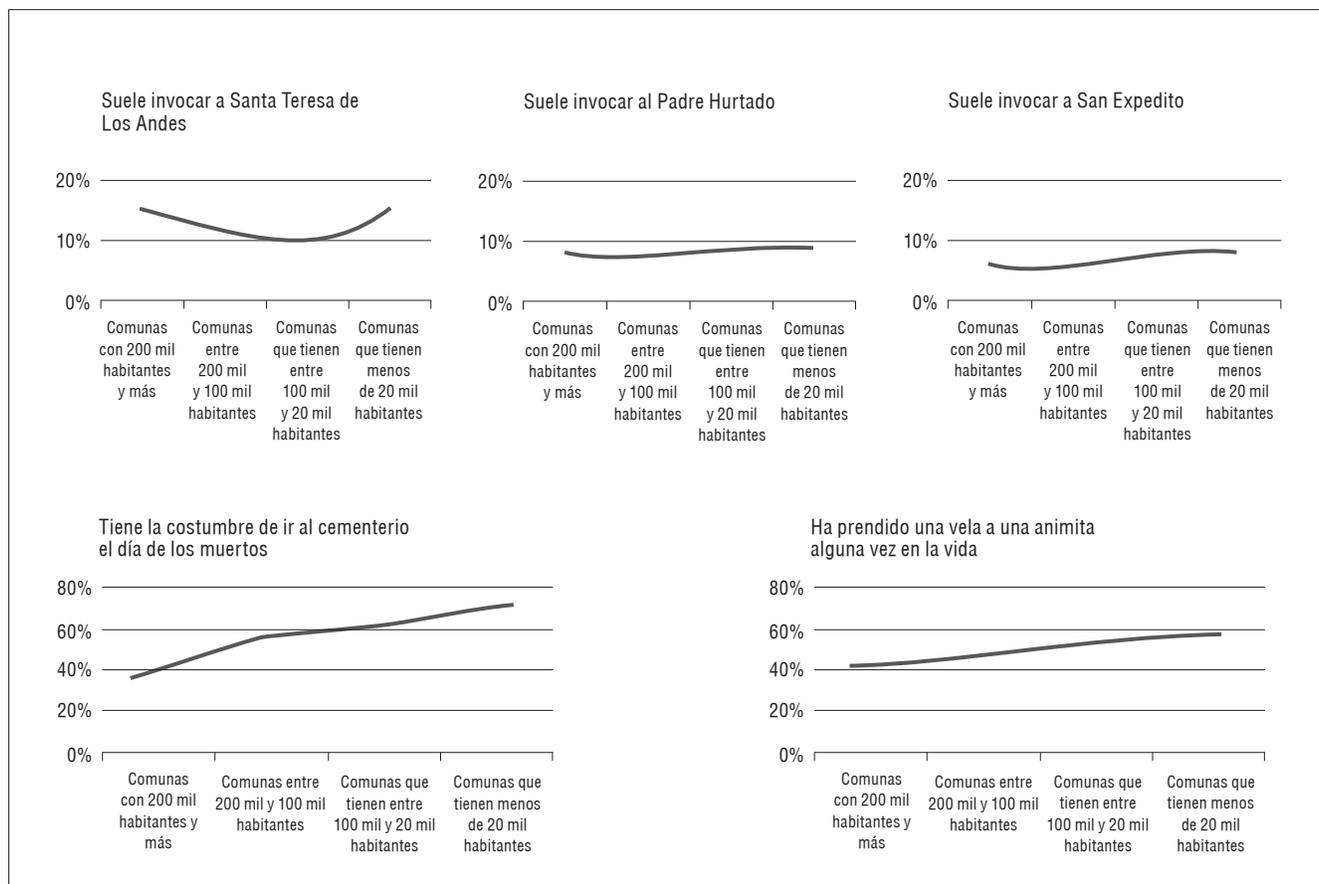


Tabla 6. Devociones de santos y muertos, según tamaño de la comuna de residencia

Conclusión

En esta rápida mirada a los datos de la Encuesta Bicentenario Universidad Católica-Adimark se han ensayado tres definiciones posibles del catolicismo popular. El clivaje de clases permite distinguir nítidamente algunas expresiones que prevalecen más en uno que en otros niveles socioeconómicos. Esto tiene dos dimensiones que conviene distinguir: de pronto la diferenciación se produce monotónicamente según el nivel de ingreso - típicamente la creencia de que la Virgen puede hacer milagros- de modo tal que progresa a lo largo de la escala socioeconómica, es algo menor en el nivel socioeconómico alto, se eleva en el nivel medio y todavía más en el nivel socioeconómico bajo. En otros casos, la forma de la curva es diferente y se produce una diferencia abrupta entre el nivel socioeconómico alto, por un lado, y el nivel socioeconómico medio y bajo por el otro: estos casos son típicamente la asistencia a santuarios y la cos-

tumbre de hacer mandas a la Virgen. Esta última clase de diferenciación es menos una diferenciación de clase (o económica) y más una diferenciación estatutaria, del tipo elite/pueblo o religión ilustrada/religión de masas. La devoción mariana tiene mucho clivaje de este tipo: por supuesto, la élite católica sigue siendo celosamente mariana, pero su devoción tiende a perder el talante festivo, público y ritual que conserva precisamente en el pueblo.

La brecha de clase mencionada, por otra parte, tiende a desaparecer en los dos santos chilenos, Teresa y Alberto, cuyos santuarios incluso son más frecuentados por los ricos que los pobres, pero reaparece en todo su esplendor en las devociones de muertos, en la costumbre de ir al cementerio el día de muertos y de prender una vela a una animita, hábitos religiosos claramente populares.

También se puede ocupar el criterio de la mediación eclesíastica para identificar la existencia de religión popular.

En su conjunto el marianismo aparece fuertemente institucionalizado. Sólo en el nivel socioeconómico bajo las brechas entre observantes y no observantes ceden bastante, especialmente en la costumbre de hacer y pagar mandas a la Virgen. También la mediación eclesiástica se aligera en la devoción a Santa Teresa de los Andes, observantes y no observantes se encomiendan y visitan su santuario casi por igual, pero reaparece con fuerza en el caso de San Alberto Hurtado. Como era de esperar también, las devociones de muertos, especialmente las animitas tienen baja mediación eclesiástica y se presentan como prácticas donde la diferencia entre observantes y no observantes se anula.

Los datos de la Encuesta Bicentenario, por último, no arrojan evidencia de que la urbanización y, en general, el progreso de la modernización afecten el marianismo

ni la devoción de santos. Ambas cosas prevalecen en las grandes ciudades con igual intensidad y éxito que en las ciudades pequeñas. La vitalidad de la religión popular en la gran ciudad indica que el catolicismo popular no permaneció anclado en las tradiciones del campo o de la pequeña vida aldeana, incluso algunas de estas tradiciones más propiamente campesinas se han adaptado exitosamente en la ciudad como la fiesta de Cuasimodo, por ejemplo. Los “santos chilenos”, por su parte, son específicamente urbanos, y el padre Hurtado incluso metropolitano, de manera que la devoción de santos se establece con fuerza en la gran ciudad. La única excepción es la devoción de muertos que muestra un declive sistemático según el tamaño de las comunas de residencia: la tradición de ir al cementerio el día de muertos y de prender una vela a las animitas, en efecto, tiende a perderse en la ciudad.

Comentario

PADRE CARLOS COX

Rector Templo Votivo de Maipú

Una palabra de agradecimiento

Agradezco personalmente y a nombre de muchos el esfuerzo conjunto que está detrás del proyecto Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica-Adimark, porque nos ayuda a dar una mirada profunda al Alma de Chile.

Me alegra que recoja y profundice las miradas proféticas que nos regalaron el Cardenal Raúl Silva Henríquez (18 de Septiembre del 1974) y el Cardenal Francisco Javier Errázuriz (16 de Abril del 2004).

Me complace haber compartido unas primeras reflexiones al respecto con Roberto Méndez, Pedro Güell, Ignacio Irrarrázaval y un buen grupo, especialmente de jóvenes, al alero del Santuario de Schoenstatt- Bellavista en el año 2003.

Ello plantea en el horizonte del Bicentenario la oportunidad y la necesidad de reflexionar sobre la forma de asumir la historia, el progreso y el crecimiento, con un sentido profundo que nos regale consistencia e identidad.

Desde esta perspectiva quiero colaborar al tema “Marianismo y Religiosidad Popular”, agradeciendo el trabajo de Eduardo Valenzuela que nos permite analizar en profundidad esta realidad.

Una palabra sobre el enfoque

El fenómeno de la religiosidad popular ha tenido un crecimiento y una maduración en su enfoque. Hoy más que de “religiosidad popular”, incluso de “piedad popular”, se habla de “espiritualidad popular” ¿En qué consiste este avance en la denominación de su realidad y por lo tanto del enfoque para analizarlo?

Una buena pista nos la regala el Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia (Vaticano, 2001). Allí refiere la “religiosidad popular” como “una experiencia universal, en el corazón de toda persona, como en la cultura de todo pueblo y en sus manifestaciones colectivas, donde siempre está presente una dimensión religiosa(...) (por lo tanto) no tiene relación necesariamente, con la revelación cristiana” (Nº 10).

Sin embargo, el término “piedad popular” designa “las diversas manifestaciones culturales, de carácter privado o comunitario, que en el ámbito de la fe cristiana se expresan principalmente, no con los modos de la sagrada Liturgia, sino con las formas peculiares derivadas del genio de un pueblo o de una etnia y de su cultura” (Nº 9).

Esta mirada es enriquecida por el Documento de Aparecida cuando señala que la piedad popular es mejor llamarla “espiritualidad popular”, ya que “siendo un encuentro personal con el Señor, integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico y las necesidades concretas de las personas” (DA 263). “Es una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos que, no por eso, es menos espiritual, sino que lo es de otra manera(...) (por eso) no podemos devaluar la espiritualidad popular o considerarlo un modo secundario de la vida cristiana” (DA 263).

Por esa razón me parece que decir que “el núcleo de la religiosidad popular se encuentra en brujerías y milagros, además de la costumbre de encender animitas y visitar el cementerio el Día de los Muertos, no recoge totalmente la mirada moderna y profunda del fenómeno.

Un análisis, desde la perspectiva de la fe, sobre las motivaciones del encuentro y adhesión a Dios, nos regalarían pistas muy profundas para entender la fuerza que tiene la piedad popular “como una forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo” (Puebla Nº 450).

Una palabra sobre el análisis

Sobre el marianismo

La encuesta refrenda con excelentes datos la relación creyente de nuestro pueblo frente a la Virgen María. En un estudio complementario sería interesante estudiar el Mes de María: asistencia, conocimiento de la oración del mes, entre otros aspectos, ya que es una costumbre de la “espiritualidad popular mariana”, prácticamente única en la forma en la cual se da en nuestro país. A mi juicio, el Mes de María nos marca mucho más como pueblo que las peregrinaciones, llevar una imagen, detenerse frente a una imagen, etc., que son expresiones más universales.

La relación básica y profunda con la Virgen se da porque Ella ayuda (por la relación profunda de lo materno-filial) a vivenciar la realidad de ser hijos queridos de Dios, relación fundamental de la experiencia cristiana.

El desafío educativo permanente es pasar de ese “amor afectivo” al “amor efectivo”, del “vínculo personal” a la “actitud de vida”. Ése es un desafío permanente de la educación humana, cristiana y mariana y nos puede ayudar a comprender la importancia que tiene el marianismo en la conformación de una experiencia profunda de fe en nuestro país. Personalmente, creo que el Mes de María, con su historia de más de 150 años en nuestro país, ha contribuido a que pasemos de una relación frente a María como modelo de virtudes a una relación donde Ella: “verdadera ‘educadora de la fe’, nos lleva a asemejarnos cada vez más a Jesucristo, provocando la apropiación progresiva de sus actitudes” (DA 300).

Aquí sería interesante ver el valioso trabajo y enfoque pastoral que ha acompañado al Mes de María desde los manuales del siglo XIX e inicios del XX, los meses de María del equipo pastoral de Maipú en los años ’60 y ’70 y las elaboraciones de la CECH, a partir de los ’80. Hay allí una visión muy rica e integradora del marianismo con la vida de Chile y su Iglesia.

Sobre los Santos

La fuerte presencia de Santa Teresa de los Andes y del Padre Hurtado detectada por la encuesta revela como aquí hay una forma lograda de acercarse a los santos no sólo como intercesores, sino también como modelos de vida, lo que corresponde a la mirada más profunda del significado de los santos para la Iglesia. Por algo el prefacio II de los Santos dice: “Ellos nos estimulan con su valioso ejemplo en el camino de la vida y nos ayudan con su intercesión”.

Creo que aquí ha sido fundamental el proyecto pastoral integral y los equipos pastorales que han estado detrás de ambos procesos de beatificación y luego de santificación. La calidad de ambos proyectos pastorales y su realización han, sin duda, marcado la vida de la Iglesia y del pueblo de Chile.

En este sentido, la irrupción en Chile de San Expedito tiene relación más bien al carácter de intercesor, ya que hay pocos elementos históricos para que constituya una “vida ejemplar”.

Una palabra de proyección

En el Encuentro de Aparecida, Benedicto XVI destacó la riqueza de la piedad popular, “en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos” y la valoró como “el precioso tesoro de la Iglesia Católica en América Latina”. Invitó a promoverla y protegerla, ya que refleja “una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer” (cfr. DA 258).

Esta realidad quiero demostrarla con dos observaciones. Me asombra observar la fuerza inculturadora de la piedad popular expresada en el Cuasimodo y los bailes religiosos. En el Cuasimodo “urbano”, el caballo va siendo complementado por la bicicleta y el coche o carretela por el auto o la camioneta. En los bailes religiosos de Santiago, comienzan a surgir los “bailes urbanos”, donde a los pasos clásicos se les añaden pasos de cumbia e indumentarias que se acercan a la ropa tipo “gótico”.

La afirmación que el 67% cree que la Virgen del Carmen ha protegido y protege a Chile, es notable como símbolo de identificación nacional. Ello refuerza el hecho de haber sido declarado día feriado nacional el día de la Virgen del Carmen porque “...desde los orígenes de la Patria la figura de la Virgen del Carmen ha formado parte de nuestro acervo religioso-cultural y en torno a ella se han unido todos los habitantes del país, constituyendo la imagen de la Virgen un símbolo de fraternidad a lo largo de las distintas etapas de la historia nacional” (fundamentación de la ley 20.148).

Podemos constatar la fuerza de la “piedad popular”, “espiritualidad popular” que se articula mucho más desde “lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico y las necesidades concretas de las personas” (DA 263), que desde el discurso, la palabra y el análisis. En este sentido, gran parte de nosotros somos “hijos de la piedad popular”, en la manera en que nuestra fe arranca muchas veces del encuentro con Dios, gracias a la “espiritualidad popular”.

Matrimonio y convivencia a la luz de la Encuesta Bicentenario

VIVIANA SALINAS

Académica Instituto de Sociología Pontificia Universidad Católica de Chile

Hace ya algún tiempo, hemos constatado en Chile cambios significativos en el ámbito familiar. Como en otros países, cada vez parece ser menos universal el patrón de familia nuclear, sustentada en el matrimonio, con un padre encargado de proveer y una madre encargada del cuidado de los niños y el hogar. La convivencia emerge como una realidad cada vez más frecuente. En este contexto, vale la pena preguntarse cómo se vive y qué significa la convivencia hoy en Chile.

Prevalencia

La tercera Encuesta Bicentenario aporta información valiosa para contestar esa pregunta. Un primer dato es que el nivel de convivencia es de alrededor de 20%, y que esta cifra ha permanecido estable desde 2006, el primer año en que se realizó la encuesta. Esto pone a Chile, junto con Uruguay, entre los países con menores niveles de convivencia en América Latina, y lo aleja significativamente de países centroamericanos, donde la convivencia supera el 50% de las uniones, como indica la Tabla 1.

Tabla 1. Proporción de mujeres que conviven. Mujeres unidas de 15 a 49 años

	% convive	Fuente
República Dominicana	63,6	Censo 02
Honduras	58,3	DHS 05
Panamá	58,1	Censo 00
Colombia	57,7	DHS 05
El Salvador	56,4	RHS 93
Nicaragua	51,8	DHS 01
Venezuela	47,8	Censo 01
Perú	47,7	DHS 04-05
Cuba	39,8	Encuesta 95
Guatemala	38,9	DHS 99
Ecuador	36,4	Censo 01
Paraguay	33,3	Censo 02
Brasil	33,3	Censo 00
Bolivia	31,1	Censo 03
Argentina	30,6	Censo 01
Costa Rica	29,4	Censo 00
México	21,2	Censo 00
Uruguay	21,1	Censo 96
Chile	19,8	Censo 02

Fuente: Castro Marín et al 2008.

Sabemos también que la convivencia es más frecuente entre personas de nivel socioeconómico bajo y entre los jóvenes (Tabla 2). De hecho, la distribución por edad es muy relevante porque indica que pese a que la convivencia a nivel agregado no es muy alta, ésta va en aumento. Mientras sea más frecuente entre los jóvenes, podemos esperar que siga creciendo.

Los censos de la población también revelan un aumento de la convivencia desde 1970. Si se consideran las

personas de características similares a la muestra de la Encuesta Bicentenario —es decir, mayores de 18 años en áreas urbanas— los datos censales muestran que entre 1970 y 2002 la convivencia prácticamente se cuadruplicó, pasando de 4.5% a 16%. La Figura 1 grafica la distribución por edad de la convivencia en cada uno de los censos y muestra que la mayor prevalencia de la convivencia entre los jóvenes es un fenómeno relativamente reciente que empezó a perfilarse en los '90 y se confirmó con mayor fuerza en el año 2002.

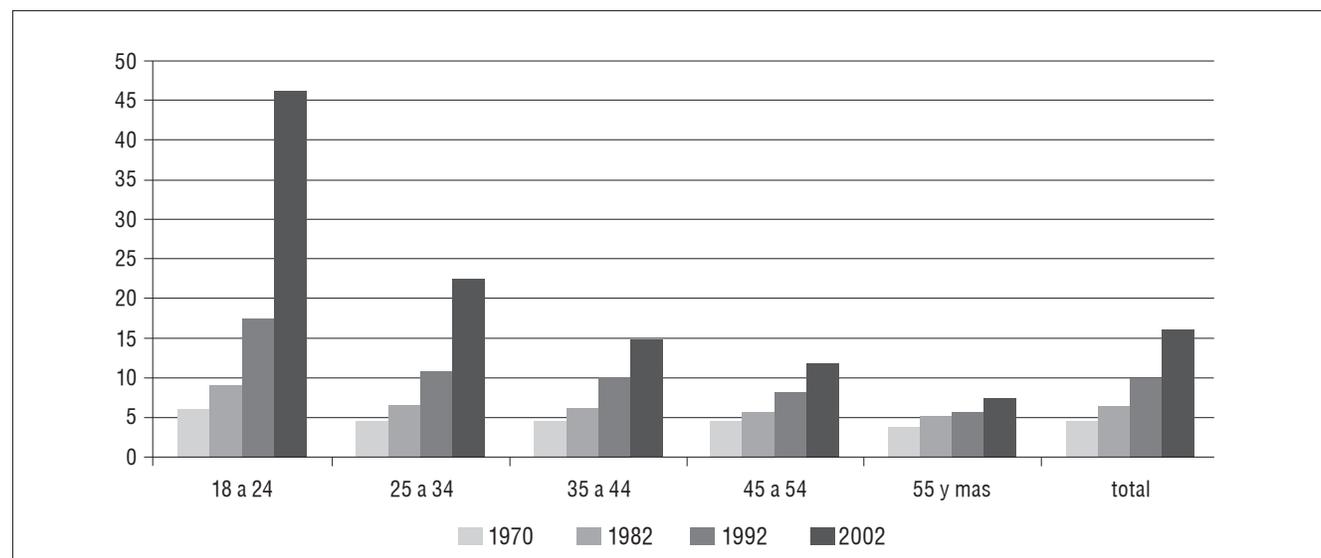
Tabla 2. Tipo de unión por nivel socioeconómico y edad

Tipo de Unión			Tipo de Unión				
Grupo Socio-económico	Casado	Convive	Total	Edad	Casado	Convive	Total
ABC1	87,92	12,08	100	18 a 24	41,74	58,26	100
C2	83,15	16,85	100	25 a 34	58,56	41,44	100
C3	76,91	23,09	100	35 a 44	80,29	19,71	100
D	71,91	28,09	100	45 a 54	83,25	16,75	100
E	66,67	33,33	100	55 y más	91,01	8,99	100
Total	76,82	23,18	100	Total	76,82	23,18	100

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2008.

Base: vive en pareja. Casados incluye a casados por primera o más veces. Convive incluye a los solteros, separados o viudos que viven en pareja

Figura 1. Porcentaje de personas que convive según edad, 1970-2002



Fuente: Elaboración propia en base a muestras censales, IPUMSI.

Legitimidad

Además de un aumento de los niveles de convivencia, la Encuesta Bicentenario revela una mayor legitimación del fenómeno. La encuesta dispone de al menos dos indicadores de legitimidad: el nivel de acuerdo con las afirmaciones “las parejas que conviven deberían casarse cuando deciden tener un hijo” y “yo les aconsejaría a mis hijos que no convivan antes de casarse”. Similares preguntas se hicieron en la primera versión de la encuesta en el 2006. La comparación de las dos mediciones indica que la reprobación de la convivencia disminuyó en alrededor de doce y cinco puntos porcentuales, respectivamente. La tendencia es más acentuada entre las generaciones más jóvenes. Éstas son más proclives a pensar que es aconsejable convivir antes de casarse y que las parejas que conviven no deberían casarse forzosamente cuando aparecen los hijos. Estas tendencias se manifiestan en todos los niveles socioeconómicos (Presentación tema “Familia y Conyugalidad”, Encuesta Bicentenario 2008).

La Encuesta Mundial de Valores, aplicada en Chile en la década de los '90, muestra tendencias similares. El nivel de acuerdo con la idea de que el matrimonio es una institución pasada de moda se duplicó entre 1990 y 2000, pasando de 15.1% a 31.4%. Esta tendencia se observó en todos los grupos de edad. Entre los menores de 30 años, el rechazo al matrimonio llegó casi a 40%.

Segunda Transición Demográfica

El aumento en prevalencia y legitimidad suelen considerarse indicadores de mayor difusión de la convivencia, un fenómeno que se ha observado y estudiado extensamente en otros contextos. A mitad de los '80, surgieron las primeras voces en Europa, donde el aumento de la convivencia, junto con otros cambios en la familia, dieron forma al concepto de Segunda Transición Demográfica. Este concepto surgió como una respuesta a desarrollos inesperados de la Primera Transición Demográfica, el cual describía la caída de la mortalidad y la fecundidad, apostando a que la fecundidad detendría su tendencia a la disminución al llegar a los dos hijos por mujer. Lo que se observó, en cambio, es que la fecundidad siguió cayendo, hasta llegar a niveles muy bajos. Actualmente, en Italia y España los niveles de fecundidad rondan los 1.3 hijos por mujer, mientras que en Hong Kong, el país con la tasa más baja en el 2008 llega a 1 (US Census Bureau 2008).

La Segunda Transición Demográfica describe cambios demográficos propios de escenarios de muy baja fecundidad. Además de la disminución de la natalidad, la Segunda Transición incluye el retraso del matrimonio y del nacimiento del primer hijo, el aumento de la proporción de los niños que nacen fuera del matrimonio y la difusión de la convivencia como forma de vida en pareja. Las primeras investigaciones sobre la Segunda Transición Demográfica revelaron que el fenómeno adquiriría características diferentes en distintos escenarios. En Europa del Norte, que representa hasta cierto punto el caso prototípico, este fenómeno se da en un contexto de modernidad tardía, donde la individualización y la secularización se encuentran muy avanzadas y las nuevas formas de familia se acomodan a la búsqueda de satisfacción en el desarrollo personal más que a la idea de vida familiar y de mantener el futuro abierto (Leshaeghe y Willems, 1999). El aumento de los nacimientos extra-matrimoniales se toma como una señal de la legitimación de la convivencia frente al matrimonio, lo que resulta natural en un contexto de cuestionamiento de las instituciones y valores tradicionales. Tener un hijo sin estar casado es una suerte de declaración de que la unión es tan estable como cualquier matrimonio, pero la institución del matrimonio no resulta atractiva.

En Estados Unidos, la Segunda Transición Demográfica también se caracteriza por aumentos en la proporción de nacimientos extramatrimoniales, pero el fenómeno está ligado a pobreza y vulnerabilidad social. La fecundidad no marital es más frecuente entre las minorías étnicas y los pobres (McLanahan, 2004; Raley, 2001; Osborne, 2005; Osborne y McLanahan, 2007). La convivencia no parece ser una alternativa legítima y permanente al matrimonio, sino un período de prueba, que permite descartar uniones poco prometedoras (Lichter, Qian y Mellott, 2006). Existen importantes diferencias según el nivel socioeconómico de las personas. De esta manera, emerge un modelo dual, en que ciertos cambios, como el aumento en la proporción de niños nacidos fuera del matrimonio y de las tasas de divorcio se dan entre los pobres. En cambio, otras transformaciones que tienen que ver con mayor autonomía individual, como el retraso del matrimonio, la maternidad y la mayor participación en el mercado laboral, se dan entre las mujeres de mayores ingresos.

Latinoamérica y la Segunda Transición Demográfica

En América Latina, la Segunda Transición Demográfica ha sido mucho menos estudiada, pero datos recientes

indican que varios de sus indicadores están presentes en el continente (Castro Martín, Martín García y González, 2008; Binstock, 2008; Cabella, Peri y Street, 2005; Quilodrán, 2008). La región es un desafío para la teoría de la Segunda Transición Demográfica, porque varios de sus indicadores han estado presentes por mucho más tiempo que las últimas décadas, sin ir acompañados del componente postmoderno que supone la teoría. La convivencia, por ejemplo, ha sido tradicionalmente alta en Centroamérica y el Caribe. La alta proporción de niños que nace fuera del matrimonio tampoco resulta ajena a la historia de América Latina. La imagen que se asocia generalmente a estos desarrollos es una imagen de pobreza y familia frágil, o de mujeres y niños abandonados.

La imagen de una familia que se constituye fuera del matrimonio como una familia altamente vulnerable ha tenido sentido en Chile tradicionalmente. El reconocido trabajo de Sonia Montecino, “Madres y Huachos”, captura la idea del padre ausente y de uniones inestables. Esas configuraciones familiares, a su vez, aparecen disociadas de los segmentos con mayores recursos socioeconómicos. Sin embargo, es razonable pensar que a medida que el país se desarrollaba, durante el siglo XX, las familias de madres y huachos se hacían menos frecuentes. De hecho, sabemos que las tasas de matrimonio aumentaron en Chile desde comienzos del siglo XX y hasta 1930, para entonces disminuir un poco y mantenerse sin grandes variaciones hasta inicios de los '90, cuando cayeron bruscamente (Valenzuela y Herrera, 2006). El matrimonio —y no la convivencia— fue y todavía es el formato familiar dominante en nuestro país. Es precisamente esa supremacía la que ha comenzado a ceder desde los '90 debido al aumento de la prevalencia y legitimidad de la convivencia. Etapas en la Difusión de la Convivencia.

Debido a que la convivencia es un fenómeno en transformación en Chile y que puede adquirir diversos significados en distintos contextos, es útil recurrir a una tipología de su difusión para entender mejor qué tipo de convivencia es la que prevalece hoy. La inglesa Kathleen Kiernan (Kiernan, 2001) ha distinguido cuatro etapas en la difusión de la convivencia, donde el aumento en la prevalencia y en la legitimidad del fenómeno marca el paso de una etapa a otra. En la primera etapa, la convivencia es una práctica minoritaria, de un segmento van-

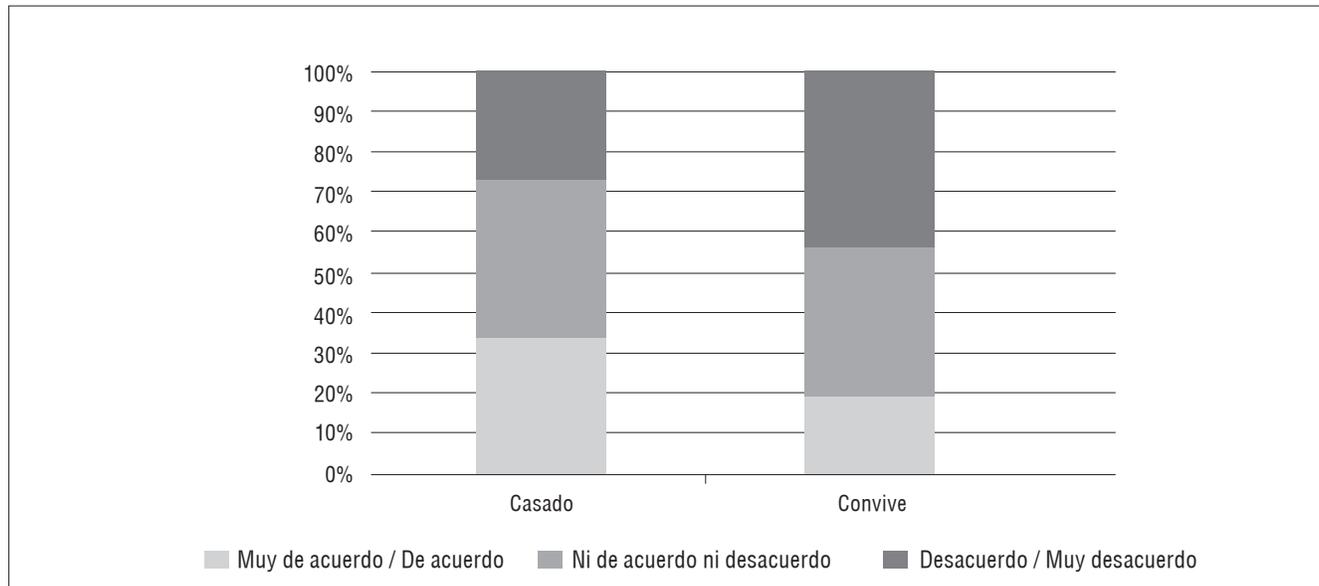
guardista de la población soltera. En una segunda etapa, la convivencia se vive como un preámbulo al matrimonio, que sirve para verificar si la relación tiene futuro, y no da lugar al nacimiento de hijos. En una tercera etapa la convivencia es socialmente aceptada como una alternativa al matrimonio y, en la última etapa, la convivencia y el matrimonio son considerados equivalentes o hay indiferencia entre ellos como forma de vida en pareja. Una señal del avance hasta la cuarta etapa es que los hijos nacen y son criados indistintamente en matrimonios y convivencias, es decir, que la proporción de niños que nace fuera del matrimonio es alta. Según Kiernan, en el contexto europeo sólo Suecia y Dinamarca están en esta última etapa. Estados Unidos se encontraría en la segunda etapa (Raley, 2001; Lichter et al., 2006; Manning, 2002).

Etapas de la convivencia en Chile

La clasificación de Kiernan está hecha desde y para sociedades industrializadas. Latinoamérica es un desafío para este esquema, como se señaló anteriormente, por su larga tradición de uniones no matrimoniales. Sin embargo, usar esta tipología no resulta inapropiado para el caso chileno debido a la relativa hegemonía que el matrimonio alcanzó durante la mayor parte del siglo XX. La Encuesta Bicentenario permite hacer este ejercicio porque mide la prevalencia y la legitimidad de la convivencia. En la primera dimensión, la tendencia es clara: aunque dista mucho de ser alta, la prevalencia de la convivencia ha aumentado y probablemente siga haciéndolo en el futuro.

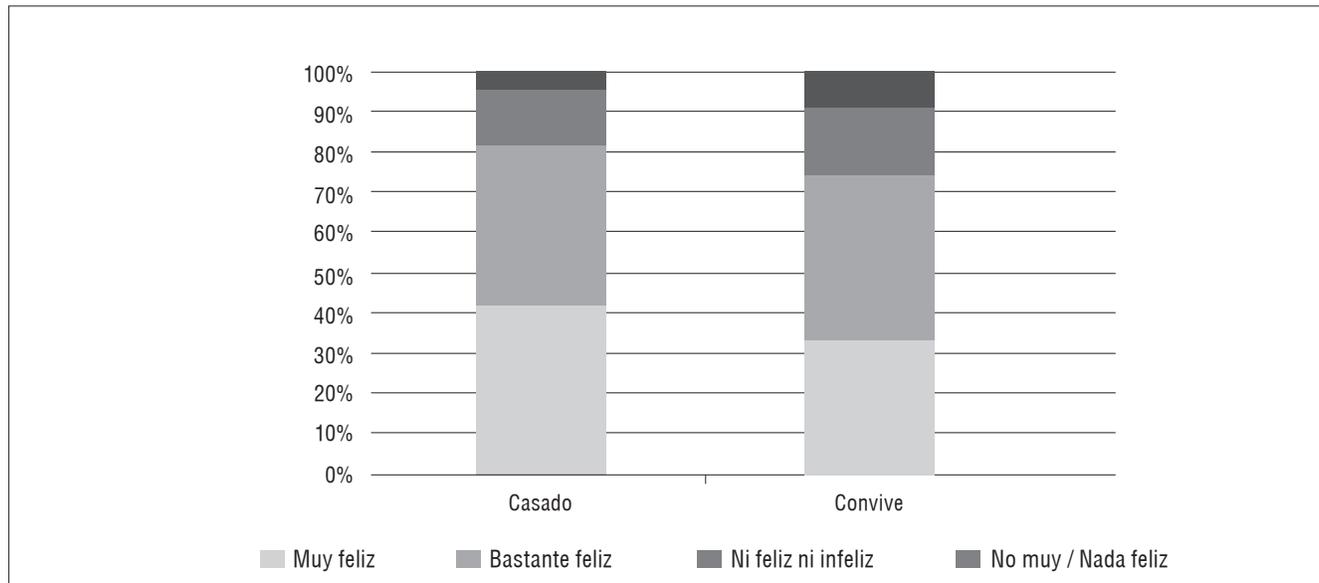
En el ámbito de la legitimidad, sabemos que hay una mayor aceptación de este tipo de uniones. Además de los indicadores ya mencionados, la encuesta incluyó otras preguntas para evaluar la preferencia por la convivencia o el matrimonio. Uno de esos indicadores tiene que ver con la felicidad que se asocia al matrimonio. La mayoría de los entrevistados no asocia matrimonio y felicidad, y sólo un 30% afirmó que las personas casadas son en general más felices que las solteras. Los casados fueron más proclives a asociar matrimonio y felicidad que los convivientes (Figura 2a). Lo que resulta curioso aquí es que las personas casadas efectivamente se declaran más felices con su relación de pareja que los convivientes (36% vs. 42%, Figura 2b).

Figura 2a. Acuerdo con la afirmación “En general, las personas casadas son más felices que las solteras”, según estado civil



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2008.
 Base: vive en pareja.

Figura 2b. Descripción de relación de pareja, según estado civil

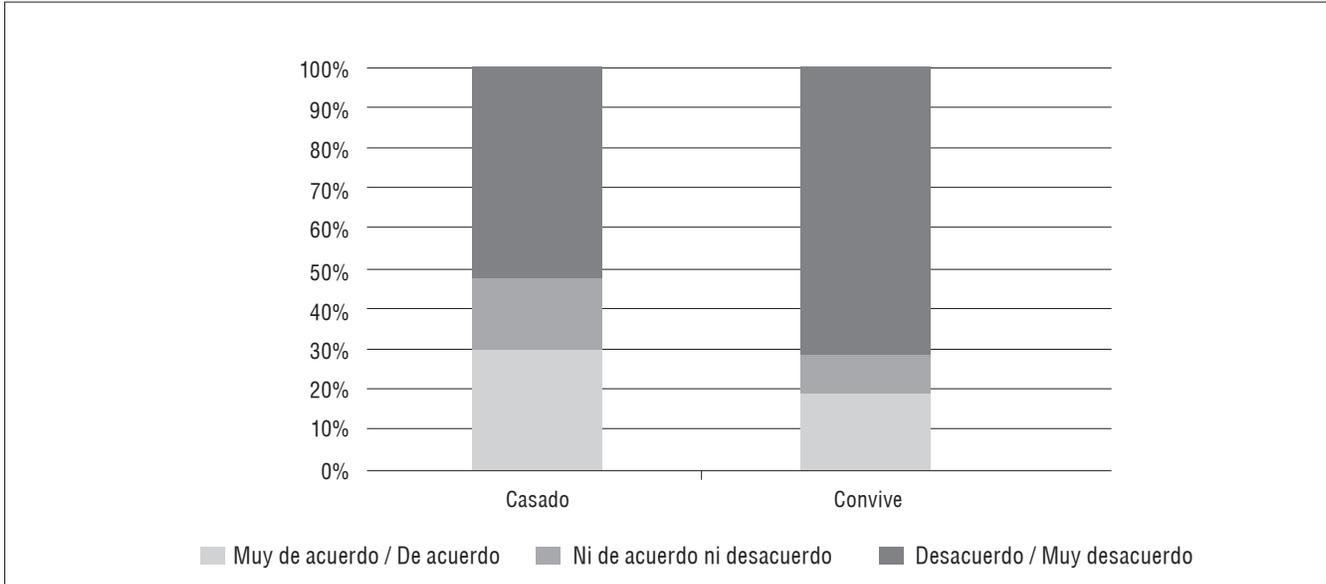


Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2008.
 Base: vive en pareja.

El otro indicador viene de la pregunta por la eventual disolución del matrimonio ante la presencia de hijos. Sólo un 28% de los entrevistados afirmó que cuando hay hi-

jos de por medio los padres deben permanecer juntos aun cuando no se lleven bien. Nuevamente se observaron las diferencias esperables por estado civil (Figura 3).

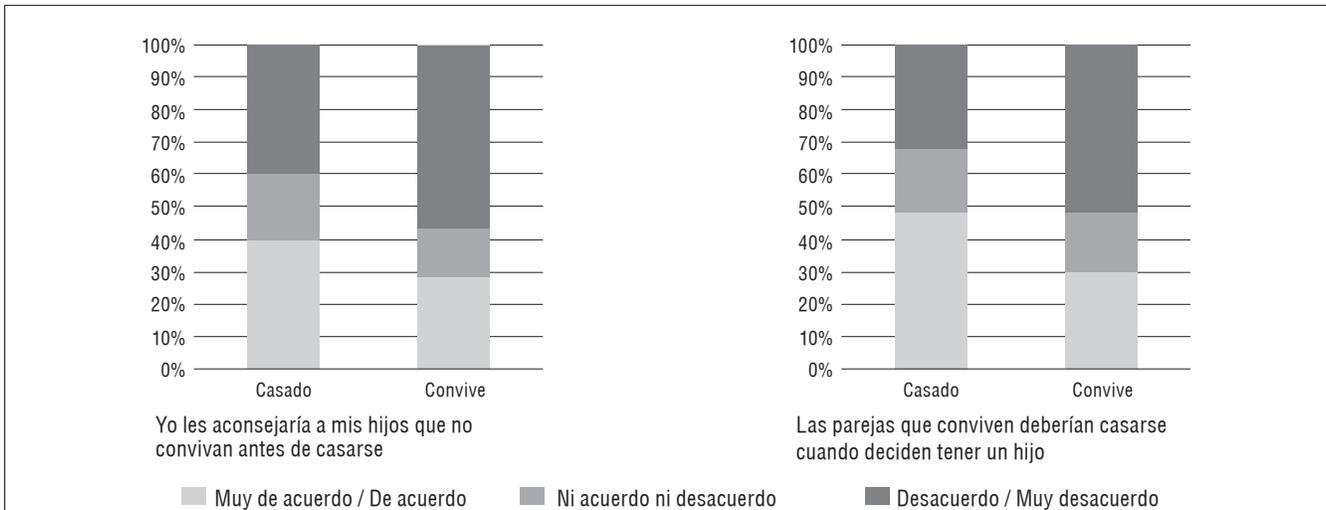
Figura 3. Acuerdo con la afirmación “Cuando hay niños de por medio, los padres deben permanecer juntos aun cuando no se lleven bien”



Si bien es cierto que estos resultados revelan que el matrimonio no está necesariamente asociado a la idea de compromiso irrestricto y que existe una mayor aceptación de la convivencia, esta mayor aprobación no significa completa aceptación. De hecho, si volvemos a los indicadores que miden más directamente la legitimidad del fenómeno, un 40% de los entrevistados no recomendaría la convivencia antes del matrimonio y un 45% cree que las parejas que conviven deberían casarse cuando

deciden tener un hijo. Por cierto, hay diferencias según estado civil, las cuales van en la dirección esperada: los casados son menos proclives a aceptar la convivencia que los propios convivientes (Figura 4). Lo interesante aquí es que aún entre los convivientes, un porcentaje no menor “deslegitima” su opción de pareja o, más probablemente, marca su preferencia por el matrimonio. Un 30% de los convivientes no aconsejaría a sus hijos convivir antes de casarse y cree que la aparición de un hijo debería impulsar a los convivientes a casarse.

Figura 4. Legitimidad convivencia, según estado civil



En síntesis, la Encuesta Bicentenario da cuenta de una mayor prevalencia y una mayor legitimidad de la convivencia, pero la primera aún es baja y la segunda todavía no es completa. Es más apropiado leer el aumento en la legitimidad como “no rechazo”, más que como plena aceptación o como indiferencia entre convivencia y matrimonio. Así, podría pensarse que Chile está en la segunda etapa de la difusión de la convivencia, es decir, la etapa en que ésta se vive como una prueba anterior al matrimonio. Pensar en la última etapa, aquella en que ambas formas de unión son equivalentes todavía es prematuro. Una señal de ello es que la convivencia como forma de unión tiene un fuerte sesgo socioeconómico, ya que es más frecuente entre los grupos de menores recursos. Esto podría mantenernos en el escenario de vulnerabilidad social, alejados de la idea de convivencia como una alternativa postmoderna al matrimonio.

Si Chile efectivamente se encuentra en una etapa en que la convivencia es una prueba antes del matrimonio, y considerando las diferencias socioeconómicas en la probabilidad de convivir, los hijos deberían hacer una diferencia a la hora de optar por el matrimonio o la convivencia. De hecho, en la clasificación de Kiernan, los nacimientos extramatrimoniales se toman como una prueba fuerte de la difusión de la convivencia. El supuesto es que la convivencia es igual de estable como unión y válida socialmente que el matrimonio, por lo que los hijos pueden nacer indistintamente en cualquiera de los dos tipos de unión. Así, una alta proporción de niños nacidos fuera del matrimonio es una señal de una etapa avanzada en la difusión de la convivencia. Actualmente, más de la mitad de los niños nace fuera del matrimonio

en Chile y esta proporción ha aumentado de manera significativa desde 1960 (Larragaña, 2006). En nuestro país esta proporción es más alta que en Suecia y Dinamarca, los únicos países europeos que Kiernan clasifica como en una difusión plena de la convivencia.

Aunque, en principio, este porcentaje avalaría la idea de la convivencia como un fenómeno con legitimidad propia o plenamente establecido en Chile, la imagen cambia cuando se observa la proporción de nacimientos extramatrimoniales dependiendo del número de hijos que las mujeres han tenido (Tabla 3).

Lo que observamos es que la proporción de niños nacidos fuera del matrimonio es mucho mayor en el caso del primer hijo, pero disminuye bastante en el caso del segundo y del tercero. Esto probablemente signifique que el embarazo no está llevando hoy a matrimonios forzados, pero también puede implicar que, aunque sin apuro, el nacimiento de los hijos mueve a las parejas a legalizar la unión, porque los segundos y terceros hijos nacen en mucha mayor proporción dentro del matrimonio. Si las parejas están casándose en el tránsito del primer hijo a los siguientes, la convivencia aun no es un tipo de unión permanente, sino transitoria. La eventual indiferencia entre matrimonio y convivencia terminaría una vez que los chilenos se convierten en padres.

En resumen, un modelo simple de regresión logística basado en los datos de la Encuesta Bicentenario permite evaluar el efecto que tienen características como edad, nivel socioeconómico y ser padres en la probabilidad de convivir (Tabla 4).

Tabla 3. Orden de nacimientos, según estado civil, 2005

Orden del Nacimiento	Estado Civil		
	Casada	Soltera	Total
1	25.39	74.61	100
2	52.04	47.96	100
3	58.58	41.42	100
4	53.42	46.58	100
5+	45.15	54.85	100
Total	41.55	58.45	100

Fuente: Registro Nacimientos 2005, Minsal.

Tabla 4. Análisis de Regresión Logística para la Probabilidad de Convivir para quienes viven en pareja

Predictor	B	SE B	e ^B
Edad			
18 a 24	2.559***	0.338	12.926
25 a 34	1.899***	0.233	6.680
35 a 44	1.067***	0.241	2.908
44 a 55	0.759**	0.257	2.137
Nivel Socioeconómico (referencia: alto)			
Medio	0.500**	0.222	1.650
Bajo	0.961***	0.197	2.615
Tiene hijo(s)	-0.932**	0.274	0.394
Constante		-2.135	
χ^2		149.46	
<i>n</i>		1193	
% que convive		23.1	

Nota: e^B = B *exponenciados*. La variable edad tiene como categoría de referencia a los mayores de 55 y la variable nivel socioeconómico al grupo alto. La variable Tiene hijos fue codificada como 1 para quienes tienen hijos y cero para quienes no.

p* < .05. *p* < .01. ****p* < .001.

Los resultados indican que, controlando por edad y nivel socioeconómico, el hecho de ser padres disminuye la probabilidad de convivir en 60.6%. Asimismo, se verifica la relación entre edad y convivencia: el grupo de 18 a 24 años es prácticamente 13 veces más proclive a convivir que el grupo más viejo, independientemente del nivel socioeconómico y de la tenencia de hijos. Por último, controlando por edad e hijos, el grupo más pobre es 2.6 veces más proclive a convivir que el grupo de mayores recursos. En tanto, el grupo de nivel medio tiene un 65% más de probabilidades de convivir que las personas de mejor nivel socioeconómico.⁶

Comentarios finales

La tercera Encuesta Bicentenario revela que hay cambios significativos en la dinámica matrimonio-convivencia en Chile. Por cierto, todavía falta mucho por explorar

en este ámbito. Aunque podemos especular, no sabemos mucho de las diferencias entre matrimonio y la convivencia como forma de unión, ni de sus efectos sobre la pareja o los hijos. Una dimensión que parece especialmente relevante y de la que no tenemos información es la estabilidad de las uniones. Sabemos que la convivencia ha ganado legitimidad, pero no sabemos que tan estable es. Para averiguarlo necesitamos indicadores que todavía no hemos elaborado, tales como una historia de las uniones, lo que también nos permitiría estudiar las transiciones de un estado civil a otro. Los datos que tenemos, sin embargo, son un punto de partida valioso e indican que la convivencia en Chile está aumentando, y que —probablemente— se está viviendo como una prueba antes del matrimonio.

La situación parece distante del caso escandinavo, pero no tan diferente a la que se ha diagnosticado en Estados Unidos, el cual estaría en la misma etapa. En el caso estadounidense se da un modelo dual, en el que las personas de diferente nivel socioeconómico adoptan configuraciones familiares distintas. Es probable que ese también sea el caso de Chile puesto que la conviven-

6 Se probaron modelos incluyendo género y las interacciones entre género-nivel socioeconómico y género-tenencia de hijos, como también edad y nivel socioeconómico, pero los efectos no son significativos. Tampoco es significativo el efecto de provenir de una familia no intacta

cia parece tener un sesgo socioeconómico. Algo similar ocurrió en nuestro país durante la primera transición demográfica, es decir, cuando cayeron las tasas de fecundidad. El fenómeno se inició primero en los grupos más acomodados, pero luego se difundió al resto de la población. Así, actualmente las diferencias son mucho menos acentuadas que en otros países en que la brecha entre grupos socioeconómicos ha tendido a mantenerse, como Paraguay, Honduras o Guatemala (Chackiel y Schkolnik, 1996). Si Chile avanza en su segunda transición siguiendo el ejemplo de la primera, podríamos esperar que a medida que la difusión de la convivencia avance las diferencias socioeconómicas en el tipo de unión se diluyan.

Referencias

- **Binstock, Georgina.** 2008. Cambios en la Formación de la Familia en Argentina: Cuestión de Tiempo o Cuestión de Forma? En III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP. Córdoba.
- **Cabella, Wand, Andrés Peri y Maria Constanza Street.** 2005. Buenos Aires y Montevideo: Dos Orillas y Una Transición? En Trayectorias Nupciales, Familias Ocultas., editado por S. Torrado. Buenos Aires: Mino y Davila.
- **Castro Martín, Teresa, Teresa Martín García y Dolores Puga Gonzalez.** 2008. Matrimonio vs. Unión Consensual en Latinoamérica: Contrastes desde una Perspectiva de Genero. In III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP. Córdoba.
- **Chackiel, Juan y Susana Schkolnik.** 1996. Latin America: Overview of the Fertility Transition, 1950- 1990. In The Fertility Transition in Latin America, editado por José Miguel Guzmán, Susheela Singh, Germán Rodríguez y Edith A. Pantelides. Oxford, Clarendon Press.
- **Kiernan, Kathleen.** 2001. Cohabitation in Western Europe: Trends, Issues and Implications. En Just Living Together: Implications of Cohabitation for Children, editado por A. Booth, y Ann C. Crouter. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates Inc.
- **Larragaña, Osvaldo.** 2006. Comportamientos Reproductivos y Fertilidad, 1960-2003. In El Eslabón Perdido: Familia, Modernización y Bienestar en Chile, editado por J. S. Valenzuela, E. Tironi, y T.R. Scully. Santiago, Taurus.
- **Lesthaeghe, Ron, y Paul Willems.** 1999. Is Low Fertility a Temporary Phenomenon in the European Union? Population and Development Review 25 (2):211-228.
- **Lichter, Daniel, Zhenchao Qian, and Leana M. Mellott.** 2006. Marriage or Dissolution? Union Transitions among Poor Cohabiting Women. Demography 43 (2):223-240.
- **Manning, Wendy D.** 2002. The Implications of Cohabitation for Children's Wellbeing. En Just Living Together: Implications of Cohabitation for Children, editado por A. Booth, and Ann C. Crouter. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associated, Inc.
- **McLanahan, S.** 2004. Diverging destinies: How children are faring under the second demographic transition. Demography 41 (4):607-627.
- **Montecino, Sonia.** 1996. Madres y Huachos: Alegorías del Mestizaje Chileno. Santiago, Editorial Sudamericana.
- **Osborne, Cynthia.** 2005. Marriage following the birth of a child among cohabiting and visiting parents. Journal of Marriage and the Family. 67 (1):14-26
- **Osborne, Cynthia and Sara McLanahan.** 2007. Partnership Instability and Child Well-Being Journal of Marriage and Family 69:1065-1083.
- **Quilodrán, Julieta.** 2008. Hacia la Instalación de un Modelo de Nupcialidad Post-Transicional en América Latina. In III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP. Córdoba.
- **Raley, R. Kelly.** 2001. Increasing Fertility in Cohabiting Unions: Evidence for the Second Demographic Transition in the United States? Demography 38 (1):59-66.

Comentarios

BEATRIZ ZEGERS

Directora de Investigación de la Escuela de Psicología de la Universidad de los Andes

Agradezco a los organizadores de este encuentro la invitación que me hicieron para comentar los resultados de parte de la tercera Encuesta Bicentenario y a que propusiera una lectura del trabajo de Viviana Salinas, a través del cual intenta responder a la pregunta ¿Cómo se vive y que significa la convivencia en Chile?

Para contestar estas interrogantes el texto se centra en variables sociodemográficas, las que son “técnicamente” apropiadas para describir y analizar los datos. Con todo, este enfoque —el de las ciencias humanas positivas— es una opción metodológica que impide ver algunos aspectos que nos parecen muy importantes. Habríamos deseado que la autora enmarcara sus indagaciones en una perspectiva antropológica, que reflexionara acerca de quién es el hombre, dónde radica el ser del vínculo matrimonial libremente contraído, inseparable de la persona y su sexualidad. Sin este horizonte de referencia pensamos que no es posible responder a la pregunta ¿qué significa la convivencia en Chile? Ésta requiere saber lo que es el matrimonio y ha de incluir el fundamento y la plenitud hacia la que tiende. Su naturaleza reside en la experiencia de común-uniión, personal y personalizante, esencialmente libre y orientada a la procreación.

Dada la pregunta formulada, el análisis realizado privilegia la convivencia. Sin embargo, para los que creemos en la institución matrimonial, hemos de leer las cifras, también desde el matrimonio. Destacamos que el matrimonio sigue siendo el tipo de unión preferente cuando se considera el nivel socioeconómico (76.82% vs. 23.18%), aunque el porcentaje de matrimonios en Chile haya ido disminuyendo (los datos censales del 2002, indican que éste ha caído en 5,6% respecto a 1992). Advertimos junto a ello, el cambio generacional que se traduce en

un aumento en la frecuencia de la convivencia entre los jóvenes (41.74% de matrimonios vs. 58.26% de convivencias para el grupo de 18-24 años, cifra que se invierte entre los 25-34 y llega al 91.01 vs. 8.99 en el rango de mayores de 55 años).

Existe un conjunto de factores que podrían dar cuenta de las diferencias en los porcentajes de convivencia entre los distintos grupos etarios: la pubertad se ha adelantado y el matrimonio se ha retardado, en parte por las exigencias de capacitación que impone la sociedad tecnológica, retrasándose la posibilidad de que los jóvenes se establezcan laboralmente. La creencia actual que en el matrimonio el amor lo es todo, olvidando que amar a alguien no es meramente “un sentimiento poderoso, sino que es una decisión, un juicio, una promesa. Si el amor no fuera más que un sentimiento, no existirían bases para la promesa de amarse eternamente” (Fromm, 1982, p. 61). A lo dicho se agrega la nueva angustia ante el matrimonio y el miedo al compromiso, detectados por Willi a fines de los '70. El intento de minimizar el daño que produce el quiebre matrimonial, perjuicio que muchos jóvenes han sufrido en carne propia, dado que son hijos que han sobrevivido a la separación de sus padres, pero que no se han recuperado, como plantea Pittman (2002). Powel y Parcel (1997) y Kierman (1986) indican que mientras más infeliz es el matrimonio de los padres, más temprano los hijos abandonan el hogar, ya sea para vivir solos, cohabitar o casarse.

La permisividad sexual y las tecnologías contraceptivas han contribuido a la escisión entre sexualidad y procreación, posibilitando una convivencia “sin riesgo” a las exigencias que la paternidad trae consigo. La creciente secularización de la cultura por un lado, la afirmación de la autonomía individual, el énfasis en la libertad de elección —sin importar lo que se elige— y un ideal de autenticidad trivializado por otra son parte del legado que la modernidad nos ha dejado, como con acierto denuncia Taylor (1996). A todas estas manifestaciones agregamos las tendencias feministas. Desprendemos que las

causas del incremento de la convivencia son profundas y de diversa índole.

La autora afirma que la encuesta mide la “legitimidad de la convivencia”, objetivo que llama nuestra atención. Recordemos que la palabra “legitimidad” procede de legítimo y es definida por el Diccionario de la Real Academia Española (RAE) como “algo que se conforma a las leyes” y “legitimar” es “convertir algo en legítimo, probar o justificar la verdad de algo”.

Es cierto que Viviana Salinas comenta que en el estado actual, es más propio decir que el porcentaje de personas que “no rechaza” la convivencia en Chile ha aumentado y que no se da una plena aceptación o indiferencia entre convivencia y matrimonio. Pero también lo es que: “Con el lenguaje y por el lenguaje, la cultura, los valores, la visión del mundo, la manera de pensar de las personas se van conformando” (Carrasco, 2008, p. 83). Las palabras no son inocuas, tampoco son neutras, remiten a un significado, y cuando lo modificamos, esperamos que este nuevo sentido penetre y se valide culturalmente.

Si seguimos los argumentos presentados en el trabajo podemos correr el riesgo de resbalar hacia la falacia naturalista. Esta consiste en transitar ilegítimamente del “ser” al “deber ser” o de lo empírico —muchos lo hacen— a lo normativo —lo debemos hacer— (Carrasco, 2008). No desprendamos de los porcentajes encontrados que la cohabitación es buena, deseable o algo a legitimar y promover.

Por otra parte, la evidencia muestra que en Estados Unidos los derechos de las personas que conviven se reconocen cada vez más en las cortes de justicia. En países de Europa del Norte y en las naciones escandinavas, los convivientes tienen virtualmente los mismos derechos legales que las parejas casadas (Popenoe y Dafoe, 2002). Han alcanzado la cuarta etapa de la difusión de la convivencia de acuerdo al esquema propuesto por Kierman (2001) y que expone la autora.

En otro apartado de su trabajo, comenta que la Encuesta Bicentenario da cuenta de una mayor prevalencia y legitimidad de la convivencia en Chile, aunque su aceptación todavía no es completa; pensar en la última etapa, aquella en que ambas formas de unión es equivalente, es todavía prematuro. ¿Quiere decir que hacia allí tendríamos que tender? Nos parece que la respuesta tendría que ser negativa. La teleología del desarrollo se orienta hacia la búsqueda y actualización de la plenitud de la naturaleza humana y esta integridad, cuando de la pareja humana se trata, se alcanza en el matrimonio.

A Viviana Salinas le parece “curioso” que los matrimonios se declaren efectivamente más felices que los que conviven. ¿Por qué? Afirma que no sabemos mucho de las diferencias entre ambas formas de unión en Chile, tampoco acerca de su estabilidad, aunque sí existen antecedentes que proceden de otras latitudes. Morgan (2000), demuestra que la cohabitación es más frágil que el matrimonio: menos del 4% de las parejas de hecho duran 10 años o más; el 20% se separa antes de tres años y la tasa de ruptura entre estas parejas que tienen hijos, en Inglaterra, es 4 a 5 veces mayor que la de matrimonios con hijos.

Para Popenoe y Dafoe (2002) la convivencia no es una buena forma de prepararse para el matrimonio, cuestión que se asociaría a la segunda etapa de la difusión, aquella en la que sus protagonistas prueban si el matrimonio con esa pareja tendría posibilidades de éxito. De acuerdo a estos autores, quienes conviven antes de casarse tienen un 46% más de probabilidad de que sus matrimonios se rompan cuando deciden hacerlo. Por lo tanto, la convivencia no sería un buen preámbulo ni contribuiría a salvaguardar el matrimonio. Tienen menores niveles de felicidad y bienestar que los casados, hallazgo concordante con los datos de la encuesta. Sus temas de preocupación: el dinero, la vida social, la autonomía individual, son cuestiones que no son fundantes de una comunidad de vida y amor. Por otra parte, señalan que vivir juntos fuera del matrimonio incrementa los riesgos de violencia doméstica hacia la mujer y de abuso sexual y físico hacia los niños no nacidos de esa unión.

Las conclusiones a las que llegan Gallagher y Waite (2000), luego de revisar más de mil trabajos sobre el tema, son concluyentes. El matrimonio no es un estilo de vida más, ya que crea una única relación que enriquece la persona del marido y de la mujer. Sostienen que no es un asunto privado, sino que compromete a los cónyuges y repercute en la sociedad en su conjunto. No es una hoja de papel. El acto del matrimonio que se realiza en el consentimiento, cambia la forma en que las personas interactúan, los planes y las expectativas de futuro. Destacan que cuando se controlan las variables demográficas, el factor que más se relaciona con la mayor satisfacción sexual de los casados, es la comprensión moral entre los cónyuges de lo que ésta significa. Asimismo, indican que entre quienes conviven, disminuye la probabilidad de que la relación sea monógama, aunque aspiren a que lo sea. Las expectativas de vida entre los casados aumentan, disminuyen las cifras de hospitalizaciones, los niveles de ingreso se incrementan (los hombres casa-

dos ahorran entre 10 y 40% más que los solteros o los que conviven), muestran menos experiencias ansiosas y depresivas, disminuye la probabilidad de que los hijos abandonen el colegio, entre otros. Comentan además, que las mujeres que conviven reciben menos compensaciones financieras y gastan más tiempo en las tareas del hogar que aquéllas que están casadas. Los hombres por su parte, se comprometen menos con la relación.

Un último dato que quisiéramos comentar del trabajo es que la proporción de niños nacidos fuera del matrimonio es mucho mayor en el caso del primer hijo, pero disminuye con la llegada del segundo y del tercero. La eventual indiferencia entre matrimonio y convivencia terminaría una vez que los chilenos se convierten en padres, comenta Viviana Salinas. Sabemos que el porcentaje de madres adolescentes es alto en Chile (según el Censo de 2002, la cifra de niños nacidos de madres adolescentes alcanzó a 28.258) y también que, actualmente, más de la mitad de los niños nace fuera del matrimonio. Sin embargo, el que el 45% de los encuestados crea que las parejas que conviven deberían casarse, sugieren que no ha muerto en el alma de los chilenos la convicción y anhelo a que sus hijos sean educados dentro de una familia constituida por el matrimonio.

En síntesis, es una conquista de la modernidad la capacidad de actuar por sí mismo, por ello, es importante transmitir cuáles son las formas elevadas de autorrealización y autenticidad y cuáles son sus expresiones degradadas. Estas nociones están lastradas de individualismo y egocentrismo (Taylor, 1996) y debemos librarlas de esas trabas, porque se oponen al ser eminentemente dialógico del vínculo matrimonial. Los datos de la Encuesta Bicentenario nos desafían a no normalizar la cohabitación. El matrimonio es distinto a la convivencia por su naturaleza, por esto es intrínsecamente preferible y no por cuestiones accidentales, no es un “formato” como desliza la autora, sino que es la institución natural para que la pareja se desarrolle, se autorrealice, forme y eduque a sus hijos, como personas humanas que han de definir su identidad.

Como clínicos conocemos casos en los que en la vida concreta los cónyuges se enfrentan a complejos desafíos, crisis, dolores y sufrimientos, pero eso no significa que hayamos de renunciar a defender la plenitud hacia la cual tiende el amor humano. Recuperemos el ideal matrimonial, de modo que los jóvenes en el Bicentenario, descubran y adhieran a esta opción de vida plena de sentido, cuya realización exige el ejercicio de la libertad

de elección o psicológica, pero más fundamentalmente, de la libertad moral que hace posible la concreción de la “obra común de dos libertades” (Guitton, 1948).

Finalmente, queremos agradecer a Viviana Salinas por el concienzudo análisis realizado. Su trabajo aporta antecedentes de indudable valor para continuar reflexionando e investigando sobre el matrimonio y la convivencia en Chile con miras al Bicentenario.

Referencias

- **Carrasco, M. A.** 2008. Problemas Contemporáneos de Antropología y Bioética. Temas Actuales. Santiago, Instituto de Estudios de la Sociedad.
- **Diccionario de la Real Academia Española.** www.rae.es
- **Fromm, E.** 1982. El Arte de Amar. Buenos Aires, Paidós.
- **Gallagher, M. and Waite, L. J.** 2000. The Case of Marriage. Why Married People are Happier, Healthier, and Better off Financially? New York, Doubleday.
- **Guitton, J.** 1948. Essai sur L'amour Humain. Aubier; Éditions Montaigne.
- **Instituto Nacional de Estadística.** Censo 2002. www.inec.cl/cd2002.
- **Kierman, K.** 1986. “Teenage Marriage and Marital Breakdown: A Longitudinal Study.” Population Studies, 40:35-54.
- **Morgan, P.** 2000. Marriage-Lite. The Rise of Cohabitation and its Consequences. London: Institute for the Study of Civil Society. Extraído el 5 de enero de 2009 de www.civitas.org.uk/pdf/cs04.
- **Pittman III, F.** 2002. Keynote address to the article of W. M. Pinsof. 2002. The Death of ‘Till Death Us Do Part’: The Transformation of Pair-Bonding in the 20th Century. Family Process, 41(2), 135-157.
- **Powell, M. A. and Toby L. P.** 1997. “Effects of Family Structure on the Earning Attainment Process: Differences by Gender.” Journal of Marriage and the Family, 59(2):419-433.
- Popenoe, D. and Dafoe, B. 2002. Should We Live Together? What Young Adults Need to Know about Cohabitation before Marriage. A Comprehensive Review of Recent Research. The National Marriage Project.
- **Taylor, Ch.** 1996. La Ética de la Autenticidad. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica S.A.
- **Willi, J.** 1978. La Pareja Humana: Relación y Conflicto. Madrid, Ediciones Morata, S.A.

VERÓNICA GUBBINSAcadémica Facultad de Psicología,
Universidad Alberto Hurtado

Quisiera felicitar a los responsables de esta iniciativa ya que permite debatir en torno a diversos problemas relacionados con la convivencia social e interpersonal de nuestro país, particularmente el ámbito menos visible para el bienestar humano y social como es la vida de la familia y la conyugalidad. Recordemos que Freud ya planteaba en los albores del siglo pasado, como la salud mental se relaciona con la capacidad de construir vínculos de ternura entre los seres humanos (Giberti, 2005).

Además, aprovecho la instancia para felicitar a Viviana Salinas (2009) por el trabajo realizado. Se expresa en este texto un trabajo arduo y de gran calidad, a partir de algunos de los resultados obtenidos por la Encuesta Nacional Bicentenario 2008, la autora se plantea al inicio dos preguntas ¿cómo se vive y qué significa la convivencia en Chile? Para ello sitúa los datos en un contexto internacional lo que permite mirarnos de manera comparada. Aquí se nos advierte del isomorfismo con la Segunda Transición Demográfica que ya venía presentándose a nivel de los países industrializados. La convivencia aumenta y el mayor incremento se describe entre los más jóvenes, manteniéndose otra importante proporción entre las personas de más bajos ingresos del país⁷.

Se tiende a hablar mucho de convivencias o uniones de hecho pero sabemos poco de ellas aún. Viviana nos advierte bien de ello en su trabajo. En ese sentido, este punto aparece como un gran estímulo para consolidar programas de investigación en este campo. Gracias por invitarme a reflexionar junto a ustedes a este respecto.

Es cierto, muchos autores plantean que el aumento de las convivencias podría ser una de las consecuencias de la globalización económica y tecnológica, el aumento en el nivel de escolaridad promedio de la población y la mayor cobertura de los medios de comunicación. La in-

terpretación que se hace es que estarían contribuyendo a resquebrajar convicciones que hasta ahora parecían inobjetables como es la indisolubilidad del matrimonio, por ejemplo (recordemos que hace 30 años los hijos/as se iban de la casa paterna sólo cuando se casaban).

Se accede a más contacto e intercambio inter-cultural pero también se modifican las certezas. El futuro es vivido como incierto y con altas probabilidades de riesgo: en lo medio-ambiental y en lo laboral. Hoy se habla incluso del fin de la sociedad de pleno empleo. Se hacen más frecuentes los contratos parciales y de corta duración, se deprecian las calificaciones, aumenta la precarización del empleo.

¿Cómo asumir compromisos de largo plazo en contextos de tan alta incertidumbre como es lo que está caracterizando nuestra vida moderna? La vida social se complejiza, la experiencia de la conyugalidad también (Bajtín, 1998; Beck, 2000; Giddens, 1995; Esping-Andersen, 2000; Giberti, 2005).

No podemos olvidar tampoco que nuestro país es uno de los más desiguales del mundo en materia de distribución del ingreso. El quintil más rico recibe 17 veces más ingresos que el 20% más pobre y el sistema educacional nacional se encuentra tan segmentado como segregada está la distribución del ingreso⁸. Esta realidad no puede ser omitida del análisis (Contreras, 2007; MIDEPLAN, 2005)⁹. El aumento de la convivencia y su eventual “legitimación” debe incorporar la variable volumen de ingresos y capital cultural de los involucrados. No se puede generalizar a toda la población chilena la hipótesis del cambio de mentalidad o de la convivencia como alternativa postmoderna al matrimonio. Tal vez podamos aplicarlo a jóvenes con mejor situación económica y cultural, pero aún faltan estudios que permitan sustentarlo respecto de los más pobres.

Se le ha vinculado a nuestra historia colonial, nos comenta la autora, pero también como una estrategia de sobrevivencia, especialmente para niñas que deben enfrentar el nacimiento de hijos/as no planificados. Muchas de ellas aún no logran mantenerse en el sistema

7 En Chile el número de matrimonios ha disminuido en los últimos veinte años de 86.001 en 1980 a 73.456 en 1998. Para 2001, el número desciende a 64.088 y el año 2002 a 60.971 (INE 2000, 2001, 2003a). Respecto de la edad promedio del matrimonio, los hombres se casaban a un promedio de 26,6 años y las mujeres 23,8 en 1980. Al año 2000, los hombres se casan como promedio a los 29 años y las mujeres a los 26,4 años de edad. Acerca de separaciones matrimoniales el Censo de Población y Vivienda del año 2002 da cuenta de un leve aumento desde el año 1992 (de 3,8 % a 5,2%) (Herrera & Valenzuela, 2006).

8 De acuerdo a Sanhueza & Larrañaga (2008) “Las grandes ciudades segregan según alguna dimensión clave en la sociedad respectiva: nivel de ingreso, raza, religión u otra similar. En Chile, la principal línea divisoria es económica. En Santiago, 58,6% de los hogares de Vitacura son de altos ingresos y el 3,1% pobres, mientras que en La Pintana 0,5% de los hogares tiene ingresos altos y 63,5% son pobres” (p.2).

9 Las comunas de la Región Metropolitana, por ejemplo, son altamente homogéneas: Las Condes, Vitacura y Lo Barnechea concentran los grupos socioeconómicos altos y medio-altos.

de educación formal, no obstante todo el esfuerzo realizado desde la política educativa nacional¹⁰. Si esto es así, cuentan con pocas oportunidades para proveerse de ingresos de manera autónoma. Razones económicas impelen a depender de varones que provean de ingresos y seguridad. Lamentablemente esto tiende a reproducirse de generación en generación constituyéndose casi en un estilo de vida, en la idea acuñada por Pierre Bourdieu en los años sesenta en Francia (Aguirre, 2004; Bourdieu, 1994/1997). Si, como nos plantea Viviana “... el grupo más pobre es 2.6 veces más proclive a convivir que el grupo de mayores recursos” (p.XX) ¿Cuál es la mentalidad que se encuentra en juego aquí?

Ahora, y respecto a los jóvenes que viven en mejores condiciones materiales y educacionales de vida, es útil recordar que en varias de las investigaciones que se han hecho en Chile en los últimos años, particularmente los trabajos de Ximena Valdés, se sugiere que la familia comienza a dar paso a otros modos de organizarse y vivir en familia. Tradicionalmente, la familia es concebida como alianza matrimonial, de larga y estable convivencia y donde el varón provee los ingresos de manutención, y la mujer se ocupa de los quehaceres domésticos y el cuidado de sus dependientes, como hijos/as, ancianos, enfermos y discapacitados. El modelo conocido como Familia Conyugal convive hoy con otro de carácter Relacional donde los hombres y mujeres se organizan en función de principios de igualdad y co-responsabilidad en lo económico y en la función de cuidado¹¹. Esto, en parejas jóvenes que se ubican en el tramo de 20 a 45 años y en los sectores económicos medios del país (Arriagada, 2004; Valdés, 2007).

La individualización y la afirmación creciente del sujeto han sido de las interpretaciones frecuentes (INE, 2004;

Valdés, 2007)¹². Desprenderse de las tradiciones y actuar desde la autodeterminación parece ser la norma. La familia y la conyugalidad no han quedado excluidos de este nuevo “ser” en el mundo. Autores como Sunkel (2006) sostienen que estaríamos transitando por “un territorio incierto donde, por una parte, existe la expectativa que las madres asuman la responsabilidad principal por los cuidados del hogar y, por otro lado, que todos los adultos participen en el mercado laboral. Pero mientras se ha ampliado el acceso de la mujer al trabajo remunerado, lo que consume tiempo que tradicionalmente ella dedicaba a cubrir las responsabilidades familiares, no se ha producido un cambio equivalente en la redistribución del tiempo que los hombres dedican al trabajo y al hogar” (p.11). Y así lo describe muy nítidamente esta encuesta. La distribución de roles asociada a un concepto de familia relacional no se ha instalado aún en nuestra cultura nacional y mucho menos en los más pobres.

Esto es de la mayor importancia cuando algunos estudios sugieren una relación entre retraso del ingreso de la población activa al mercado del trabajo por aumentos de exigencias en nivel de escolaridad y una subjetividad creciente. Ésta podría estar asociando costos personales en el desempeño de la función de cuidado doméstico y de dependientes como son los hijos/as, pero también en lo que se refiere a ancianos por envejecimiento creciente de la población, enfermos y discapacitados (Aguirre, 2004; Comunidad Mujer, 2005). Las dificultades que las mujeres tienen para asumirlas desde la co-responsabilidad, particularmente de sus parejas, estaría influyendo en procesos de toma de decisiones centrales relacionados con la vida en familia y la conyugalidad en todos los niveles socioeconómicos. Entre ellas, no sólo el retraso en la edad para contraer matrimonio, disminución en la tasa de natalidad sino también en el aumento de las convivencias (Arriagada, 2004; UC/Adimark, 2008).

Por otra parte, una de cada cuatro mujeres es víctima de violencia grave de parte de su pareja (SERNAM, 2001). El sufrimiento de los hijos/as deja huellas importantes que pueden convertirse en miedo. Y todos sabemos lo irracional y paralizante que puede convertirse un miedo no elaborado. Muchos de ellos son también hijos/as de

10 Menos de un tercio se mantiene en el sistema de educación formal y más de la mitad se dedica a los quehaceres del hogar (SERNAM, 2004).

11 Algunos autores definen las funciones de cuidado como un “un conjunto de actividades orientadas a proporcionar bienestar físico, psíquico y emocional a las personas...” (Comas d'Árgemir, 2000 citado por Arriagada, 2004). El “cuidado” se refiere a los bienes y actividades que permiten a las personas alimentarse, educarse, estar sanas y vivir en un hábitat propicio. “Abarca por tanto al cuidado material que implica un trabajo, al cuidado económico que implica un costo y al cuidado psicológico que implica un vínculo afectivo” (Rodríguez, 2005 citado en Sunkel, 2006. p.55).

Entre el año 1980 y 2000, por ejemplo, y en zonas urbanas de América Latina, se registra una disminución de 74,5% a 54,7% de proveedores masculinos de hogares con mujeres cónyuges entre los 20 y los 60 años de edad. Los hogares que reportan dos proveedores de ingresos aumentan de 25,5% a 45,3%. Esto, independiente de la edad de los hijos/as (Arriagada, 2004; Valdés, 2007).

12 De acuerdo con el Informe de Desarrollo Humano en Chile (PNUD, 2002) la individualización se entiende como “el proceso mediante el cual las personas toman distancia de las tradiciones heredadas y afirman el derecho a definir por su cuenta y riesgo lo que quieren ser. Pero esa tarea no puede realizarla cada uno solo. Es el conjunto de la sociedad el que proporciona las legitimaciones, relaciones y recursos que la hacen posible” (p.20).

matrimonios que no podían separarse (por temor al qué dirán o por falta de instrumentos jurídicos para ello). Tuvieron que soportar situaciones familiares duras y difíciles. Si la vida en familia sufre de tantos problemas ¿cuánto de temor habrá respecto al matrimonio? ¿No podrán ser parte de las motivaciones para optar por “probar” en un contexto de mayor libertad institucional? ¿Cuánto se estaría dispuesto a arriesgar, en estabilidad del amor y libertad personal, en una convivencia más formal y de largo plazo? O ¿se trata simplemente de otra expresión más de la desinformación que caracteriza el ejercicio de la ciudadanía en Chile? Si se adolece de poca información respecto de deberes y derechos en el ámbito del consumo, la salud y la educación, entre otros campos de la vida social, ¿no podrá estar ocurriendo algo similar respecto del derecho de familia?

Nos está haciendo falta profundizar en la dimensión psicosocial del problema y articularla con los análisis sociodemográficos que se están haciendo en este campo. Puede que, efectivamente, estemos enfrentados a un gradual cambio de mentalidad respecto de la relación entre amor estable y matrimonio, pero también es cierto que podría haber alguna relación con necesidades de protección y autocuidado en hombres y mujeres (Giddens, 1995).

Para terminar, una pequeña reflexión relacionada con la idea de vínculo conyugal. Éste exige otras mediaciones comunicativas relacionadas con el ámbito de lo simbólico, además del encuentro físico entre los involucrados. Requiere de cuestiones tan concretas como la expresión verbal y no verbal del afecto, experiencias gratas de compartir, pero también de ritualidad. El rito es un marcador de adhesión, pertenencia y compromiso recíproco. Algunos pueden ser de carácter privado, otros públicos. De allí lo interesante del rito del matrimonio. Sin embargo, el vínculo conyugal se juega en mucho más que en la formalización institucional del mismo. Se trata de una experiencia intersubjetiva que ayuda a cristalizar, aunque siempre abierta y flexible a las circunstancias y condiciones particulares de vida, significados muy profundos. Entre otros, el ejercicio de una intimidad corresponsable, comprometida y estructurada a partir de proyectos compartidos de vida. Esto supone tiempo y perspectiva de futuro.

A este respecto, la encuesta parece estar sugiriendo que estos significados se podrían estar trasladando desde el matrimonio a la experiencia del convivir. Se quiere construir proyectos con otro pero prescindiendo de una

institucionalización reglamentaria que de algún modo pudiera prescribir roles y funciones. Se crea así un nuevo contexto de significación del vínculo conyugal que busca estructurarse en base a normas y reglas auto-determinadas ¿Acaso la convivencia se está constituyendo en un nuevo elemento identitario para los jóvenes chilenos de hoy? (Giberti, 2005; Giddens, 1995; Giddens, 2001). Dejamos estas preguntas para futuras investigaciones en este campo.

Referencias

- **Aguirre, R.** 2004. Familias Urbanas del Cono Sur: Transformaciones recientes. Argentina, Uruguay y Chile. Santiago, CEPAL.
- **Bajtin, M.** 1998. La cultura popular en la Edad Media y en el renacimiento. Madrid, Alianza.
- **Beck, U.** 2000. Un mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización. Barcelona, Paidós.
- **Bourdieu, P.** 1994/1997. Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción. Barcelona, Editorial Anagrama.
- **CASEN.** 2006. La Situación de Pobreza en Chile. Serie N° 1. Extraído el 30 de junio 2007 de www.mideplan.cl.
- **CNF.1993).** Informe Comisión Nacional de la Familia. Santiago. Servicio Nacional de la Mujer.
- **Comunidad Mujer.** 2005. Mujer, familia y trabajo: hacia una nueva realidad. Santiago.
- **Contreras, D.** 2007. Distribución del ingreso en Chile: nueve hechos y algunos mitos. Revista Perspectivas, Vol. 2, N° 2.
- **Esping- Andersen, G.** 2000. Fundamentos sociales de las economías posindustriales. Barcelona, Editorial Ariel.
- **Giberti, E.** 2005. La familia, a pesar de todo. Buenos Aires, Ediciones Novedades Educativas.
- **Giddens, A.** 1995. La transformación de la intimidad. Santiago, Arrayán.
- **Giddens, A.** 2001. Un mundo desbocado. Madrid, Grupo Santillana de Ediciones.
- **Herrera, M.S. & Valenzuela, E.** 2006. Matrimonios, Separaciones y Convivencias. En: Valenzuela, J.S.
- **Tironi, E. & Scully, T.R.** (eds.) 2006. El eslabón perdido: familia, modernización y bienestar en Chile. Santiago, Taurus.
- **INE.** 2004. Cómo ha cambiado la vida de los chilenos... Análisis comparativo de las condiciones de vida en los hogares con menor bienestar socioeconómico (Censos 1992-2002). Santiago, Instituto Nacional de Estadísticas.

- **MIDEPLAN.** 2005. Perfil del Capital Humano en el Territorio. Mapa de Escolaridad de la fuerza de trabajo. Departamento de Competitividad Regional. Extraído el 15 de noviembre 2008 de www.mideplan.cl.
- **Salinas, V.** Enero, 2009. Matrimonio y Convivencia a la luz de la Encuesta Bicentenario. Ponencia a ser presentada en Seminario “Una mirada al Alma de Chile 2008” organizado por la Pontificia Universidad Católica de Chile en Santiago de Chile.
- **SERNAM.** 2000. Familias y Políticas Públicas: una Reflexión Necesaria. Santiago, Servicio Nacional de la Mujer.
- **SERNAM.** 2001. Detección y análisis de la prevalencia de la violencia intrafamiliar. Universidad de Chile. Centro de Análisis de Políticas Públicas. Santiago, Servicio Nacional de la Mujer.
- **SERNAM / INE.** 2004. Mujeres chilenas, tendencias en la última década. Censos 1992-2002. Santiago, Servicio Nacional de la Mujer - Instituto Nacional de Estadísticas.
- **Valdés, X.** 2007. La vida en Común. Familia y vida privada en Chile y el medio rural en la segunda mitad del siglo XX. Santiago, Lom ediciones.

El cuerpo y la apariencia

DRA. PAULA MARGOZZINI

Académica del Departamento de Salud Pública, Facultad de Medicina, Pontificia Universidad Católica de Chile

Introducción

La Encuesta Bicentenario 2008 muestra un perfil muy interesante de percepciones sobre el cuerpo y la apariencia física de los chilenos. Este perfil de percepciones varía significativamente según género, edad y nivel socioeconómico. Intentaré comparar y complementar estos resultados con otras evidencias de alcance nacional disponibles en Chile y, de esta forma, tratar de esbozar algunas explicaciones sobre las profundas raíces psicosociales y también genéticas de estos hallazgos. Finalmente, comentaré el enorme impacto que pueden tener las percepciones del cuerpo y la apariencia sobre el nivel de salud y calidad de vida de los chilenos.

Antes de partir, debemos precisar algunos conceptos. La Encuesta Bicentenario centra su evaluación en las dimensiones de autopercepción de la apariencia y el grado de satisfacción que los chilenos sienten con ella. La percepción evaluadora de la apariencia corporal es un proceso cognitivo complejo que resulta de la integración de información que proviene de la visualización del propio cuerpo, pero también de la comparación que realizamos entre nuestro cuerpo y ciertos “patrones ideales”. Uno de estos patrones es el que podríamos llamar el “patrón saludable ideal” que proviene generalmente del sector salud y se basa en las distribuciones antropométricas normales de poblaciones de referencia o —también— en puntos de corte bajo o sobre los cuales existe mayor o menor riesgo de enfermar. Por otra parte, existe un patrón que podríamos llamar el “patrón cultural ideal”. Este último patrón es un importante hito de comparación utilizado por las personas para evaluar el grado de satisfacción con su imagen y proviene de diversas fuentes de información relevantes, como son: la forma en que mi entorno significativo “me

ha dicho que me veo o me ha dicho que le gustaría que me viera” (pareja, familiares, pares, etc.) y también los valores y creencias colectivas asociadas a la apariencia, en medio de los cuales la persona se desarrolló desde la infancia. Estos últimos suelen expresarse en las imágenes que vemos en los medios masivos de comunicación (TV, publicidad, etc.).¹³

En el proceso de la percepción evaluadora del propio cuerpo también intervienen variables individuales ligadas a la personalidad y emociones que pueden influir o distorsionar la percepción evaluadora en su comparación con cualquiera de los patrones ideales. Estas distorsiones pueden ser transitorias o permanentes e influenciadas por las crisis normativas de la edad, destacando el período de la adolescencia como el más lábil. Respecto al peso corporal, existen casos extremos en los cuales la percepción del cuerpo se encuentra patológicamente distorsionada, por ejemplo, en pacientes con trastornos de la alimentación como la anorexia nerviosa donde se ha perdido el criterio de realidad respecto a la extrema delgadez. Sin embargo, puede también existir en el otro extremo, una tolerancia excesiva o falta de percepción de riesgo para la salud o una percepción de beneficio social ligado al sobrepeso.

El peso y la dentadura: los elementos más sensibles de la apariencia de los chilenos

Los resultados de la Encuesta Bicentenario muestran que el 35% de los adultos encuestados no está conforme con su apariencia física, llegando esta proporción a

¹³ Mellor D, McCabe M et al. Body dissatisfaction and body change behaviors in Chile: The role of sociocultural factors. *Body Image* 2008; 5: 205-215

aproximadamente. el 50% de las personas que se perciben excedidas de peso o con talla baja. El 38% de la población se percibe excedido de peso, un 6% se percibe flaco o delgado, un 20% se percibe “más bien bajo” en estatura y un 6% “más bien alto”. Los aspectos de la apariencia física que más desagradan a la población son el peso (38%) y los problemas con la dentadura (29%).

Las mujeres presentan una disconformidad significativa mayor con la apariencia. El 71% de las mujeres (vs. el 51% de los hombres) declara que le “desagrada o molesta” al menos uno de los 7 aspectos físicos encuestados. Al 49% de las mujeres les desagrada su peso, situación que se acentúa en mujeres jóvenes.

El patrón de conformidad general con la apariencia física descrito por la Encuesta Bicentenario es absolutamente coincidente en su comportamiento por género, edad y nivel socioeconómico respecto a la Encuesta de Calidad de Vida y Salud Chile 2006 (ENCAVI 2006).¹⁴ En este estudio se preguntó por un concepto más general —que por cierto incluye a la apariencia física— y que se refiere al grado de satisfacción vital que las personas tienen con su condición física. En este estudio nacional de hogares, se encuestó a más de 6 mil adultos mayores de 15 años. Es importante destacar que la satisfacción con el físico fue el segundo peor rankeado (después del ingreso económico) de los 9 aspectos de la calidad de

vida encuestados. Es decir, la población está más satisfecha con su relación de pareja, su vida familiar, su nivel de diversión, su trabajo e incluso su vida sexual, que con su “condición física”.

La percepción del peso vs. la realidad antropométrica de los chilenos

La ENCAVI 2006 evaluó, entre otras, la autopercepción del peso corporal por medio de un sistema de dibujos, mostrando una autopercepción de “bajo peso” de un 8,1%, “sobrepeso” un 40,1% y un 7,4% de opción por el dibujo de tipo “obeso” (ver tabla 1). Este patrón y su comportamiento por género, edad y nivel socioeconómico es bastante coincidente con los resultados de la Encuesta Bicentenario, sin embargo, tanto ésta como la ENCAVI muestran un distanciamiento muy llamativo entre la autopercepción del peso y las mediciones antropométricas objetivadas en los chilenos de la Encuesta Nacional de Salud, Chile 2003.¹⁵

En este último estudio, se determinó que el 23% de los adultos tiene franca obesidad y más del 60% tiene algún grado de exceso de peso (ver tabla 2). A diferencia de lo que percibe la población, sólo un 0,8% de los adultos tiene un peso bajo (enflaquecimiento real). Este distanciamiento o distorsión producida en los adultos ha sido

Tabla 1. Características de la población obesa adulta en Chile, ENS 2003

Características		Porcentaje %	IC 95 %
Género	Masculino	40,6	36,0 - 45,3
	Femenino	59,4	54,7 - 64,0
Nivel educacional	< 12 años	67,0	62,2 - 71,5
	>= 12 años	33,0	28,5 - 37,8
Zona	Urbana	86,4	83,2 - 89,0
	Rural	13,6	11,0 - 16,8
Edad	< 65 años	86,2	83,7 - 88,4
	>= 65 años	13,8	11,6 - 16,3
Región Metropolitana	Si	35,4	30,4 - 40,7
	No	64,6	59,3 - 69,6

Fuente: Margozzini P. Elaboración propia en base a ENS2003.

14 MINSAL. II Encuesta Nacional de Calidad de Vida y Salud, Chile 2006.

15 MINSAL. Encuesta Nacional de Salud, Chile 2003.

reportado clásicamente en la literatura, con la presencia de un sesgo hacia la subvaloración del peso y por ende la minimización del sobrepeso y obesidad percibido por la población.¹⁶ Este es un hecho relevante desde el punto de vista de política pública ya que un principio básico en psicología de la salud y medicina conductual es que “sin percepción de enfermedad o percepción de riesgo, no hay cambio de conducta”. Claramente, la población no ha tomado conciencia de que la obesidad es el segundo factor de riesgo después del alcohol, que más mata, enferma y discapacita a los chilenos.¹⁷

La tendencia creciente que lleva la obesidad en los niños, en las embarazadas y adultos chilenos, será un determinante muy importante de la salud y calidad de vida de los chilenos del Bicentenario.¹⁸

En la tabla 1 se muestran las características sociodemográficas de la población obesa en Chile. Se puede apreciar que este grupo está compuesto fundamentalmente por mujeres, personas con menos de 12 años de estudio, de zonas urbanas, en su mayoría menores de 65 años de edad y pertenecientes a regiones distintas de la Región Metropolitana.

La población obesa ve afectada su calidad de vida fundamentalmente por la presencia de multimorbilidad crónica. Sólo un 3% de los obesos es exclusivamente obeso y un 27% de ellos coexiste con 5 o más condiciones de salud crónica (una de las cuales es la obesidad). Por otra parte, la evidencia científica nos dice hoy que la población que llega a los 50 años sin obesidad, sin fumar y físicamente activo (no sedentario) reduce su riesgo de infarto al corazón, accidente vascular cerebral y diabetes en un 80%. No hay ninguna droga que haya inventado la medicina que tenga este poder preventivo. Sin embargo, hoy en Chile, aproximadamente 1 de cada 4 jóvenes que se acercan a los 50 años ya coexiste con sobrepeso, tabaquismo y sedentarismo.¹⁹

La distorsión entre la autopercepción del estado nutricional y las mediciones objetivadas ha ido disminuyendo con el tiempo en Chile, ya que hay una diferencia significativa entre la autopercepción mostrada por la ENCAVI 2000 y la ENCAVI 2006, sin embargo, se mantiene el sesgo de subvaloración, especialmente en la población masculina, a edades mayores y en niveles socioeconómicos más bajos.

Este cambio, producido en tan pocos años en población adulta obedece en alguna medida al empeoramiento de la situación nutricional de la población, pero, por sobre todo, a una mayor penetración social del “patrón saludable ideal” y del “patrón cultural ideal” que son coincidentes en el elemento central que es el peso. En los últimos cinco años se ha socializado gran cantidad de evidencia desde el sector salud sobre el estado nutricional de los chilenos, poniendo el tema de la obesidad en el discurso público y, por otra parte, los medios de comunicación le han dado gran cobertura (programas de televisión de gran audiencia).

El “patrón cultural ideal” y su influencia sobre la disconformidad con la apariencia física de los chilenos

En el caso de la mujer, el patrón cultural ideal reinante en Chile, es el que aparece permanentemente en los medios de comunicación masivos, lo que es totalmente distónico con la situación epidemiológica de gran sobrepeso y obesidad, talla baja y piel morena de las mujeres en estratos socioeconómicos bajos. En estudios en adolescentes latinoamericanas por otro lado, se ha observado que la “mujer atractiva ideal” es una mujer mucho más delgada (casi anoréxica) que el “hombre atractivo ideal”.²⁰ Es probable que todas estas diferencias en los patrones culturales ideales de hombres y mujeres expliquen en alguna medida la mayor disconformidad que presentan las mujeres con su apariencia.

Por otra parte, existe una raíz biológica que motiva a la mujer a atraer visualmente al hombre, por lo cual nuevamente ella es más dependiente del patrón cultural ideal. Se puede también hipotetizar que las carencias afectivas e inmadurez emocional frecuentemente observadas en algunos jóvenes de nuestra sociedad tienden a generar en ellos relaciones interpersonales extremadamente de-

16 Atalah E, Urteaga C, Rebolledo A. Autopercepción del estado nutricional en adultos de Santiago. *Rev. méd. Chile* 2004; 132 (11): 1383-1388.

17 MINSAL. Estudio de Carga de enfermedad y Carga atribuible a factores de Riesgo, Chile 2007.

18 Mardones F, Mardones-Restat F, Mallea R, Silva S. Una visión general de la epidemia de obesidad en el mundo y en Chile. En: Mardones F, editor. Co-editores: Velasco N y Rozowski J. *Obesidad en Chile ¿Qué hacer?* Ediciones Universidad Católica. En prensa, 2009.

19 Margozzini P. Obesidad y multimorbilidad por enfermedades crónicas en Chile. En: Mardones F, editor. Co-editores: Velasco N y Rozowski J. *Obesidad en Chile ¿Qué hacer?* Ediciones Universidad Católica. En prensa, 2009.

20 McArthur LH et al. An exploration of the attitudinal and perceptual dimensions of body image among male and female adolescents from six Latin American cities. *Adolescence* 2005; 40(160): 801-16.

pendientes de la corporalidad. Las niñas y adolescentes tempranamente erotizadas por la cultura reinante sienten como una obligación el tener que atraer permanentemente al hombre como una forma algo distorsionada de sentirse afectivamente correspondidas. Esta última afirmación encuentra sustento en la Encuesta Bicentenario, ya que una proporción significativamente mayor de mujeres refirió estar de acuerdo o muy de acuerdo con la afirmación “En general, siento que la gente me apreciaría más si yo fuera más delgada”.

En el hombre en cambio, parece ser culturalmente más tolerado y menos castigado socialmente el sobrepeso, ya que tiene alguna connotación ligada a la virilidad, la fuerza y la abundancia económica. De hecho, en Chile, y a diferencia de la mujer, el hombre de mayor estrato socioeconómico tiene mayor sobrepeso y una cintura promedio siete centímetros mayor que los hombres de bajo nivel socioeconómico.

Será interesante observar el efecto que pueda producir sobre las percepciones de la apariencia física y el “patrón cultural ideal” la desaparición de la publicidad directa relacionada con el tabaco. Menciono este hecho ya esta publicidad en su última década estuvo dirigida al concepto aspiracional de la mujer “Light”. Esta imagen ligaba las características de mujer joven, delgada, atractiva y laboralmente activa con el consumo de cigarrillos light, llegando a producir la mayor venta de cigarrillos alcanzada en la historia de la mujer chilena. De esta manera, llegó a ser la más fumadora de Latinoamérica y las niñas y adolescentes chilenas ganaron el récord mundial en prevalencia de tabaquismo.²¹ En la actualidad, son los productos de belleza, algunos alimentos (“light, zero, slow”), el vestuario femenino y el alcohol los que parecen seguir una línea de influencia similar. Observo con cierto temor como los medios masivos y la publicidad han ido transformando el patrón cultural de mujer atractiva hacia una mujer que ahora tiene una copa de alcohol en la mano, lo que, sin duda, le haría un enorme daño a nuestro país. Por otro lado, aprecio con optimismo como existe una cierta tendencia a valorar -¿o al menos tolerar?- imágenes corporales que escapan de los patrones ideales. Es así como es cada vez más frecuente ver cantantes, conductores de TV o actores obesos, bajitos o discapacitados.

Desigualdades sociales respecto al cuerpo y la apariencia física

El patrón revelado por la Encuesta Bicentenario muestra una situación de desigualdad e inequidad social muy llamativo y especialmente dramático en la mujer chilena de bajo nivel socioeconómico quien muestra el mayor grado de insatisfacción con su apariencia.

El peso y la talla

La gradiente social observada en la autopercepción del peso y la talla en la encuesta es coincidente con la gradiente social observada en las mediciones antropométricas de los chilenos, sin embargo, la magnitud de estas gradientes es aun mayor utilizando mediciones antropométricas (ENS 2003).

Como ya se mencionó, la situación es algo diferente en hombres y mujeres. La ENS2003 mostró que la talla media en Chile es de 162 cm (169 en hombres y 155 en mujeres), sin embargo, la mujer de nivel educacional bajo mide 8 cm menos que la de nivel alto (152 vs. 160 cm, respectivamente). Por otra parte, la mujer de nivel bajo tiene una cintura 9 cm más ancha que la de nivel alto. Las mujeres de bajo nivel educacional tienen prevalencias de obesidad dos veces mayores que sus pares de nivel alto y esta gradiente puede llegar a ser seis veces mayor al analizar la obesidad mórbida. Este fenómeno no se da en el hombre. Las causas de esta desigualdad son múltiples y tienen una honda raíz social, sin embargo, también existen fuertes determinantes genéticos y epigenéticos que harán que esta situación se mantenga por muchas generaciones.

En primer lugar, la población de bajos recursos económicos está influenciada por un patrón psicosocial adverso que no favorece la adquisición ni mantención de patrones de alimentación y actividad física saludables desde la niñez (baja autoestima, altos niveles de desesperanza y hostilidad, bajos niveles de apoyo social, etc.)²² Por otra parte, están inmersos en una estructura social y un ambiente físico construido que les impide tener mayor actividad y les restringe una alimentación más saludable por problemas de costo.

21 MINSAL. EMTA 2003

22 Margozzini P, Berríos X. Enfermedades Cardiovasculares: Estudio de factores de riesgo psicosociales en población general adulta de dos comunas de Santiago, Chile. Tesis para optar al grado de Magister en Salud Pública. Universidad de Chile, 1999.

La talla más baja en los estratos más deprivados también favorece un índice de masa corporal más elevado. Es cierto que la talla del chileno medio ha aumentado y los jóvenes de hoy son más altos que sus pares de antiguas generaciones, sin embargo, los jóvenes que actualmente conforman el grupo de estrato socioeconómico bajo siguen siendo más bajos que sus pares del nivel alto. Esto se produce en parte ya que ellos heredan tallas más bajas de generaciones que en el pasado vieron coartado su potencial biológico de talla como consecuencia de la desnutrición. Se agrega también el efecto del desarrollo puberal, desarrollo que se produce ahora a edades más tempranas, lo que limita el crecimiento en talla y perpetúa tallas más bajas, especialmente en la mujer.

Existen, por otro lado, factores epigenéticos que pueden estar agravando la gradiente socioeconómica en el peso. Está demostrado que los niños que nacen con bajo peso, producto de mala alimentación o bajo flujo sanguíneo placentario durante el embarazo —como hijos de madres muy desnutridas o, en el otro extremo, madres obesas hipertensas o madres que desarrollan parto prematuro o hipertensión del embarazo, entre otras causas— tienen una mayor predisposición a desarrollar obesidad, hipertensión, diabetes y otras enfermedades crónicas en la vida adulta²³, todos casos muy comunes en las embarazadas de bajo nivel socioeconómico.

El fenómeno mencionado se produce debido a que el ambiente intrauterino con déficit nutricional hace modular los genes hacia un patrón “ahorrador de energía”. Estos genes ahorradores se encuentran en la vida extrauterina del niño con un ambiente cargado de una dieta hipercalórica y bajo gasto energético, por lo cual se tiende con mayor facilidad a la acumulación de grasa visceral y obesidad.²⁴ Esta es una de las razones por las cuales se cree que el desarrollo mundial está provocando transiciones nutricionales (desde la desnutrición a la obesidad), más aceleradas e intensas en Latinoamérica y otros países de bajos ingresos.²⁵

23 Mardones F, Sobrevia L, Casanello P. Origen temprano de la obesidad. En: Mardones F, editor. Co-editores: Velasco N y Rozowski J. Obesidad en Chile ¿Qué hacer? Ediciones Universidad Católica. En prensa, 2008.

24 Gluckman PD, Hanson MA, Beedle AS. Early life events and their consequences for later disease: a life history and evolutionary perspective. *Am J Hum Biol* 2007; 19(1):1-19.

25 Margozzini P, Rigotti A, Ferreccio C, Quezada N, Garrido M, Valdés G. Hypertension and The Cardiometabolic Syndrome in Chile: a review of concepts and consequences for the developing world. *Therapeutic Advances in Cardiovascular Disease* 2007; 1(1):83-90.

La Encuesta Bicentenario muestra que tanto la apariencia física general como los aspectos específicos del peso y la talla son percibidos como importantes para el trabajo que se desempeña. Esto puede estar influyendo en la mayor disconformidad con la apariencia en la mujer de bajo nivel socioeconómico, que se ve enfrentada mayormente a una competitividad laboral en el sector económico ligado a los servicios, en el cual, la imagen física —en particular el peso y la dentadura— es un elemento mucho más gravitante en los procesos de selección de recursos humanos.

En un análisis global, la encuesta muestra que ni el peso, ni la talla ni tampoco el color de piel son mayormente gravitantes en la percepción de aprecio que los demás tienen por las personas, ni son percibidos como una fuente de dificultades en la aceptación interpersonal. Sin embargo, existe una significativa mayor proporción de mujeres que sienten que la gente las apreciaría más si fueran más delgadas. A pesar de ser pequeña la proporción de personas que sienten que la gente los apreciaría más si fueran más delgados, más altos o tuvieran otro color de piel —menos del 15% de los encuestados—, existe una tendencia a presentar percepciones más negativas, con mayor influencia de los problemas físicos en el aprecio y aceptación interpersonal en el grupo socioeconómico bajo.

Con la excepción del deporte, las mujeres aparecen como el grupo que más actividades realiza para mejorar su apariencia física. Esta tendencia es particularmente fuerte entre las mujeres jóvenes y de estratos socioeconómicos altos. La ENCAVI 2006 muestra algo similar a la Encuesta Bicentenario, con mayores esfuerzos conductuales en la mujer y una gradiente socioeconómica muy importante respecto a este punto, ya que sólo el 25% de la población en el primer quintil de ingreso vs. el 50% en el quinto quintil declara estar realizando alguna conducta concreta para controlar su peso.

Tanto la Encuesta Bicentenario como otros estudios de alcance nacional realizados en los últimos 5 años (ENCAVI 2006 y ENS2003) muestran a la mujer de nivel socioeconómico alto como aquella con percepciones más positivas sobre el físico y la apariencia, además de la mayor cantidad de conductas desarrolladas para mejorar esta apariencia. Sin embargo, parece ser que este patrón obedece a una fuerza más bien estética que “saludable”, ya que la mujer de nivel socioeconómico alto es a la vez la que más fuma en nuestro país.

Es importante destacar cómo la disponibilidad de recursos económicos tiene directa relación con la adquisición de bienes aspiracionales para mejorar el aspecto físico y

acercarse al “patrón cultural ideal” más que al “patrón saludable ideal”.

La dentadura

La encuesta muestra que la población con mayor molestia referente a su dentadura, son las mujeres y las personas de nivel socioeconómico bajo, lo que también es coincidente con la ENCAVI, que muestra una gradiente socioeconómica importante con mayor compromiso de la calidad de vida debido a la salud bucal, estado de dientes y encías en el primer quintil de ingresos. Los resultados de la ENS2003, por otra parte, fueron muy claros al objetivar la gran gradiente socioeconómica en el examen dental de los chilenos con un significativo mayor nivel de caries y desdentamiento, tanto parcial como completo en mujeres, población rural y población de bajo nivel educacional. La ENS 2003 mostró que el desdentamiento total -falta total de dientes en boca- llega al 15% en población de bajo nivel educacional, mientras que alcanza sólo al 0,1% en grupos de alto nivel educacional. Los adultos de nivel educacional alto tienen en promedio 12 dientes remanentes más en la boca que los de nivel bajo. Uno de cada 3 adultos mayores es desdentado total.

Más allá de la desigualdad epidemiológica, el tema de la dentadura es un ejemplo clásico de inequidad en salud (desigualdad injusta).

Este hecho obedece a desigualdades en los determinantes de la salud dental —educación e higiene dental, tipo de alimentación, fluoración desigual del agua en épocas pasadas, etc.—, pero también obedece a desigualdades extremas en lo que se refiere al acceso a atención curativa, reparadora y rehabilitadora de la dentadura. Por otra parte, también se observa inequidad de género en la salud dental, presentando las mujeres una situación desmedrada tanto desde el punto de vista de la percepción como del examen clínico —cantidad de dientes remanentes y caries—. Esta desigualdad de género, obedece por una parte a determinantes sociales, pero también a factores biológicos que predisponen a la mujer a sufrir un mayor deterioro de su dentadura en el transcurso de la vida (efectos hormonales ligados al embarazo y lactancia).

¿La cirugía estética como una oportunidad para cambiar de apariencia física?

La Encuesta Bicentenario establece que el 44% de la población se haría o se ha hecho una cirugía con fines

estéticos. Esta proporción se eleva a 58% en las mujeres, 57% en la población que se percibe excedida de peso y 70% en la población que no se encuentra conforme con su apariencia.

Al menos en la cultura occidental han aumentado mucho los procedimientos de cirugía estética. Esto es esperable dada la creciente importancia de la imagen corporal en la sociedad, la creciente disponibilidad de cirugías o procedimientos cada vez menos invasivos, menos costosos y más seguros y, también, la importante difusión que han tenido estos procedimientos en los medios de comunicación en la última década.²⁶

Mi opinión respecto a este punto es que una nota de cautela y sentido común deberían hacer reflexionar a los tomadores de decisión en política pública sobre el orden de magnitud de las expectativas de cirugía estética que tiene la población, que ciertamente son mucho mayores de lo que imaginábamos.

La población más insatisfecha y “necesitada de cirugía estética”, es la mujer de bajo nivel socioeconómico de regiones, lo que es ciertamente dramático, ya que el sistema de salud público hoy sólo le puede ofrecer una solución plástica a casos graves que necesitan más bien cirugía reparadora. No es menor decir que en Chile hay aproximadamente 160 mil obesos mórbidos -la mayoría viviendo fuera de la Región Metropolitana- que después de los programas de TV sueñan con una resolución quirúrgica a su problema. La mayor parte de ellos, son beneficiarios del sistema público de salud.

Finalmente, la Encuesta Bicentenario nos hace ver una realidad importante: los chilenos estamos poco satisfechos con nuestro cuerpo y apariencia. Por otra parte, existe evidencia nacional que nos sugiere que esta insatisfacción está afectando importantemente el nivel de calidad de vida percibido por los chilenos, por lo cual, es imperativo detenerse a reflexionar desde una mirada de política pública este tema. Pienso que más allá de sus efectos positivos sobre la salud general, el prevenir la obesidad, disminuir la exposición al sol y al tabaco —estos últimos importantes determinantes de envejecimiento de la piel y deterioro de la dentadura— pueden ser medidas concretas y efectivas para ayudar a mejorar la satisfacción de los chilenos con su cuerpo. Sin embargo,

²⁶ Crockett, R. J., Pruzinsky, T., & Persing, J. A. (2007). The influence of plastic surgery 'reality TV' on cosmetic surgery patient expectations and decision making. *Plastic and Reconstructive Surgery*, 120, 316-324.

este asunto involucra de manera importante a sectores mucho más amplios que el de la salud.

Los medios masivos de comunicación tienen una enorme influencia y responsabilidad en la construcción del “patrón cultural ideal”, al cual las personas aspiran. En este sentido, una cuota de nacionalismo nos haría muy bien, sobre todo, tratando de incorporar en nuestro patrón cultural de hombre/mujer ideal una imagen corporal menos europea, más latinoamericana y con estilos de vida más saludables, sin tabaco, con menos alcohol y con más actividad física.

Actuar poblacionalmente y transversalmente mejorando estos determinantes en toda la población, son medidas imperativas que pueden disminuir también las brechas de desigualdad e inequidad social en la satisfacción con el cuerpo y la imagen en nuestra sociedad. Por otro lado, esto permitiría graduar en alguna medida, la desbordante demanda y costos en salud que podría implicar el tratar de satisfacer médica y quirúrgicamente las expectativas que tienen los chilenos sobre su cuerpo y apariencia.

Comentarios

PATRICIA MAY
Antropóloga

Quisiera plantear la siguiente hipótesis: en nuestra cultura el cuerpo, más que vivido, más que experimentado, es utilizado en dos ámbitos:

Primero, narcisistamente, como un ícono que muestra la imagen personal ante el mundo. El cuerpo más que vivido desde el sentir, desde la riqueza múltiple de la percepción y la sensorialidad, es concebido como un recurso de representación de mí en el mundo.

Por el parecer se niega al ser. Ésta es una realidad que vivimos cotidianamente. Soy como me veo, como me ven, más que como me siento. Más que vivirme como cuerpo, en el cuerpo, se vive fuera de él observando cómo se ve, cómo es valorado por los otros. Esto es un factor central en la construcción de la autoestima, lo que define si soy susceptible de ser integrado, valorado, apreciado, amado. Como ésta es una necesidad básica del ser humano y de los mamíferos, la modelación del cuerpo adecuado a un patrón cultural ideal se transforma en algo de primera necesidad. Estamos sintiendo que para ser integrados necesitamos parecer. Como esta necesidad de sentirse acogido y aceptado es vital, se convierte en un asunto de primera necesidad, de sobrevivencia. Estamos pensando que seremos más aceptados si nos acercamos al patrón cultural ideal.

Este escenario explica los resultados arrojados por la encuesta, con una gran cantidad de personas que están pensando en cambiar su cuerpo, incluso a costa de su salud. En esta cultura elitista, de la escalada, es un factor de éxito social, económico, laboral y un aspecto vital en nuestro orden valórico.

En segundo término, en la cultura del logro, de la hiperactividad, es el cuerpo un instrumento sobretensado en la acción donde el ser humano vale en tanto produce. Donde todo se mide en cantidad, donde mientras más se hace y se tiene, más se vale.

En este sentido, llama la atención que los chilenos en donde peor nos sentimos es en los temas del cuerpo y el dinero, probablemente porque son las áreas que más sobreexigimos.

La vida urbana moderna se ha convertido en un foco de contaminación, ruido, desarmonía y sobreactividad. Se producen situaciones de sobreesfuerzo por sobrevivir, por trasladarse, lo que genera ansiedad, agotamiento y estrés. El ser humano más que vivir, funciona. Esto lleva a la alteración de las necesidades internas con el objeto de lograr cosas. El cuerpo es así sobreutilizado.

A raíz de lo anterior se llega al tabaco, al alcohol, a las drogas, a los energizantes, a las pastillas para dormir, son “ayudas” para soportar la vida.

Se nos producen, en mi opinión, dos grandes pérdidas: Nos perdemos una maravillosa fuente de información en relación al estado saludable, a la armonía personal, pues el cuerpo siempre habla, avisa, pero no lo escuchamos. El cuerpo dice cuando está cansado, cuando requiere más dinamismo, o alguna dieta específica, acción, reposo, naturaleza, caricias, ternura, eros.

Esta pérdida del ritmo armónico, del ritmo natural de la vida se convierte en base de enfermedad. La pre-ocupación está puesta en parecer bien, no en sentirse bien. No en el bien-estar, con el consecuente costo en salud.

La otra gran pérdida consiste en que nos perdemos de la experiencia del simple y auténtico gozo y placer de vivir. Alardeamos de imágenes sexys erotizadas incluso en los niños. Pero en lo real vivimos muy lejos del placer cotidiano. Eros no tiene espacio. El cuerpo como organismo viviente, pulsante, sensible, que huele, toca, escucha, ve y gusta, no tiene cabida en el vivir moderno. Hemos perdido la capacidad de disfrutar la vida, y eso me parece que es una fuente fundamental de salud. Una importan-

te política de prevención sería volver a escucharnos. Así no necesitaríamos un patrón saludable ideal, ya que lo sabríamos y sentiríamos.

Conviene analizar que en el caso de Chile hay un problema que tiene que ver con la autoaceptación. Tenemos un patrón cultural ideal construido por una imagen idealizada, foránea, europea, imposible de alcanzar para el enorme porcentaje de la población. Esto conduce a la no aceptación de nuestro cuerpo como es, nativo, con un legado indígena. Es la no aceptación de nuestras raíces, de las culturas originarias de América, porque mapuche es nuestro cuerpo.

No se puede estar en paz sino se está en paz con el cuerpo. Como no aceptamos ese cuerpo racial, no nos aceptamos a nosotros. En especial en Chile nos avergonzamos de él. Sin duda, hay un largo camino que recorrer para valorarnos en este sentido.

Recomiendo que las personas relacionadas con las políticas públicas recojan como desafío estos temas, para revalorar el sentir, el afecto, la caricia, el placer en personas con tipos de físicos diversos, propios de nuestro pueblo. Descartemos esas imágenes ligadas al consumo y rescatemos la belleza de nuestras formas indígenas, la dignidad de lo que somos. Revaloremos lo múltiple y lo diverso.

DR. JAIME ARRIAGADA

Cirujano plástico, Clínica Las Condes

Me corresponde comentar la Encuesta Nacional Bicentenario 2008, en el tema “El cuerpo y la apariencia”, y en especial, la ponencia de la Dra. Paula Margozzini Maira. La Encuesta Bicentenario centra su evaluación en las dimensiones de autopercepción de la apariencia y el grado de satisfacción que los chilenos sienten con ella.

Los patrones de comparación son “el patrón saludable ideal” y el “patrón cultural ideal”, éste último el que más vemos en los pacientes de mi especialidad. En este sentido, es importante lo que los demás piensan de mi apariencia, en especial, los de mi entorno más cercano, quienes son los más validados. Los valores y creencias colectivas asociadas a la apariencia están muy influenciadas por las imágenes que muestran los medios de comunicación. En este aspecto, según mi opinión, es donde los valores en general están muy trastocados, presentando como el ideal de apariencia un cuerpo atlético, delgado, agradable a la vista y saludable. Es cosa de mirar las imágenes en TV o en los medios escritos, la publicidad sobre el cuerpo perfecto, hasta eslóganes de centros de cirugía estética como: “Traé el cuerpo que tenés. Llévate el que querés”. Que cosa más alejada de la realidad y más falso que conseguir la belleza con sólo un acto médico, que conseguirá lo que la naturaleza no nos dio o la enfermedad nos quitó. Publicidad sobre procedimientos mágico, rápidos, “express”, no invasivos, al alcance de todos, sin contraindicaciones y, por supuesto, sin complicaciones.

El problema del peso prevalece entre las inquietudes de los chilenos, es un tema muy complejo ya que básicamente existe poca conciencia de enfermedad, como lo comenta la presentadora, lo que hace muy difícil su manejo. Es un tema de salud pública, de educación, con múltiples variables. Es muy frecuente ver en las consultas de un cirujano plástico, personas que agobiadas con su sobrepeso y que han fracasado en todos sus intentos por bajar de peso, nos piden como último recurso una operación mágica, que le solucione su problema: “Dr. a mí no me resulta bajar de peso, ahora usted me tiene que ayudar y solucionar esto”. ¡El problema del paciente es ahora un problema de médico que tiene que saber qué hacer!

La gran publicidad de los productos dietéticos light, naturales, las máquinas mágicas, las cremas milagrosas que harán maravillas —sin mediar para nada el esfuerzo personal del afectado por el problema— han creado un mundo de expectativas que hacen gastar una enorme cantidad de dinero y causan una gran desazón al no conseguir los resultados esperados.

Nuevamente, el mercado crea los estándares ideales de aspecto, belleza, vida saludable y cuerpo perfecto.

La única forma de superar la desigualdad social respecto al cuerpo y a la apariencia física es crear una cultura de vida y aspecto sano lo más aterrizado posible, a la “chilena”. Con estándares de belleza propios de nuestra cultura y apariencia, y gastar mucho más en educación que en publicidad, desarrollando programas de alimentación saludable. Aún con pocos recursos, se debe destacar la importancia del ejercicio, de los deportes, promoviendo estilos de vida más saludable, de acuerdo a nuestra realidad chilena y no compararla con la de otras culturas, incluso latinoamericanas.

Con respecto a la cirugía estética como una oportunidad para cambiar de apariencia física, es otro tema muy delicado, pero que tiene raíces similares a los asuntos que analizamos recientemente. Nuevamente, los patrones culturales ideales de belleza, promovidos por la publicidad y los medios de comunicación, nos enfrentan a un tema complejo. Aquí los médicos especialistas tenemos una enorme responsabilidad, al aconsejar correctamente al público en general, y a los que solicitan nuestros servicios, en particular. El cambio de términos de “paciente” a “cliente” es muy significativo, y cambia sustancialmente la relación médico-paciente.

Los médicos serios basan su accionar primero en una vocación de servicio con sus pacientes, sin anteponer a su accionar, el criterio económico o comercial, como clientes y aconsejando lo que realmente se puede lograr, sin crear falsas expectativas, ni prometer resultados, siendo muy honestos en su actuar. Así, el paciente puede decidir con su médico qué es lo mejor para su caso particular. A veces lo mejor es no hacer nada, valga el viejo refrán: “Lo perfecto es enemigo de lo bueno”.

Con respecto a qué hacer, técnicamente hay que actuar con el criterio de la medicina basada en la evidencia o medicina basada en pruebas, que consiste en utilizar procedimientos o técnicas que estén científicamente probadas. Esto requiere un análisis crítico de la literatura médica, publicada en revistas científicas serias, de prestigio, y no lo que publicita en las revistas no científicas que ofrecen maravillas, sin operación: rinoplastias con rellenos, todo tipo de hilos que pueden sujetar lo que los años o la naturaleza ha hecho, sin ninguna evidencia científica y que no perduran en el tiempo.

Tremenda responsabilidad de los profesionales que actúan en este campo, de ser honestos con los pacientes y con uno mismo, poniendo ante todo el beneficio del paciente y no el propio.

Para terminar con los aspectos de cirugía estética, el tema de la cirugía de la obesidad o también cirugía bariátrica, la que ha sido un gran avance para ayudar a bajar de peso a los pacientes, ha de ser muy cuidadosa en su indicación. Ello debido a que el paciente, al bajar una gran cantidad de kilos, queda con una enormidad de secuelas estéticas, todas de difícil, larga y costosa solución, ante lo cual recurre al cirujano plástico.

Gran oportunidad para los profesionales involucrados en el tema “El cuerpo y la apariencia de los chilenos” de analizar esta Encuesta Bicentenario, y de sacar conclusiones que nos ayuden a una mejor calidad de vida y de armonía con el medio y con nuestros semejantes.

Encuesta Nacional Bicentenario UC-Adimark 08

Vicerrectoría de Comunicaciones y Asuntos Públicos

Edición

Mónica Vicuña

Diseño

Diseño Corporativo UC

Impresión

Salvat Impresores

500 ejemplares

Marzo de 2009



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

VICERRECTORÍA DE COMUNICACIONES Y ASUNTOS PÚBLICOS
DIRECCIÓN DE ASUNTOS PÚBLICOS

Alameda 390, 3^{er} piso. Teléfono: 354 6637. asuntospublicos@uc.cl www.uc.cl/vinculosconlasociedad